"La restauración montiniana"

de la devoción a la VIRGEN SANTISIMA

Pbro. Dr. JOAQUIN SAENZ y ARRIAGA

La "restauración montiniana" de la devoción a la VIRGEN SANTISIMA

rzo 1974:

"LA VIRGEN MARIA ESTABA LEJOS DE SER UNA MUJER TIMIDA Y SOMETIDA, DECLARA EL PAPA.—**Al ser dado a conocer el documento hubo quienes criticaron al Pontífice y sus expertos por aceptar ideas sacrílegas**".—CIUDAD DEL VATICANO, Mar. 22 AP, UPI, AFP, EFE.—Un documento de Su Santidad el Papa Paulo VI, sobre la devoción a la Virgen María en la Iglesia Católica, **cuya veneración conserva íntegro su valor en la época de la liberación de la mujer,** pero que debe ser depurada de "todo lo que es evidentemente legendario y falso", fue acogido en la conferencia de prensa, durante la cual fue dado a conocer, con reacciones airadas de parte de algunos periodistas. La conferencia de prensa, ofrecida en el Vaticano, se transformó, por momentos, en tormentoso debate, y hubo quienes criticaron al Papa y a sus expertos por aceptar ideologías "sacrílegas" acerca de la mujer y del culto.—El documento tiene el carácter de "exhortación apostólica" con objeto de "disipar dudas y sobre todo favorecer el

Pbro. Dr. JOAQUIN SAENZ Y ARRIAGA

EL POR QUE DE ESTE LIBRO

El 22 de marzo del presente año tuvo lugar en uno de los palacios vaticanos una conferencia de prensa, para dar a conocer un reciente documento de Paulo VI sobre la **restauración** de la devoción a la Santísima Virgen María. De esta conferencia dieron amplia divulgación las Agensias Informativas Internacionales. Como confirmación de esto que he dicho, me voy a permitir citar textualmente lo que, a cuatro columnas, publicó el diario "NOVEDADES" el 23 de marzo 1974:

"LA VIRGEN MARIA ESTABA LEJOS DE SER UNA MUJER TIMIDA Y SOMETIDA, DECLARA EL PAPA.—**Al ser dado a conocer el documento hubo quienes criticaron al Pontífice y sus expertos por aceptar ideas sacrílegas**".—CIUDAD DEL VATICANO, Mar. 22 AP, UPI, AFP, EFE.—Un documento de Su Santidad el Papa Paulo VI, sobre la devoción a la Virgen María en la Iglesia Católica, **cuya veneración conserva íntegro su valor en la época de la liberación de la mujer,** pero que debe ser depurada de "todo lo que es evidentemente legendario y falso", fue acogido en la conferencia de prensa, durante la cual fue dado a conocer, con reacciones airadas de parte de algunos periodistas. La conferencia de prensa, ofrecida en el Vaticano, se transformó, por momentos, en tormentoso debate, y hubo quienes criticaron al Papa y a sus expertos por aceptar ideologías "sacrílegas" acerca de la mujer y del culto.—El documento tiene el carácter de "exhortación apostólica" con objeto de "disipar dudas y, sobre todo, favorecer el desarrollo" de la devoción a la Virgen María". —"Algunos consideraron que el escrito de Paulo VI viene a abrir una nueva era en las atribuciones para hombres

y mujeres, dentro de las funciones de la Iglesia. No obstante, se recalcó, ello no significará que las mujeres hayan de llegar a ejercer el sacerdocio".

"El texto papal declara que la Virgen María fue "mujer nueva", que participó activamente en la Iglesia Cristiana primitiva y defendió los derechos de los fuertes contra los poderosos". "La mujer moderna —reza el documento— notará con agradable sorpresa que María de Nazaret... estaba lejos de ser una mujer tímida y sometida"... Se trata del cuarto documento sobre María que Paulo VI emite en sus diez años de pontificado. —La exhortación del Sumo Pontífice contiene 95 páginas, y en ella se llega a la conclusión de que "el cuadro de la Santísima Virgen, que presenta cierto tipo de literatura devocional, no puede reconciliarse fácilmente con los estilos de vida actuales, sobre todo con la forma en que las mujeres viven hoy". —Sin embargo, propone que María sea un ejemplo a imitar por la forma en que "aceptó plena y responsablemente la voluntad de Dios". —Para "la mujer moderna que ansía participar con poder de decisión en los asuntos de la comunidad, María será no sólo una Madre exclusivamente preocupada con su propio Hijo Divino, sino más bien una mujer, cuyos actos ayudaron a fortalecer la fe de la comunidad apostólica", escribe el Papa.

Señala, asimismo, el documento que la veneración a la Virgen María debe ser depurada de "todo lo que es evidentemente legendario y falso".

Se hace referencia a las supuestas apariciones de la Virgen, particularmente frecuentes en países del Sur de Europa y en la América Latina. El Papa deplora la "vana credulidad... y la exagerada búsqueda de novedades o fenómenos extraordinarios". —"Consideramos oportuno llamar la atención hacia ciertas actitudes piadosas que son incorrectas", dice el Papa. —"El Segundo Concilio Vaticano también denunció ciertas desviaciones devocionales, tales como la vana credulidad, que sustituye al compromiso serio por la confianza en prácticas meramente externas. Otra desviación es el senti-

mentalismo estéril y efímero...". —Agrega la exhortación que la devoción a María es algo que los católicos comparten con las iglesias ortodoxas y la anglicana y expresa su preocupación por el impacto que la **actitud falsa ante la devoción a María** pueda tener en los esfuerzos por acercar cada vez más entre sí a los cristianos de todas las denominaciones. —La conferencia de prensa en el Vaticano, durante la cual se dio a conocer a los periodistas el documento de Paulo VI se convirtió en tormentoso debate. Algunos periodistas llegaron al extremo de tildar de ideologías "sacrílegas" algunas expresiones de la exhortación relativas a la mujer y al culto. El P. Jean Galot, judío converso y jesuita francés, que trabaja en el Vaticano, dijo que en lo futuro es posible que las mujeres "desempeñen un papel activo en los Concilios y que ese papel, visto a la luz de su capacidad de decisión, será examinado mejor. **Dios mismo ha promovido la "emancipación de la mujer"**, manifestó. —A la explicación del P. Galot de que "María es una mujer que trabajó activamente por transformar a la sociedad, una mujer moderna", hubo indignas reacciones de varios periodistas. "Este documento ha sido dictado por un espíritu demagógico e inclinado a la propaganda", gritó un individuo. "¡Es un documento alentado por el mismo espíritu que envió a un vándalo a destrozar La Piedad de Miguel Angel"!, dijo otro. —Por su parte, el cardenal (es monseñor, no cardenal) Federico Alessandrini, portavoz del Vaticano, trató de calmar la ruidosa controversia ilustrando una de las razones, que, en su opinión, justifican el documento papal: "Una vez tuve una sirvienta tan confundida que estaba convencida de que existían siete Vírgenes María", dijo. Se refería al gran número de cultos a María en Italia, cada uno de los cuales dice venerar a la "más milagrosa" imagen de María.

Mons. Jean Pierre Fischbach, prelado y periodista luxemburgués dijo que el Papa Paulo no confirma en detalles en su documento las tradicionales enseñanzas eclesiásticas acerca de María. "Cuando voy al extranjero, a

menudo encuentro la palabra "virgen" tachada en los libros de los altares y sólo queda "María", dijo. El reverendo Galot repuso que la exhortación de Su Santidad se preocupa más por la devoción a María que por los asuntos de doctrina".

Hasta aquí la relación de "NOVEDADES", el diario mexicano. Con más o menos variantes, todos los periódicos de esta Capital de la República nos dieron la misma información. Ante la gravedad del caso, no podíamos callar, sobre todo si tenemos en cuenta la campaña, más o menos solapada, que, en contra de nuestra Madre Santísima, hace ya tiempo se está difundiendo en todas partes. ES NECESARIO, ES URGENTE quitar el velo de hipocresías y sutilezas con que la herejía modernista avanza incontenible, engañando a la multitud de necios e ignorantes, que han tragado el veneno sin darse cuenta de que insensiblemente están dando muerte a su fe.

Habíamos proyectado una conferencia de prensa para el miércoles 3 de abril; pero, después de recibir de Roma el documento completo del Papa Montini, versión española de **L'Osservatore Romano,** pareció más prudente estudiar a fondo el texto completo original, para no apoyarnos únicamente en las versiones que las Agencias Informativas Internacionales AP, UPI, AFP, EFE, LATIN y REUTER nos habían dado. Nuestra conferencia de prensa fue pospuesta para el día 5 del mismo mes.

Indiscutiblemente la información de las Agencias Informativas Internacionales fue correcta, porque, aunque es verdad que en el documento montiniano encontramos partes de doctrina auténticamente católica, trozos elocuentes y hasta bellos, que los editorialistas del "HERALDO" aprovecharon para desmentir mis comentarios, también es cierto que, entre el trigo está la cizaña, entre la verdad el error y entre esos puntos luminosos, las densas tinieblas que hoy envuelven al mundo. La táctica de Paulo VI es ya demasiado conocida, después de diez años en los que él ha pretendido —por desgracia, con éxito— engañar a los fieles católicos. Los editorialistas del Heraldo se olvidan de aquel viejo adagio de la moral católica: "**Bonum ex integra, causa,**

malum ex quocumque defectu". Lo bueno tiene que ser integralmente bueno; una cosa mala basta para hacer que lo bueno deje de ser bueno y se haga malo.

Nunca faltan supercríticos que, en su afán de excusar los errores manifiestos del actual pontífice, pretenden negar los hechos que la prensa nos brinda y decirnos la consabida excusa de que lo que hemos leído en los distintos diarios es una falsa versión, malévolamente producida por los periodistas, tan ignorantes en estos temas teológicos. Pero esta excusa prueba demasiado, luego no prueba nada. Admitiendo que los diarios, por compromisos, por presiones o por ideologías contrarias puedan algunas veces equivocarse, puedan torcer la verdad o puedan incluso —como lo demuestra EL HERALDO— servir de ariete para venganzas personales, no podemos negar que la coincidencia de las Agencias Informativas Internacionales, por lo menos en los puntos fundamentales, y las circunstancias del tormentoso debate, que ocurrió en la conferencia de prensa vaticana nos está demostrando la historicidad de los hechos. Que yo sepa, es la primera vez en la que una conferencia informativa de prensa termine en "tormentoso debate" y más tratándose de un tema eminentemente religioso. Los periodistas protestaron porque se sintieron heridos en su fe, o porque encontraron incoherentes las palabras de Paulo VI.

Pero, al fin, llegó el documento completo del Osservatore Romano, edición española y nuestra conferencia fue pospuesta para el viernes 5 de abril, con el fin de hacer un estudio más a fondo y presentar a los católicos y no católicos de México un juicio más certero y más completo. Desde luego debo advertir que comparando el documento con los informes que la prensa nos había dado, encontramos una gran probabilidad para afirmar que el texto que fue leído en Roma a las Agencias Informativas Internacionales había sido después mutilado por L'Osservatore Romano en su versión española; y nuestra sospecha se funda en dos motivos; el primero es que siendo la versión española dirigida al mundo de habla castellana, caracterizado por su devoción ancestral a la Virgen Santísima, el poner en duda, aunque sea implícitamente las apariciones de Lourdes, Fátima y el Te-

peyac hubiera originado una intensa reacción, mayor ciertamente que la que provocó en los periodistas la lectura del documento montiniano; y el segundo, que, dado que la lectura, en la conferencia de prensa vaticana, había ocurrido el día 22 de marzo y la publicación castellana del Osservatore Romano fue el día 24 del mismo mes, hubo tiempo suficiente para hacer las correcciones necesarias y evitar así la mala impresión que el documento podría ocasionar en España y en América Latina. No es la primera vez que se han hecho estos cambios a documentos importantísimos, ya firmados, autorizados y sellados por el mismo Sumo Pontífice, como sucedió en la publicación del "**Novus Ordo Missae**", en el que hubo que hacer gravísimas correcciones a la "**Institutio Generalis**", por los muy serios errores que contenía, después de que el documento circulaba ya en todo el mundo con la firma y el sello del Papa.

Hechas estas aclaraciones, empezaremos nuestro estudio con la publicación completa del documento de Paulo VI, tal como lo encontramos, según dije, en **L'Osservatore Romano** el día 24 de marzo de 1974. Así responderemos a las acusaciones del periódico EL HERALDO, en las que a las calumnias se junta la conocida "papolatría" de algunos de los escritores de ese diario y la falta de visión y de capacidad para poder digerir un documento tan complejo y confuso como es la **Exhortación Apostólica**, sobre la "**restauración**" de la devoción a la Virgen María, del Papa Montini. Pero, antes de empezar la publicación del documento montiniano, debo advertir que, en la **restauración** total de la Iglesia de Cristo, en la que entra de lleno la "devoción mariana" del pueblo católico, el punto clave está precisamente en haber intentado Juan XXIII, Paulo VI, y su Concilio, pretender "restaurar" o modificar o cambiar la doctrina tradicional de la Iglesia. Esa **restauración** es, en el fondo, un ataque manifiesto a la INERRANCIA de la Iglesia y a las promesas mismas del Divino Salvador.

EL TEXTO DEL DOCUMENTO PAPAL
L'OSSERVATORE ROMANO

Año VI — N. 12 (273)
Domingo — 24 de Marzo 1974.

EXHORTACION APOSTOLICA DE SU SANTIDAD EL PAPA PABLO VI A TODOS LOS OBISPOS EN PAZ Y COMUNION CON LA SEDE APOSTOLICA PARA LA RECTA ORDENACION Y DESARROLLO DEL CULTO A LA SANTISIMA VIRGEN MARIA.

INTRODUCCION

Ocasión, finalidad y división del documento.

Desde que fuimos elegido a la Cátedra de Pedro, hemos puesto constante cuidado en incrementar el culto mariano, no sólo con el deseo de interpretar el sentir de la Iglesia y nuestro impulso personal, sino también porque tal culto —como es sabido— encaja como parte nobilísima en el contexto de aquel culto sagrado donde confluyen el culmen de la sabiduría y el vértice de la religión y que por lo mismo constituye un deber primario del pueblo de Dios.

Pensando precisamente en este deber primario, Nos hemos favorecido y alentado la gran obra de la reforma litúrgica promovida por el Concilio Ecuménico Vaticano II; y ocurrió, ciertamente no sin un particular designio de la Providencia divina, que el primer documento conciliar, aprobado y firmado "en el Espíritu Santo" por Nos junto con los padres conciliares, fue la Constitución **Sacrosanctum Concilium**, cuyo propósito era precisamente restaurar e incrementar la Liturgia y hacer más provechosa la participación de los fieles en los sagrados misterios. Desde entonces, siguiendo las directrices conciliares, muchos actos de nuestro pontificado han tenido como finalidad el perfecciona-

miento del culto divino, como lo demuestra el hecho de haber promulgado durante estos últimos años numerosos libros del Rito romano, restaurados según los principios y las normas del Concilio Vaticano II. Por todo ello damos las más sentidas gracias al Señor, Dador de todo bien y quedamos reconocido a las Conferencias Episcopales y a cada uno de los obispos, que de distintas formas han cooperado con Nos en la preparación de dichos libros.

Pero, mientras vemos con ánimo gozoso y agradecido el trabajo llevado a cabo, así como los primeros resultados positivos obtenidos por la renovación litúrgica, destinados a multiplicarse a medida que la reforma se vaya comprendiendo en sus motivaciones de fondo y aplicando correctamente, nuestra vigilante actitud se dirige sin cesar a todo aquello que pueda dar ordenado cumplimiento a la restauración del culto con que la Iglesia, en espíritu de verdad (Cf. Joan. 4,24), adora al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, "venera con especial amor a María Santísima Madre de Dios" y honra con religioso obsequio la memoria de los Mártires y de los demás Santos.

El desarrollo, deseado por Nos, de la devoción a la Santísima Virgen, insertada en el cauce del único culto que "justa y merecidamente" se llama "cristiano" —porque en Cristo tiene su origen y eficacia, en Cristo halla plena expresión y por medio de Cristo conduce en el Espíritu al Padre—, es un elemento cualificador de la genuina piedad de la Iglesia. En efecto, por íntima necesidad la Iglesia refleja en la praxis cultual el plan redentor de Dios, debido a lo cual corresponde un culto singular al puesto también singular que María ocupa dentro de él; asimismo todo desarrollo auténtico del culto cristiano redunda necesariamente en un correcto incremento de la veneración a la Madre del Señor. Por lo demás, la historia de la piedad demuestra cómo "las diversas formas de piedad hacia la Madre de Dios, aprobadas por la Iglesia dentro de los límites de la doctrina sana y ortodoxa", se desarollan en armónica subordinación al culto a Cristo y gravitan en torno a él como su natural y necesario punto de referencia. También en nuestra época sucede así. La reflexión de la Iglesia contemporánea sobre

el misterio de Cristo y sobre su propia naturaleza la ha llevado a encontrar, como raíz del primero y como coronación de la segunda, la misma figura de Mujer: la Virgen María, Madre precisamente de Cristo y Madre de la Iglesia. Un mejor conocimiento de la misión de María se ha transformado en gozosa veneración hacia Ella y en adorante respeto hacia el sabio designio de Dios, que ha colocado en su Familia —la Iglesia—, como en todo hogar doméstico, la figura de una Mujer, que calladamente y en espíritu de servicio vela por ella y "protege benignamente su camino hacia la patria, hasta que llegue el día glorioso del Señor".

En nuestro tiempo, los cambios producidos en las usanzas sociales, en la sensibilidad de los pueblos, en los modos de expresión de la literatura y del arte, en las formas de comunicación social han influído también sobre las manifestaciones del sentimiento religioso. Ciertas prácticas cultuales, que en un tiempo no lejano parecían apropiadas para expresar el sentimiento religioso de los individuos y de las comunidades cristianas, parecen hoy insuficientes o inadecuadas porque están vinculadas a esquemas socioculturales del pasado, mientras en distintas partes se van buscando nuevas formas expresivas de la inmutable relación de la criatura con su Creador, de los hijos con su Padre. Esto puede producir en algunos una momentánea desorientación; pero todo aquel que, con la confianza puesta en Dios, reflexione sobre estos fenómenos, descubrirá que muchas tendencias de la piedad contemporánea —por ejemplo, la interiorización del sentimiento religioso— están llamadas a contribuir al desarrollo de la piedad cristiana en general y de la piedad a la Virgen en particular. Así nuestra época, escuchando fielmente la tradición y considerando atentamente los progresos de la teología y de las ciencias, contribuirá a la alabanza de Aquélla que, según sus proféticas palabras, llamarán bienaventurada todas las generaciones. (cf. Lc 1,48).

Juzgamos, por tanto, conforme a nuestro servicio apostólico tratar, como en un diálogo con vosotros, venerables hermanos, algunos temas referentes al puesto que ocupa la Santísima Virgen en el culto de la Iglesia, ya tocados en parte por el Concilio Vaticano II y por Nos mismo, pero sobre los que no será inútil volver a insistir, para disipar

dudas y, sobre todo, para favorecer el desarrollo de aquella devoción a la Virgen que en la Iglesia ahonda sus motivaciones en la palabra de Dios y se practica en el Espíritu de Cristo.

Quisiéramos, pues, detenernos ahora en algunas cuestiones sobre la relación entre la sagrada Liturgia y el culto a la Virgen (I); ofrecer consideraciones y directrices aptas a favorecer su legítimo desarorllo (II); sugerir, finalmente, algunas reflexiones para una reanudación vigorosa y más consciente del rezo del Santo Rosario, cuya práctica ha sido tan recomendada por nuestros Predecesores y ha obtenido tanta difusión entre el pueblo cristiano (III).

PARTE I

EL CULTO A LA VIRGEN EN LA LITURGIA

1. Al disponernos a tratar del puesto que ocupa la Santísima Virgen en el culto cristiano, debemos dirigir previamente nuestra atención a la sagrada Liturgia: ella, en efecto, además de un rico contenido doctrinal, posee una incomparable eficacia pastoral y un reconocido valor de ejemplo para las otras formas de culto. Hubiéramos querido tomar en consideración las distintas Liturgias de Oriente y Occidente: pero, teniendo en cuenta la finalidad de este documento, nos fijaremos casi exclusivamente en los libros del Rito romano: en efecto, sólo éste ha sido objeto, según las normas prácticas impartidas por el Concilio Vaticano II, de una profunda renovación, aun en lo que atañe a las expresiones de veneración a María y que requiere, por ello, ser considerado y valorado atentamente.

SECCION I

LA VIRGEN EN LA LITURGIA ROMANA RESTAURADA

2. La reforma de la Liturgia romana presuponía una atenta revisión de su **Calendario General.** Este, ordenado a poner en su debido resalto la celebración de la obra de la salvación en días determinados, distribuyendo a lo largo del ciclo anual todo el misterio de Cristo, desde la Encarnación hasta la espera de su vénida gloriosa, ha permitido incluir

de manera más orgánica y con más estrecha cohesión la memoria de la Madre dentro del ciclo anual de los misterios del Hijo.

3. Así, durante el tiempo de adviento, la Liturgia recuerda frecuentemente a la Santísima Virgen —aparte la solemnidad del día 8 de diciembre, en que se celebran conjuntamente la Inmaculada Concepción de María, la preparación radical (cf. Is. 11, 1. 10) a la venida del Salvador y el feliz exordio de la Iglesia sin mancha ni arruga, sobre todo en los días feriales desde el 17 al 24 de diciembre y, más concretamente, el domingo anterior a la Navidad, en que hace resonar antiguas voces proféticas sobre la Virgen Madre y el Mesías, y se leen episodios evangélicos relativos al nacimiento inminente de Cristo y del Precursor.

4. De este modo, los fieles que viven con la Liturgia el espíritu del Adviento, al considerar el inefable amor con que la Virgen Madre esperó al Hijo, se sentirán animados a tomarla como modelo y a prepararse "vigilantes en la oración y... jubilosos en la alabanza", para salir al encuentro del Salvador que viene. Queremos, además, observar cómo la Liturgia del Adviento, uniendo la espera mesiánica y la espera del glorioso retorno del Cristo al admirable recuerdo de la Madre, presenta un feliz equilibrio cultual, que puede ser tomado como norma para impedir toda tendencia a separar, como ha ocurrido a veces en algunas formas de piedad popular, el culto a la Virgen de su necesario punto de referencia: Cristo. Resulta así que este período, como han observado los especialistas en Liturgia, debe ser considerado como un tiempo particularmente apto para el culto a la Madre del Señor: orientación que confirmamos y deseamos ver acogida y seguida en todas partes.

5. El tiempo de Navidad constituye una prolongada memoria de la maternidad divina, virginal, salvífica de Aquella "cuya virginidad intacta dio a este mundo a un Salvador": efectivamente, en la solemnidad de la Natividad del Señor, la Iglesia, al adorar al Divino Salvador, venera a su Madre gloriosa; en la Epifanía del Señor, al celebrar la llamada universal a la salvación, contempla a la Virgen, verdadera Sede de la Sabiduría y verdadera Madre del Rey,

que ofrece a la adoración de los Magos el Redentor de todas las gentes (cf. Mt. 2, 11); y en la fiesta de la Sagrada Familia (domingo dentro de la octava de la Navidad) escudriña venerante la vida santa que llevan en la casa de Nazaret Jesús, Hijo de Dios e Hijo del hombre, María su Madre y José, el hombre justo (cf. Mt. 1,19).

En la nueva ordenación del período natalicio, Nos parece que la atención común se debe dirigir a la renovada solemnidad de la Maternidad de María; ésta fijada en el día 1º de enero, según una antigua sugerencia de la Liturgia de Roma, está destinada a celebrar la parte que tuvo María en el misterio de la salvación y a exaltar la singular dignidad de que goza la Madre Santa, por la cual merecimos recibir al Autor de la vida; y es asimismo, ocasión propicia para renovar la adoración al recién nacido Príncipe de la paz, para escuchar de nuevo el jubiloso anuncio angélico (cf. Lc 2,14) para implorar de Dios, por mediación de la Reina de la paz, el don supremo de la paz. Por eso, en la feliz coincidencia de la octava de Navidad con el principio de nuevo año, hemos instituído la "Jornada Mundial de la Paz", que goza de creciente adhesión y que está haciendo madurar frutos de paz en el corazón de tantos hombres.

6. A las dos solemnidades ya mencionadas —la Inmaculada Concepción y la Maternidad Divina— se deben añadir las antiguas y venerables celebraciones del 25 de marzo y del 15 de agosto.

Para la solemnidad de la Encarnación del Verbo, en el **Calendario Romano**, con decisión motivada, se ha restablecido la antigua denominación —Anunciación del Señor—, pero la celebración era y es una fiesta conjunta de Cristo y de la Virgen: el Verbo que se hace "Hijo de María" (Mc 6,3), de la Virgen que se convierte en Madre de Dios. Con relación a Cristo, el Oriente y el Occidente, en las inagotables riquezas de sus Liturgias, celebran dicha solemnidad como memoria del "**fiat**" salvador del Verbo Encarnado, que entrando en el mundo dijo: "He aquí que vengo (. . .) para cumplir, oh Dios, tu voluntad" (cf. Hebr. 10,7; Sal. 39,8-9); como conmemoración del principio de la redención y de la indisoluble y esponsal unión de la naturaleza divina con la humana en la única persona del Verbo. Por otra par-

te, con relación a María, como fiesta de la nueva Eva, virgen fiel y obediente, que con su "fiat" generoso (cf. Lc. 1,58) se convirtió, por obra del Espíritu, en Madre de Dios y también en verdadera Madre de los vivientes, y se convirtió también, el acoger en su seno al único Mediador (cf. I Tim. 2,5) en verdadera Arca de la Alianza y verdadero Templo de Dios; como memoria de un momento culminante del diálogo de salvación entre Dios y el hombre, y conmemoración del libre consentimiento de la Virgen y de su concurso al plan de la redención.

La solemnidad del 15 de agosto celebra la gloriosa Asunción en el cielo: fiesta de su destino de plenitud y de bienaventuranza, de la glorificación de su alma inmaculada y de su cuerpo virginal, de su perfecta configuración con Cristo resucitado; una fiesta que propone a la Iglesia y a la humanidad la imagen y la consoladora prenda del cumplimiento de la esperanza final; pues dicha glorificación plena es el destino de aquellos que Cristo ha hecho hermanos teniendo "en común con ellos la carne y la sangre" (Hebr. 2,14; Gal. 4,4). La solemnidad de la Asunción se prolonga jubilosamente en la celebración de la fiesta de la Realeza de María, que tiene lugar ocho días después y en la que se contempla a Aquella que, sentada junto al Rey de los siglos, resplandece como Reina e intercede como Madre. Cuatro solemnidades, pues, que puntualizan con el máximo grado litúrgico las principales verdades dogmáticas que se refieren a la humilde sierva del Señor.

7. Después de estas solemnidades se han de considerar, sobre todo, las celebraciones que conmemoran acontecimientos salvíficos, en los que la Virgen estuvo estrechamente vinculada al Hijo, como las fiestas de la Natividad de María (8 de septiembre), "esperanza de todo el mundo y aurora de la salvación"; de la Visitación (31 de mayo), en que la Liturgia recuerda a la "Santísima Virgen... que lleva en su seno al Hijo" que se acerca a Isabel para ofrecerle la ayuda de su caridad y proclamar la misericordia de Dios Salvador; o también la memoria de la Virgen Dolorosa (15 de septiembre), ocasión propicia para revivir un momento decisivo de la historia de la salvación y para venerar junto

con el Hijo "exaltado en la Cruz a la Madre que comparte su dolor".

También la fiesta del 2 de febrero a la que se ha restituído la denominación de la **Presentación del Señor,** debe ser considerada, para poder asimilar plenamente su amplísimo contenido, como memoria conjunta del Hijo y de la Madre, es decir, celebración de un misterio de la salvación realizado por Cristo, al cual la Virgen estuvo íntimamente unida como Madre del siervo doliente de Yahvé, como ejecutora de una misión referida al antiguo Israel y como modelo del nuevo pueblo de Dios, constantemente probado en la fe y en la esperanza del sufrimiento y por la persecución. (cf. Lc 2,21-35).

8. Por más que el **Calendario Romano** restaurado pone de relieve sobre todo las celebraciones mencionadas más arriba, incluye, no obstante, otro tipo de memorias o fiestas vinculadas a motivos de culto local, pero que han adquirido un interés más amplio (11 de febrero: la Virgen de Lourdes; 5 de agosto: la dedicación de la Basílica de **Santa María**; a otras celebradas originariamente en determinadas familias religiosas, pero que hoy, por la difusión alcanzada, pueden considerarse verdaderamente eclesiales (16 de julio: la Virgen del Carmen; 7 de octubre: la Virgen del Rosario); y algunas más que, **prescindiendo del aspecto apócrifo,** proponen contenidos de alto valor ejemplar, continuando venerables tradiciones, enraizadas sobre todo en Oriente (21 de noviembre: la Presentación de la Virgen María); o manifiestan orientaciones que brotan de la piedad contemporánea (sábado del segundo domingo después de Pentecostés: el Inmaculado Corazón de María).

9. Ni debe olvidarse que el **Calendario Romano General** no registra todas las celebraciones de contenido mariano; pues corresponde a los Calendarios particulares recoger, con fidelidad a las normas litúrgicas pero también con adhesión de corazón, las fiestas marianas propias de las distintas Iglesias locales. Y nos falta mencionar la posibilidad de una frecuente conmemoración litúrgica mariana con el recurso a la Memoria de Santa María "in sabbato": memoria antigua y discreta, que la flexibilidad del actual Ca-

lendario y la multiplicidad de los formularios del Misal hacen extraordinariamente fácil y variada.

10. En esta Exhortación Apostólica no intentamos considerar todo el contenido del nuevo Misal Romano, sino que, en orden a la obra de valoración que nos hemos prefijado realizar en relación a los libros restaurados del Rito Romano, deseamos poner de relieve algunos aspectos y temas. Y queremos, sobre todo, destacar cómo las preces eucarísticas del Misal, en admirable convergencia con las liturgias orientales, contienen una significativa memoria de la Santísima Virgen. Así lo hace el antigua Canon Romano, que conmemora la Madre del Señor en densos términos de doctrina y de inspiración cultual: "En comunión con toda la Iglesia, veneramos la memoria, ante todo, de la gloriosa siempre Virgen María, Madre de Jesucristo, nuestro Dios y Señor"; así también el reciente Canon III, que expresa con intenso anhelo el deseo de los orantes de compartir con la Madre la herencia de hijos: "Que El nos transforme en ofrenda permanente, para que gocemos de tu heredad junto con tus elegidos: con María la Virgen". Dicha memoria cotidiana, por su colocación en el centro del Santo Sacrificio, debe ser tenido como una forma particularmente expresiva del culto que la Iglesia rinde a la "Bendita del Altísimo" (cf. Lc. I,28).

11. Recorriendo después los textos del Misal restaurado, vemos como los grandes temas marianos de la eucología romana —el tema de la Inmaculada Concepción y de la plenitud de gracia, de la Maternidad Divina, de la integérrima y fecunda virginidad, del "templo del Espíritu Santo", de la cooperación a la obra del Hijo, de la santidad ejemplar, de la intercesión misericordiosa, de la Asunción al cielo, de la realeza maternal y algunos más— han sido recogidos en perfecta continuidad con el pasado y como otros temas, nuevos en un cierto sentido, han sido introducidos en perfecta adherencia con el desarrollo teológico de nuestro tiempo. Así, por ejemplo, el tema de María-Iglesia ha sido introducido en los textos del Misal con variedad de aspectos, como variadas y múltiples son las relaciones que median entre la Madre de Cristo y la Iglesia. En efecto, dichos textos en la Concepción sin mancha de la Virgen re-

conocen el exordio de la Iglesia, Esposa sin mancilla de Cristo; en la Asunción reconocen el **principio** ya cumplido y la **imagen** de aquello que, para toda la Iglesia, debe todavía cumplirse; en el misterio de la Maternidad la proclaman Madre de la Cabeza y de los miembros: Santa Madre de Dios, pues, y próvida Madre de la Iglesia.

Finalmente, cuando la Liturgia dirige su mirada a la Iglesia primitiva y a la contemporánea, encuentra puntualmente a María: allí, como presencia orante junto a los Apóstoles; aquí como presencia operante junto a la cual la Iglesia quiere vivir el misterio de Cristo: "...haz que tu santa Iglesia, asociada **con ella** (María) a la pasión de Cristo, participe en la gloria de la resurrección"; y como voz de alabanza junto a la cual quiere glorificar a Dios: "...para engrandecer **con Ella** (María) tu santo Nombre, y, puesto que la Liturgia es culto que requiere una conducta coherente de vida, ella pide traducir el culto a la Virgen en un concreto y sufrido amor por la Iglesia, como propone admirablemente la oración de después de la comunión del 15 de septiembre: "... para que, recordando a la Santísima Virgen Dolorosa, completemos en nosotros, por el bien de la santa Iglesia, lo que falta a la pasión de Cristo".

12. El **Leccionario de la Misa** es uno de los libros del Rito Romano que se ha beneficiado más de la reforma postconciliar, sea por el número de textos incluidos, sea por su valor intrínseco: se trata, en efecto, de textos que contienen la palabra de Dios, siempre viva y eficaz (cf. Heb. 4,12). Esta abundantísima selección de textos bíblicos ha permitido exponer en un ordenado ciclo trienal toda la historia de la salvación y proponer con mayor plenitud el misterio de Cristo. Como lógica consecuencia ha resultado que el Leccionario contiene un número mayor de lecturas vetero y neotestamentarias relativas a la bienaventurada Virgen: aumento numérico no carente, sin embargo, de una crítica serena, porque han sido recogidas únicamente aquellas lecturas que, o por la evidencia de su contenido o por las indicaciones de una atenta exégesis, avalada por las enseñanzas del Magisterio o por una sólida tradición, pueden considerarse, aunque de manera y en grados diversos, de carácter

mariano. Además, conviene observar que estas lecturas no están exclusivamente limitadas a las fiestas de la Virgen, sino que son proclamadas en otras muchas ocasiones: en algunos domingos del año litúrgico, en la celebración de ritos que tocan profundamente la vida sacramental del cristiano y sus elecciones, así como en circunstancias alegres o tristes de su existencia.

13. También el restaurado libro de la **liturgia de las Horas** contiene preclaros testimonios de piedad hacia la Madre del Señor: en las composiciones hímnicas, entre las que no faltan algunas obras de arte de la literatura universal, como la sublime oración de Dante a la Virgen; en las antífonas que cierran el Oficio divino de cada día; imploraciones líricas, a las que se han añadido el célebre tropario **"Sub tuum praesidium"**, venerable por su antigüedad y admirable por su contenido; en las intercesiones de Laudes y Vísperas, en las que no es infrecuente el confiado recurso a la Madre de misericordia; en la vastísima selección de páginas marianas debidas a autores de los primeros siglos del cristianismo, de la edad media y de la edad moderna.

14. Si en el Misal, en el Leccionario y en la Liturgia de las Horas, quicios de la oración litúrgica romana, retorna con ritmo frecuente la memoria de la Virgen, tampoco en los otros libros litúrgicos restaurados faltan expresiones de amor y de suplicante veneración hacia la **"Theotocos"**: así la Iglesia la invoca como Madre de la gracia antes de la inmersión de los candidatos en las aguas regeneradoras del bautismo; implora su intercesión sobre las madres que, agradecidas por el don de la maternidad, se presentan gozosas en el templo; la ofrece como ejemplo a sus miembros que abrazan el seguimiento de Cristo en la vida religiosa o reciben la consagración virginal, y pide para ellos su maternal ayuda; a Ella dirige súplicas insistentes en favor de los hijos que han llegado a la hora del tránsito; pide su intercesión para aquellos que, cerrados sus ojos a la luz temporal, se han presentado delante de Cristo, Luz eterna; e invoca, por su intercesión, el consuelo para aquellos que, inmersos en el dolor, lloran con fe la separación de sus seres queridos.

15. El examen realizado sobre los libros litúrgicos restaurados lleva, pues, a una confortadora constatación: la instauración postconciliar, como estaba ya en el espíritu del Movimiento Litúrgico, ha considerado con adecuada perspectiva a la Virgen en el misterio de Cristo y, en armonía con la tradición, le ha reconocido el puesto singular que le corresponde dentro del culto cristiano, como Madre Santa de Dios, íntimamente asociada al Redentor.

No podía ser de otra manera. En efecto, recorriendo la historia del culto cristiano, se nota que en Oriente como en Occidente las más altas y las más límpidas expresiones de la piedad hacia la bienaventurada Virgen han florecido en el ámbito de la Liturgia o han sido incorporadas a ella.

Deseamos subrayarlo: el culto que la Iglesia universal rinde hoy a la Santísima Virgen es una derivación, una prolongación y un incremento incesante del culto que la Iglesia de todos los tiempos le ha tributado con escrupuloso estudio de la verdad y con siempre prudente nobleza de formas. De la tradición perenne, viva por la presencia ininterrumpida del Espíritu y por la escucha continuada de la Palabra, la Iglesia de nuestro tiempo saca motivaciones, argumentos y estímulo para el culto que rinde a la bienaventurada Virgen. Y de esta viva tradición es expresión altísima y prueba fehaciente la liturgia, que recibe del Magisterio garantía y fuerza.

SECCION II

LA VIRGEN MODELO DE LA IGLESIA EN EL EJERCICIO DEL CULTO

16. Queremos ahora, siguiendo algunas indicaciones de la doctrina conciliar sobre María y la Iglesia, profundizar un aspecto particular de las relaciones entre María y la Liturgia, es decir: María como ejemplo de la actitud espiritual con que la Iglesia celebra y vive los divinos misterios. La ejemplaridad de la Santísima Virgen en este campo dimana del hecho que Ella es reconocida como modelo extraordinario de la Iglesia en el orden de la fe, de la caridad y de la perfecta unión con Cristo, esto es, de aquella dis-

posiicón interior con que la Iglesia, Esposa amadísima, estrechamente asociada a su Señor, lo invoca y por su medio rinde culto al Padre Eterno.

17. María es la **"Virgen oyente"**, que recoge con fe la palabra de Dios: fe, que para Ella fue premisa y camino hacia la Maternidad Divina, porque, como intuyó San Agustín: "La bienaventurada Virgen María concibió creyendo al (Jesús) que dio a luz creyendo": en efecto, cuando recibió del Angel la respuesta a su duda (cf. Lc I, 34-37), "Ella, llena de fe, y concibiendo a Cristo en su mente, antes que en su seno", dijo: "he aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra" (Lc I, 38,46); fe, que fue para Ella causa de bienaventuranza y seguridad en el cumplimiento de la palabra del Señor" (Lc I, 45); fe, con la que Ella, protagonista y testigo singular de la Encarnación, volvía sobre los acontecimientos de la infancia de Cristo, confrontándolos entre sí en lo hondo de su corazón (cf. Lc II, 19,51); esto mismo hace la Iglesia, la cual sobre todo en la Sagrada Liturgia escucha con fe, acoge, proclama, venera la palabra de Dios, la distribuye a los fieles como pan de vida y escudriña a su luz los signos de los tiempos, interpreta y vive los acontecimientos de la historia.

18. María es, asimismo, la **"Virgen orante"**. Así aparece Ella en la visita a la Madre del Precursor, donde abre su espíritu en expresiones de glorificación a Dios, de humildad, de fe, de esperanza: tal es el **"Magnificat"** (cf. Lc I, 46-55), la oración por excelencia de María, el canto de los tiempos mesiánicos, en el que confluyen la exultación del antiguo y del nuevo Israel, porque —como parece sugerir San Irineo— en el cántico de María fluyó el regocijo de Abraham que presentía al Mesías (cf. Jn 8,56) y resonó, anticipada proféticamente, la voz de la Iglesia: "Saltando de gozo, María proclama proféticamente el nombre de la Iglesia: "Mi alma engrandece al Señor...". En efecto, el cántico de la Virgen, al difundirse, se ha convertido en oración de toda la Iglesia, en todos los tiempos. **"Virgen orante"** aparece en Caná, donde, manifestaondo al Hijo con delicada súplica una necesidad temporal, obtiene además un efecto de la gracia: que Jesús, realizando el primero de sus "signos", confirme a sus discípulos en la fe en El (cf. Jn 2, 1-12).

También el último trozo biográfico de María nos la describe en oración: los Apóstoles "perseveraban unánimes en la oración, juntamente con las mujeres y con María, Madre de Jesús, y con sus hermanos" (Act. 1, 14): presencia orante de María en la Iglesia naciente y en la Iglesia de todo tiempo, porque Ella, asunta al cielo, no ha abandonado su misión de intercesión y salvación. "**Virgen orante**" es también la Iglesia, que cada día presenta al Padre las necesidades de sus hijos, "alaba incesantemente al Señor e intercede por la salvación del mundo".

19. María es también la "**Virgen Madre**", es decir, aquella que por su fe y obediencia engendró en la tierra al mismo Hijo del Padre, sin contacto con hombre, sino cubierta por la sombra del Espíritu Santo"; prodigiosa maternidad, constituida por Dios como "tipo" y "ejemplar" de la fecundidad de la Virgen-Iglesia, la cual "se convierte ella misma en Madre, porque con la predicación y el bautismo engendra a una vida nueva e inmortal a los hijos, concebidos por obra del Espíritu Santo, y nacidos de Dios". Justamente los antiguos Padres enseñaron que la Iglesia prolonga, en el sacramento del bautismo, la Maternidad virginal de María. Entre sus testimonios nos complacemos en recordar el de nuestro eximio predecesor San León Magno, quien en su homilía natalicia afirma: "El origen que (Cristo) tomó en el seno de la Virgen, lo ha puesto en la fuente bautismal: ha dado al agua lo que dio a la Madre; en efecto, la virtud del Altísimo y la sombra del Espíritu Santo (cf Lc I, 35), que hizo que María diese a luz al Salvador, hace también que el agua regenere al creyente". Queriendo beber en las fuentes litúrgicas, podríamos citar la **Illatio** de la Liturgia hispánica: "Ella (María) llevó la Vida en su seno, ésta (la Iglesia): en el bautismo. En los miembros de aquélla se plasmó Cristo, en las aguas bautismales el regenerado se reviste de Cristo".

20. Finalmente, María es la "**Virgen oferente**". En el episodio de la Presentación de Jesús en el Templo (cf. Lc II, 22-35), la Iglesia, guiada por el Espíritu, ha vislumbrado, más allá del cumplimiento de las leyes relativas a la oblación del primogénito (cf. Ex 13, 11-16) y de la purificación

de la Madre (cf. Lev. 12, 6-8), un misterio de salvación relativo a la historia salvífica: esto es, ha notado la continuidad de la oferta fundamental que el Verbo encarnado hizo al Padre al entrar en el mundo (cf. Heb X, 5-7); ha visto proclamada la universalidad de la salvación, porque Simeón, saludando en el Niño la luz que ilumina las gentes y la gloria de Israel (cf. Lc II, 32), reconocía en El al Mesías, al Salvador de todos; ha comprendido la referencia profética a la pasión de Cristo: que las palabras de Simeón, las cuales unían en un solo vaticinio al Hijo, "signo de contradicción" (Lc. II, 34), y a la Madre, a quien la espada habría de traspasar el alma (cf. Lc II, 35), se cumplieron sobre el Calvario. Misterio de salvación, pues, que el episodio de la Presentación en el Templo orienta en sus varios aspectos hacia el acontecimiento salvífico de la Cruz. Pero la misma Iglesia, sobre todo a partir de los siglos de la Edad Media, ha percibido en el corazón de la Virgen que lleva al Niño a Jerusalén para presentarlo al Señor (cf. Lc II, 22), una voluntad de oblación que trascendía el significado ordinario del rito. De dicha intuición encontramos un testimonio en el afectuoso apóstrofe de San Bernardo: "Ofrece tu Hijo, Virgen sagrada y presenta al Señor el fruto bendito de tu vientre. Ofrece por la reconciliación de todos nosotros la víctima santa, agradable a Dios".

Esta unión de la Madre con el Hijo en la obra de la redención alcanza su culminación en el Calvario, donde Cristo 'a sí mismo se ofreció inmaculado a Dios" (Heb 9, 14) y donde María estuvo junto a la Cruz (cf Jn 19,15) "sufriendo profundamente con su Unigénito y asociándose con ánimo materno a su sacrificio, adhiriéndose emorosamente a la inmolación de la Víctima por Ella engendrada" y ofreciéndola Ella misma al Padre Eterno. Para perpetuar en los siglos el Sacrificio de la Cruz, el Salvador instituyó el Sacrificio Eucarístico, memorial de su muerte y resurrección y lo confirió a la Iglesia su Esposa, la cual, sobre todo el domingo, convoca a los fieles para celebrar la Pascua del Señor hasta que El venga: lo que cumple la Iglesia en comunión con los santos del cielo y, en primer lugar, con la bienaventurada Virgen de la que imita la caridad ardiente y la fe inquebrantable.

21. Ejemplo para toda la Iglesia en el ejercicio del culto divino, María es también, evidentemente, maestra de vida espiritual para cada uno de los cristianos. Bien pronto los fieles comenzaron a fijarse en María para, como Ella, hacer de la propia vida un culto a Dios, y de su culto un compromiso de vida. Ya en el siglo IV, S. Ambrosio, hablando a los fieles, hacia votos para que en cada uno de ellos estuviese el alma de María para glorificar a Dios: "Que el alma de María esté en cada uno para alabar al Señor; que su espíritu esté en cada uno para que se alegre en Dios". Pero María es, sobre todo, modelo de aquel culto que consiste en hacer de la propia vida una ofrenda a Dios: doctrina antigua, perenne, que cada uno puede volver a escuchar poniendo atención en la enseñanza de la Iglesia, pero también con el oído atento a la voz de la Virgen cuando Ella, anticipando en sí misma la estupenda petición de la oración dominical "Hágase tu Voluntad" (Mt. 6,10), respondió al mensajero de Dios: "He aquí la esclava del Señor, hágase en mí, según tu palabra" (Lc I, 38). Y el "sí" de María es para todos los cristianos una lección y un ejemplo para convertir la obediencia a la voluntad del Padre en camino y en medio de santificación propia.

22. Por otra parte, es importante observar cómo traduce la Iglesia las múltiples relaciones que la unen a María en distintas y eficaces actitudes cultuales: en veneración profunda, cuando reflexiona sobre la singular dignidad de la Virgen, convertida, por obra del Espíritu Santo, en Madre del Verbo Encarnado; en amor ardiente, cuando considera la Maternidad espiritual de María para con todos los miembros del Cuerpo Místico, en confiada invocación, cuando experimenta la intercesión de su Abogada y Auxiliadora; en servicio de amor, cuando descubre en la humilde sierva del Señor a la Reina de misericordia y a la Madre de la gracia; en operosa imitación, cuando contempla la santidad y las virtudes de la "llena de gracia" (Lc I, 28); en conmovido estupor, cuando contempla en Ella "como en una imagen purísima, todo lo que ella desea y espera ser"; en atento estudio, cuando reconoce en la Cooperadora del Redentor, ya plenamente partícipe de los frutos del Misterio Pascual, el cumplimiento profético de su mismo futuro, hasta

el día en que, purificada de toda arruga y toda mancha (cf. Ef V, 27) se convertirá en una esposa ataviada para el Esposo Jesucristo (Cf. Ap 21,2).

23. Considerando, pues, venerables hermanos, la veneración que la tradición litúrgica de la Iglesia universal y el renovado Rito romano manifiestan hacia la Santa Madre de Dios; recordando que la Liturgia, por su preeminente valor cultual, constituye una norma de oro para la piedad cristiana; observando, finalmente, cómo la Iglesia, cuando celebra los sagrados misterios, adopta una actitud de fe y de amor semejantes a los de la Virgen, comprendemos cuán justa es la exhortación del Concilio Vaticano II a todos los hijos de la Iglesia, "para que promuevan generosamente el culto, especialmente litúrgico, a la bienaventurada Virgen: exhortación que desearíamos ver acogida sin reservas en todas partes y puesta en práctica celosamente.

PARTE II

POR UNA RENOVACION DE LA PIEDAD MARIANA

24. Pero el mismo Concilio Vaticano II exhorta a promover, junto al culto litúrgico, otras formas de piedad, sobre todo las recomendadas por el Magisterio. Sin embargo, como es bien sabido, la veneración de los fieles hacia la Madre de Dios ha tomado formas diversas, según las circunstancias de lugar y tiempo, la distinta sensibilidad de los pueblos, su diferente tradición cultural. Así resulta que las formas en que se manifiesta dicha piedad, sujetas al desgaste del tiempo, parecen necesitar una renovación, que permita sustituir en ellas los elementos caducos, dar valor a los perennes e incorporar los nuevos datos doctrinales adquiridos por la reflexión teológica y propuestos por el Magisterio eclesiástico. Esto muestra la necesidad de que las Conferencias Episcopales, las Iglesias locales, las familias religiosas y las comunidades de fieles favorezcan una genuina actividad creadora y, al mismo tiempo, procedan a una diligente revisión de los ejercicios de piedad a la Virgen; revisión que querríamos fuese respetuosa para con la sana tradición y estuviera abierta a recoger las legítimas aspiraciones de los hombres de nuestro tiempo. Por tanto, nos parece oportuno, venerables hermanos, indicaros algunos principios que sirvan de base al trabajo en este campo.

SECCION I

NOTA TRINITARIA, CRISTOLOGICA, Y ECLESIAL EN EL CULTO DE LA VIRGEN

25. Ante todo, es sumamente conveniente que los ejercicios de piedad a la Virgen María expresen claramente la nota trinitaria y cristológica que les es intrínseca y esencial. En efecto, el culto cristiano es, por su naturaleza, culto al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo o, como se dice en la Liturgia, al Padre por Cristo, en el Espíritu. En esta prespectiva se extiende legítimamente, aunque de modo esencialmente diverso, en primer lugar y de modo singular a la Madre del Señor y después a los Santos, en quienes, la Iglesia proclama el Misterio Pascual, porque ellos han sufrido con Cristo y con El han sido glorificados. En la Virgen María todo es referido a Cristo y todo depende de El: en vistas a El, Dios Padre la eligió desde toda la eternidad como Madre toda santa y la adornó con dones del Espíritu Santo, que no fueron concedidos a ningún otro. Ciertamente, la genuina piedad cristiana no ha dejado nunca de poner de relieve el vínculo indisoluble y la esencial referencia de la Virgen al Salvador Divino. Sin embargo, nos parece particularmente conforme con las tendencias espirituales de nuestra época, dominada y absorbida por la "cuestión de Cristo", que en las expresiones de culto a la Virgen se ponga en particular relieva el aspecto cristológico y se haga de manera que éstas reflejen el plan de Dios, el cual preestableció "con un único y mismo decreto el origen de María y la encarnación de la Divina Sabiduría". Esto contribuirá indudablemente a hacer más sólida la piedad hacia la Madre de Jesús y a que esa misma piedad sea un instrumento eficaz para llegar al "pleno conocimiento del Hijo de Dios, hasta alcanzar la medida de la plenitud de Cristo" (Ef 4,13); por otra parte, contribuirá a incrementar el culto debido a Cristo mismo, porque, según el perenne sentir de la Iglesia, confirmado de manera autorizada en nuestros días, "se atribuye al Señor, lo que se ofrece como servicio a la Esclava; de este modo redunda en favor del Hijo lo que es debido a la Madre; y así recae igualmente sobre el Rey el honor rendido como humilde tributo a la Reina".

26. A esta alusión sobre la orientación cristológica del culto a la Virgen, nos parece útil añadir una llamada a la oportunidad de que se dé adecuado relieve a uno de los con-

tenidos esenciales de la fe: la Persona y la obra del Espíritu Santo. La reflexión teológica y la Liturgia han subrayado, en efecto, cómo la intervención santificadora del Espíritu en la Virgen de Nazaret ha sido un momento culminante de su acción en la historia de la salvación. Así, por ejemplo, algunos Santos Padres y Escritores eclesiásticos atribuyeron a la acción del Espíritu la santidad original de María, "como plasmada y convertida en nueva creatura" por El; reflexionando sobre los textos evangélicos —"el Espíritu Santo descenderá sobre tí y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra" (Lc I, 35) y "María... se halló encinta por obra del Espíritu Santo; (...) es obra del Espíritu Santo lo que en Ella se ha engendrado" (Mt. I, 18,20)—, descubrieron en la intervención del Espíritu Santo una acción que consagró e hizo fecunda la virginidad de María y la transformó en **Aula del Rey, Templo o Tabernáculo del Señor, Arca de la Alianza o de la santificación,** títulos todos ellos ricos en resonancias bíblicas; profundizando más en el misterio de la Encarnación, vieron en la misteriosa relación Espíritu-María un aspecto esponsalicio, descrito poéticamente por Prudencio: "la Virgen núbil se desposa con el Espíritu" y la llamaron **Sagrario del Espíritu Santo,** expresión que subraya el carácter sagrado de la Virgen, convertida en mansión estable del Espíritu de Dios; adentrándose en la doctrina sobre el Paráclito, vieron que de El brotó, como de un manantial, la plenitud de la gracia (cf. Lc I,28) y la abundancia de dones que la adornaban: de ahí que atribuyeron al Espíritu la fe, la esperanza y la caridad que animaron el corazón de la Virgen, la fuerza que sostuvo su adhesión a la Voluntad de Dios, el vigor que la sostuvo durante su "compasión" a los pies de la Cruz; señalaron en el canto profético de María (Lc I, 46-55) un particular influjo de aquel Espíritu que había hablado por boca de los profetas; finalmente, considerando la presencia de la Madre de Jesús en el cenáculo, donde el Espíritu descendió sobre la naciente Iglesia (cf. Act I, 12-14; II, 1-4), enriquecieron con nuevos datos el antiguo tema María-Iglesia; y, sobre todo, recurrieron a la intercesión de la Virgen para obtener del Espíritu la capacidad de engendrar a Cristo en su propia alma, como atestigua S. Ildefonso en una oración, sorprendente por su doctrina y por su vigor suplicante: "Te pido, oh Virgen Santa, obtener a Jesús por mediación del mismo Espíritu, por el que Tú has engendrado a Jesús. Reciba

mi alma Jesús por obra del Espíritu, por el cual tu carne ha concebido al mismo Jesús (...) Que yo ame a Jesús en el mismo Espíritu, en el cual Tú lo adoras como Señor y lo contemplas como Hijo".

27. Se afirma con frecuencia que muchos textos de la piedad moderna no reflejan suficientemente toda la doctrina acerca del Espíritu Santo. Son los estudiosos quienes tienen que verificar esta afirmación y medir su alcance; a Nos corresponde exhortar a todos, en especial a los pastores y a los teólogos, a profundizar en la reflexión sobre la acción del Espíritu Santo en la historia de la salvación y lograr que los textos de la piedad cristiana pongan debidamente en claro su acción vivificadora; de tal reflexión aparecerá, en particular, la misteriosa relación existente entre el Espíritu de Dios y la Virgen de Nazaret, así como su acción sobre la Iglesia: de este modo, el contenido de la fe más profundamente meditado dará lugar a una piedad más intensamente vivida.

28. Es necesario además que los ejercicios de piedad, mediante los cuales los fieles expresan su veneración a la Madre del Señor, pongan más claramente de manifiesto el puesto que Ella ocupa en la Iglesia: "el más alto y más próximo a nosotros después de Cristo"; un puesto que en los edificios de culto Del Rito bizantino tiene su expresión plástica en la misma disposición de las partes arquitectónicas y de los elementos iconográficos —en la puerta central de la iconostasis está figurada la Anunciación de María, en el ábside la representación de la "**Theotocos**" gloriosa— con el fin de que aparezca manifiesto cómo a partir del "**fiat**" de la humilde Esclava del Señor, la humanidad comienza su retorno a Dios y cómo en la gloria de la "Toda Hermosa" descubre la meta de su camino. El simbolismo mediante el cual el edificio de la Iglesia expresa el puesto de María en el misterio de la Iglesia contiene una indicación fecunda y constituye un auspicio para que en todas partes las distintas formas de venerar a la bienaventurada Virgen María se abran a perspectivas eclesiales.

En efecto, el recurso a los conceptos fundamentales expuestos por el Concilio Vaticano II sobre la naturaleza de la Iglesia, **Familia de Dios, Pueblo de Dios, Reino de Dios, Cuerpo Místico de Cristo** permitirá a los fieles reconocer con mayor facilidad la misión de María en el misterio de

la Iglesia y el puesto eminente que ocupa en la Comunión de los Santos; sentir más intensamente los lazos fraternos que unen a todos los fieles porque son hijos de la Virgen, "a cuya generación y educación Ella colabora con materno amor", e hijos también de la Iglesia, ya que "nacemos de su parto, nos alimentamos con leche suya y somos vivificados por su Espíritu", y porque ambas concurren a engendrar el Cuerpo Místico de Cristo: "Una y otra son Madre de Cristo; pero ninguna de ellas engendra todo (el cuerpo) sin la otra"; percibir finalmente de modo más evidente que la acción de la Iglesia en el mundo es como una prolongación de la solicitud de María: en efecto, el amor operante de María la Virgen en casa de Isabel, en Caná, sobre el Gólgota —momentos todos ellos salvíficos de gran alcance esclesial— encuentra su continuidad en el ansia materna de la Iglesia porque todos los hombres lleguen a la verdad (cf. I Tim. 2, 4); en su solicitud para con los humildes, los pobres, los débiles; en su empeño costante por la paz y la concordia social, en su prodigarse para que todos los hombres participen de la salvación merecida para ellos por la muerte de Cristo. De este modo el amor a la Iglesia se traducirá en amor a María y viceversa; porque la una no puede subsistir sin la otra, como observa de manera muy aguda San Cromacio de Aquileya: "Se reunió la Iglesia en la parte alta (del cenáculo) con María, que era la Madre de Jesús, y con los hermanos de Este. Por tanto no se puede hablar de Iglesia si no está presente María, la Madre del Señor, con los hermanos de Este". En conclusión, reiteramos la necesidad de que la veneración a la Virgen haga explícito su intrínseco contenido eclesiológico: esto equivaldrá a valerse de una fuerza capaz de renovar saludablemente formas y textos.

SECCION II

CUATRO ORIENTACIONES PARA EL CULTO A LA VIRGEN: BIBLICA, LITURGICA, ECUMENICA, ANTROPOLOGICA

29. A las anteriores indicaciones, que surgen de considerar las relaciones de la Virgen María con Dios —Padre, Hijo y Espíritu Santo— y con la Iglesia, queremos añadir, siguiendo la línea trazada por las enseñanzas conciliares, algunas orientaciones —de carácter bíblico, litúrgico, ecumé-

nico, antropológico— a tener en cuenta a la hora de revisar o crear ejercicios y prácticas de piedad, con el fin de hacer más vivo y más sentido el lazo que nos une a la Madre de Cristo y Madre nuestra en la Comunión de los Santos.

30. La necesidad de una impronta bíblica en toda forma de culto es sentida hoy día como un postulado general de la piedad cristiana. El progreso de los estudios bíblicos, la creciente difusión de la Sagrada Escritura y, sobre todo, el ejemplo de la tradición y la moción íntima del Espíritu orientan a los cristianos de nuestro tiempo a servirse cada vez más de la Biblia como del libro fundamental de oración y a buscar en ella inspiración genuina y modelos insuperables. El culto a la Santísima Virgen no puede quedar fuera de esta dirección tomada por la piedad cristiana; al contrario, debe inspirarse particularmente en ella para lograr nuevo vigor y ayuda segura. La Biblia, al proponer de modo admirable el designio de Dios para la salvación de los hombres, está toda ella impregnada del misterio del Salvador y contiene además, desde el Génesis hasta el Apocalipsis, referencias, indudables a Aquella que fue Madre y Asociada del Salvador. Pero no quisiéramos que la impronta bíblica se limitase a un diligente uso de textos y símbolos sabiamente sacados de las Sagradas Escrituras; comporta mucho más: requiere, en efecto, que de la Biblia tomen sus términos y su inspiración las fórmulas de oración y las composiciones destinadas al canto; y exige, sobre todo, que el culto a la Virgen esté impregnado de los grandes temas del mensaje cristiano, a fin de que, al mismo tiempo que los fieles veneran la Sede de la Sabiduría, sean también iluminados por la luz de la palabra divina e inducidos a obrar según los dictados de la Sabiduría Encarnada.

31. Ya hemos hablado de la veneración que la Iglesia siente por la Madre de Dios en la celebración de la sagrada Liturgia. Ahora, tratando de las demás formas de culto y de los criterios en que se deben inspirar, no podemos menos de recordar la norma de la Constitución **Sacrosanctum Concilium**, la cual, al recomendar vivamente los piadosos ejercicios del pueblo cristiano, añade: "... es necesario que tales ejercicios, teniendo en cuenta los tiempos litúrgicos, se ordenen de manera que estén en armonía con la sagrada Liturgia; se inspiren de algún modo en ella, y, dada su naturaleza superior, conduzcan a ella al pueblo cristiano". Norma sabia, norma clara, cuya aplicación, sin embargo, no se

presenta fácil, sobre todo en el campo del culto a la Virgen, tan variado en sus expresiones formales; requiere, efectivamente, por parte de los responsables de las comunidades locales esfuerzo, tacto pastoral, constancia; y por parte de los fieles, prontitud en acoger orientaciones y propuestas que, emanando de la genuina naturaleza del culto cristiano, comportan a veces el cambio de usos inveterados, en los que de algún modo se había oscurecido aquella naturaleza.

A este respecto queremos aludir a dos actitudes que podrían hacer vana en la práctica pastoral, la norma del Concilio Vaticano II: en primer lugar, la actitud de algunos que tienen cura de almas y que despreciando **a priori** los ejercicios piadosos, que en las formas debidas son recomendados por el Magisterio, los abandonan y crean un vacío que no prevén colmar: olvidan que el Concilio ha dicho que hay que armonizar los ejercicios piadosos con la Liturgia, no suprimirlos. En segundo lugar, la actitud de otros que, al margen de un sano criterio litúrgico y pastoral, unen al mismo tiempo ejercicios piadosos y actos litúrgicos en celebraciones híbridas. A veces ocurre que, dentro de la misma celebración del Sacrificio Eucarístico, se introducen elementos propios de novenas u otras prácticas piadosas, con el peligro de que el Memorial del Señor no constituya el momento culminante del encuentro de la comunidad cristiana, sino como una ocasión para cualquier práctica devocional. A cuantos obran así quisiéramos recordar que la norma conciliar prescribe armonizar los ejercicios piadosos con la Liturgia, no confundirlos con ella. Una clara acción pastoral debe, por una parte, distinguir y subrayar la naturaleza propia de los actos litúrgicos; por otra, valorar los ejercicios piadosos para adaptarlos a las necesidades de cada comunidad eclesial y hacerlos auxiliares válidos de la Liturgia.

32. Por su carácter eclesial, en el culto a la Virgen se reflejan las preocupaciones de la Iglesia misma entre las cuales sobresale en nuestro días el anhelo por el restablecimiento de la unidad de los cristianos. La piedad hacia la Madre del Señor se hace así sensible a las inquietudes y a las finalidades del movimiento ecuménico, es decir, adquiere ella misma una impronta ecuménica. Y esto por varios motivos.

En primer lugar, porque los fieles católicos se unen a los hermanos de las Iglesias ortodoxas, entre las cuales la

devoción a la Virgen reviste formas de alto lirismo y de profunda doctrina al venerar con particular amor a la gloriosa "**Theotocos**" y al aclamarla "Esperanza de los cristianos"; se unen a los anglicanos, cuyos teólogos clásicos pusieron ya de relieve la sólida base escriturística del culto a la Madre de Nuestro Señor, y cuyos teólogos contemporáneos subrayan mayormente la importancia del puesto que ocupa María en la vida cristiana; se unen también a los hermanos de las Iglesias de la Reforma, dentro de las cuales florece vigorosamente el amor por las Sagradas Escrituras, glorificando a Dios con las mismas palabras de la Virgen (cf. Lc II, 46-55).

En segundo lugar, porque la piedad hacia la Madre de Cristo y de los cristianos es para los católicos ocasión natural y frecuente para pedirle que interceda ante su Hijo por la unión de todos los bautizados en un solo pueblo de Dios. Más aún, porque es voluntad de la Iglesia Católica que en dicho culto, sin que por ello sea atenuado su carácter singular, se evite con cuidado toda clase de exageraciones que puedan inducir a error a los demás hermanos cristianos acerca de la verdadera doctrina de la Iglesia Católica y se haga desaparecer toda manifestación cultual contraria a la recta práctica católica.

Finalmente, siendo connatural al genuino culto a la Virgen el que "mientras es honrada la Madre (...), el Hijo sea debidamente conocido, amado, glorificado", este culto se convierte en camino a Cristo, fuente y centro de la comunión eclesiástica, en la cual cuantos confiesan abiertamente que El es Dios y Señor, Salvador y único Mediador (cf. I Tim. 2,5), están llamados a ser una sola cosa entre sí, con El y con el Padre en la unidad del Espíritu Santo.

33. Somos conscientes de que existen no leves discordancias entre el pensamiento de muchos hermanos y otras Iglesias y comunidades eclesiales y la doctrina católica "en torno a la función de María en la obra de la salvación" y, por tanto, sobre el culto que le es debido. Sin embargo, como el mismo poder del Altísimo que cubrió con su sombra a la Virgen de Nazaret (cf. Lc I, 35) **actúa en el actual movimiento ecuménico y lo fecunda**, deseamos expresar nuestra confianza en que la veneración a la humilde Esclava del Señor, en la que el Omnipotente obró maravillas (cf. Lc I, 49), será, aunque lentamente, no obstáculo, sino medio y punto de encuentro para la unión de todos los creyentes en

Cristo. Nos alegramos, en efecto, de comprobar que una mejor comprensión del puesto de María en el misterio de Cristo y de la Iglesia, por parte también de los hermanos separados, hace más fácil el camino hacia el encuentro. Así como en Caná la Virgen, con su intervención, obtuvo que Jesús hiciera el primero de sus milagros (cf. Jn 2, 1-12), así, en nuestro tiempo podrá Ella hacer propicio, con su intercesión, el advenimiento de la hora en que los discípulos de Cristo volverán e encontrar la plena comunión en la fe. Y esta nueva esperanza halla consuelo en la observación de nuestro Predecesor León XIII: la causa de la unión de los cristianos "pertenece específicamente al oficio de la maternidad espiritual de María. Pues los que son de Cristo no fueron engendrados ni podían serlo sino en una única fe y un único amor; porque, ¿está acaso dividido Cristo? (cf. I Cor. 1,12); y debemos vivir todos juntos la vida de Cristo, para poder fructificar en un solo y mismo cuerpo" (Rom. 7,14).

34. En el culto a la Virgen merecen también atenta consideración las adquisiciones seguras y comprobadas de las ciencias humanas; esto ayudará efectivamente a eliminar una de las causas de la inquietud que se advierte en el campo del culto a la Madre del Señor: es decir, la diversidad entre algunas cosas de su contenido y las actuales concepciones antropológicas y la realidad sicosociológica, profundamente cambiada, en que viven y actúan los hombres de nuestro tiempo. Se observa, en efecto, que es difícil encuadrar la imagen de la Virgen, tal como es presentada por cierta literatura devocional, en las condiciones de vida de la sociedad contemporánea y en particular de las condiciones de la mujer, bien sea en el ambiente doméstico, donde las leyes y la evolución de las costumbres tienden justamente a reconocerle la igualdad y la corresponsabilidad con el hombre en la dirección de la vida familiar; bien sea en el campo político, donde ella ha conquistado en muchos países un poder de intervención en la sociedad igual al hombre; bien sea en el campo social, donde desarrolla su actividad en los más distintos sectores operativos, dejando cada día más el estrecho ambiente del hogar; lo mismo que en el campo cultural, donde se le ofrecen nuevas posibilidades de investigación científica y de éxito intelectual.

Deriva de ahí para algunos una cierta falta de afecto hacia el culto a la Virgen y una dificultad en tomar a María como modelo, porque los horizontes de su vida —se dice—

resultan estrechos en comparación con las amplias zonas de actividad en que el hombre contemporáneo está llamado a actuar. En este sentido, mientras exhortamos a los teólogos, a los responsables de las comunidades cristianas y a los mismos fieles a dedicar la debida atención a tales problemas, nos parece útil ofrecer Nos mismo una contribución a su solución, haciendo algunas observaciones.

35. Ante todo, la Virgen María ha sido propuesta siempre por la Iglesia a la imitación de los fieles no precisamente por el tipo de vida que Ella llevó y, tanto menos, por el ambiente socio-cultural en que se desarrolló, hoy día superado casi en todas partes, sino porque en sus condiciones concretas de vida Ella se adhirió total y responsablemente a la voluntad de Dios (cf. Lc I, 38); porque acogió la palabra y la puso en práctica; porque su acción estuvo animada por la caridad y por el espíritu de servicio; porque, es decir, fue la primera y la más perfecta discípula de Cristo: lo cual tiene valor universal y permanente.

36. En segundo lugar quisiéramos notar que las dificultades a que hemos aludido están en estrecha conexión con algunas connotaciones de la imagen popular y literaria de María, no con su imagen evangélica ni con los datos doctrinales determinados en el lento y serio trabajo de hacer explícita la palabra revelada; al contrario, se debe considerar normal que las generaciones cristianas que se han ido sucediendo en marcos socio-culturales diversos, al contemplar la figura y la misión de María —como Mujer nueva y perfecta cristiana, que resume en sí misma las situaciones más características de la vida femenina, porque es Virgen, Esposa y Madre—, hayan considerado a la Madre de Jesús como "modelo eximio" de la condición femenina y ejemplar "limpidísimo" de vida evangélica, y hayan plasmado estos sentimientos según las categorías y los modos expresivos propios de su época. La Iglesia, cuando considera la larga historia de la piedad mariana, se alegra comprobando la continuidad del hecho cultual, pero no se vincula a los esquemas representativos de las varias épocas culturales ni a las particulares concepciones antropológicas subyacentes, y comprende cómo algunas expresiones de culto, perfectamente válidas en sí mismas, son menos aptas para los hombres pertenecientes a épocas y civilizaciones distintas.

37. Deseamos en fin subrayar que nuestra época, como las precedentes, está llamada a verificar su propio conoci-

miento de la realidad con la palabra de Dios y, para limitarnos al caso que nos ocupa, a confrontar sus concepciones antropollógicas y los problemas que derivan de ellas con la figura de la Virgen tal cual nos es presentada por el Evangelio. La lectura de las Sagradas Escrituras, hecha bajo el influjo del Espíritu Santo y teniendo presentes las adquisiciones de las ciencias humanas y las variadas situaciones del mundo contemporáneo, llevará a descubrir cómo María puede ser tomada como espejo de las esperanzas de los hombres de nuestro tiempo. De este modo, por poner algún ejemplo, la mujer contemporánea, deseosa de participar con poder de decisión en las elecciones de la comunidad, contemplará con íntima alegría a María que, puesta a diálogo con Dios, da su consentimiento activo y responsable no a la solución de un problema contingente sino a la "obra de los siglos", como se ha llamado justamente a la Encarnación del Verbo; se dará cuenta de que la opción del estado virginal por parte de María, que en el designio de Dios la disponía al misterio de la Encarnación, no fue un acto de cerrarse a algunos de los valores del estado matrimonial, sino que constituyó una opción valiente, llevada a cabo para consagrarse totalmente al amor de Dios; comprobará con gozosa sorpresa que María de Nazaret, aun habiéndose abandonado a la voluntad del Señor, fue algo del todo distinto de una mujer **pasivamente remisiva o de religiosidad alienante,** antes bien, fue mujer que no dudó en proclamar que Dios es vindicador de los humildes y de los oprimidos y derriba de sus tronos a los poderosos del mundo (cf. Lc I, 5-53); reconocerá en María, que "sobresale entre los humildes y los pobres del Señor", una mujer fuerte, que conoció la pobreza y el sufrimiento, la huida y el exilio (cf. Mt. 2, 13-23); situaciones todas estas que no pueden escapar a la atención de quien quiere secundar con espíritu evangélico las energías liberadoras del hombre y de la sociedad; y no se le presentará María como una madre celosamente replegada sobre su propio Hijo Divino, sino como una mujer que con su acción favoreció la fe de la comunidad apostólica en Cristo (cf. Jn II, 1-12) y cuya función maternal se dilató, asumiendo sobre el calvario dimensiones universales. Son ejemplos. Sin embargo, aparece claro en ellos cómo la figura de la Virgen no defrauda esperanza alguna profunda de los hombres de nuestro tiempo y les ofrece el modelo perfecto del discípulo del Señor: artífice de la ciudad terrena y temporal, pero

peregrino diligente hacia la celeste y eterna; promotor de la justicia que libera al oprimido y de la caridad que socorre al necesitado; pero sobre todo testigo activo del amor que edifica a Cristo en los corazones.

38. Después de haber ofrecido estas directrices, ordenadas a favorecer el desarrollo armónico del culto a la Madre del Señor, creemos oportuno llamar la atención sobre algunas actitudes cultuales erróneas. El Concilio Vaticano II ha denuncnado ya de manera autorizada, sea la exageración de contenidos o de formas que llegan a falsear la doctrina, sea la estrechez de mente que oscurece la figura y la misión de María; ha denunciado también algunas devociones cultuales: la vana credulidad que sustituye el empeño serio con la fácil aplicación a prácticas externas solamente; el estéril y pasajero movimiento del sentimiento, tan ajeno al estilo del Evangelio que exige obras perseverantes y activas. Nos renovamos esta deploración: no están en armonía con la fe católica y, por consiguiente, no deben subsistir en el culto católico. La defensa vigilante contra estos errores y desviaciones hará más vigoroso y genuino el culto a la Virgen: sólido en su fundamento, por lo cual, el estudio de las fuentes reveladas y la atención a los documentos del Magisterio prevalecerán sobre la desmedida búsqueda de novedades o de hechos extraordinarios; objetiva en el encuadramiento histórico, por lo cual deberá ser eliminado todo aquello que es manifiestamente legendario o falso; adaptado al contenido doctrinal, de ahí la necesidad de evitar presentaciones unilaterales de la figura de María que insistiendo excesivamente sobre un elemento comprometen el conjunto de la imagen evangélica, límpido en sus motivaciones, por lo cual se tendrá cuidadosamente lejos del santuario todo mezquino interés.

39. Finalmente, por si fuese necesario, quisiéramos recalcar que la finalidad última del culto a la bienaventurada Virgen María es glorificar a Dios y empeñar a los cristianos en una vida absolutamente conforme a su voluntad. Los hijos de la Iglesia, en efecto, cuando uniendo sus voces a la voz de la mujer anónima del Evangelio, glorifican a la Madre de Jesús, exclamando, vueltos hacia El: "Dichoso el vientre que te llevó y los pechos que te criaron" (Lc XI, 27), se verán inducidos a considerar la grave respuesta del divino Maestro: "Dichosos más bien los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen" (Lc XI, 28). Esta misma

respuesta, si es una viva alabanza para la Virgen, como interpretaron algunos Santos Padres y como lo ha confirmado el Concilio Vaticano II suena también para nosotros como una admonición a vivir según los mandamientos de Dios y es como un eco de otras llamadas del divino Maestro: "No todo el que me dice: "Señor, Señor", entrará en el reino de los cielos; sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos" (Mt VII, 21) y "Vosotros sois amigos míos, si hacéis cuanto os mando". (n. XV, 14).

PARTE III

INDICACIONES SOBRE DOS EJERCICIOS DE PIEDAD: EL ANGELUS Y EL SANTO ROSARIO

40. Hemos indicado algunos principios aptos para dar nuevo vigor al culto de la Madre del Señor; ahora es incumbencia de las Conferencias Episcopales, de los responsables de las comunidades locales, de las distintas familias religiosas restaurar sabiamente prácticas y ejercicios de veneración a la Santísima Virgen y secundar el impulso creador de cuantos con genuina inspiración religiosa o con sensibilidad pastoral desean dar vida a nuevas formas. Sin embargo, nos parece oportuno, aunque sea por motivos diversos, tratar de dos ejercicios muy difundidos en Occidente y de los que esta Sede Apostólica se ha ocupado en varias ocasiones: el Angelus y el Rosario.

EL ANGELUS

41. Nuestra palabra sobre el "Angelus" quiere ser solamente una simple pero viva exhortación a mantener su rezo acostumbrado, donde y cuando sea posible. El "angelus" no tiene necesidad de restauración: la estructura sencilla, el carácter bíblico, el origen histórico que lo enlaza con la invocación de la incolumidad en la paz, el ritmo casi litúrgico que santifica momentos diversos de la jornada, la apertura hacia el misterio pascual, por lo cual, mientras conmemoramos la Encarnación del Hijo de Dios pedimos ser llevados "por su pasión y Cruz a la gloria de la resurrección", hace que a distancia de siglos conserve inalterado su valor e intacto su frescor. Es verdad que algunas costumbres tradicionalmente asociadas al rezo del Angelus han desaparecido o difícilmente pueden conservarse en la vida moderna, pero se trata de cosas marginales; quedan inmutados el valor de

la contemplación del misterio de la Encarnación del Verbo, del saludo a la Virgen y del recurso a su misericordiosa intercesión; y, no obstante el cambio de las condiciones de los tiempos, permanecen invariados para la mayor parte de los hombres esos momentos característicos de la jornada —mañana, mediodía, tarde— que señalan los tiempos de su actividad y constituyen una invitación a hacer un alto para orar.

EL ROSARIO

42. Deseamos ahora, queridos hermanos, detenernos un poco sobre la renovación del piadoso ejercicio que ha sido llamado "compendio de todo el Evangelio": el Rosario. A él han dedicado nuestros Predecesores vigilante atención y premurosa solicitud; han recomendado muchas veces su rezo frecuente, favorecido su difusión, ilustrado su naturaleza, reconocido la aptitud para desarrollar una oración contemplativa, de alabanza y de súplica, al mismo tiempo, recordado su connatural eficacia para promover la vida cristiana y el empeño apostólico. También Nos, desde la primera audiencia general de nuestro pontificado, el día 13 de julio de 1963, hemos manifestado nuestro interés por la piadosa práctica del Rosario y posteriormente hemos subrayado su valor en múltiples circunstancias, ordinarias unas, graves otras, como cuando en un momento de angustia y de inseguridad publicamos la Carta Encíclica **"Christi Matri"** (15 de septiembre de 1966) para que se elevasen oraciones a la bienaventurada Virgen del Rosario para implorar de Dios el bien sumo de la paz; llamada que hemos renovado en nuestra Exhortacinó Apostólica **"Recurrens mensis october"** (7 de octubre 1969), en la cual conmemorábamos además el cuarto centenario de la Carta Apostólica **"Consueverunt Romani Pontifices"** de nuestro Predecesor San Pío V, que ilustró en ella y en cierto modo definió la forma tradicional del Rosario.

43. Nuestro asiduo interés por el Rosario nos ha movido a seguir con atencin los numerosos congresos dedicados en estos últimos años a la pastoral del Rosario en el mundo contemporáneo; congresos promovidos por asociaciones y por hombres que sienten entrañablemente tal devoción y en los que han tomado parte obispos, presbíteros, religiosos y seglares de probada experiencia y de acredita-

do sentido eclesial. Entre ellos es justo recordar a los Hijos de Santo Domingo, por tradición custodios y propagadores de tan saludable devoción. A los trabajos de los congresos se han unido las investigaciones de los historiadores, llevadas a cabo no para definir con intenciones casi arqueológicas la forma primitiva del Rosario, sino para captar su intuición originaria, su energía primera, su estructura esencial. De tales congresos e investigaciones han aparecido más nítidamente las características primarias del Rosario, sus elementos esenciales y su mutua relación.

44. Así, por ejemplo, se ha puesto en más clara luz la índole evangélica del Rosario, en cuanto saca del Evangelio el enunciado de los misterios y las fórmulas principales: se inspira en el Evangelio para sugerir, partiendo del gozoso saludo del Angel y del religioso consentimiento de la Virgen, la actitud con que debe recitarlo el fiel; y continúa proponiendo, en la sucesión armoniosa de las Ave Marías, un misterio fundamental del Evangelio —la Encarnación del Verbo— en el momento decisivo de la Anunciación hecha a María. Oración evangélica por tanto el Rosario, como hoy día, quizá más que en el pasado, gustan definirlo los pastores y los estudiosos.

45. Se ha percibido también más fácilmente cómo el ordenado y gradual desarollo del Rosario refleja el modo mismo en que el Verbo de Dios, insiriéndose con determinación misericordiosa en las vicisitudes humanas, ha realizado la redención: de ella, en efecto, el Rosario considera en armónica sucesión los principales acontecimientos salvíficos que se han cumplido en Cristo: desde la concepción virginal y los misterios de la infancia hasta los mementos culminantes de la Pascua —la pasión y la gloriosa resurrección— y a los efectos de ella sobre la Iglesia naciente en el día de Pentecostés y sobre la Virgen en el día en que, terminado el exilio terreno, fue asunta en cuerpo y alma a la patria celestial. Y se ha observado también como la triple división de los misterios del Rosario no sólo se adapta estrictamente al orden cronológico de los hechos, sino que, sobre todo, refleja el esquema del primitivo anuncio de la fe y propone nuevamente el misterio de Cristo de la misma manera que fue visto por San Pablo en el celeste "himno" de la Carta a los Filipenses: humillación, muerte, exaltación. (II, 6-11).

46. Oración evangélica centrada en el misterio de la Encarnación redentora, el Rosario es, pues, oración de orientación profundamente cristológica. En efecto, su elemento más característico —la repetición litánica del "Dios te salve, María"— se convierte también en alabanza constante a Cristo, término último de la Anunciación del Angel y del saludo de la Madre del Bautista: "Bendito el fruto de tu vientre" (Lc I, 42). Diremos más: la repetición del Ave María constituye el tejido sobre el cual se desarrolla la contemplación de los misterios: el Jesús, que toda Ave María recuerda, es el mismo que la sucesión de los misterios nos propone una y otra vez como Hijo de Dios y de la Virgen, nacido en una gruta de Belén; presentado por la Madre en el Templo; joven lleno de celo por las cosas de su Padre; Redentor agonizante en el huerto; flagelado y coronado de espinas; cargado con la Cruz y agonizante en el Calvario; resucitado de la muerte y ascendido a la gloria del Padre para derramar el don del Espíritu Santo. Es sabido que, precisamente para favorecer la contemplación y "que la mente corresponda a la voz", se solía en otros tiempos —y la costumbre se ha conservado en varias regiones— añadir el nombre de Jesús, en cada Ave María, una cláusula que recordase el misterio anunciado.

47. Se ha sentido también con mayor urgencia la necesidad de recalcar, al mismo tiempo que el valor del elemento laudatorio y deprecatorio, la importancia de otro elemento esencial al Rosario: la contemplación. Sin ésta el Rosario es un cuerpo sin alma y su rezo corre el peligro de convertirse en mecánica repetición de fórmulas y de contradecir la advertencia de Jesús: "cuando oréis no seais charlatanes como los paganos que creen ser escuchados en virtud de su locuacidad" (Mt 6,7). Por su naturaleza el rezo del Rosario exige un ritmo tranquilo y un reflexivo remanso que favorezcan en quien ora la meditación de los misterios de la vida del Señor, vistos a través del Corazón de Aquella que estuvo más cerca del Señor, y que desvelen su insondable riqueza.

48. De la contemporánea reflexión han sido entendidas en fin con mayor precisión las relaciones existentes entre la Liturgia y el Rosario. Por una parte se ha subrayado cómo el Rosario es casi un vástago germinado sobre el tronco secular de la Liturgia cristiana, "El salterio de la Virgen", mediante el cual los humildes quedan asociados al "cántico de alabanza" y a la intercesión universal de la Iglesia; por

otra parte, se ha observado que esto ha acaecido en una época —al declinar de la Edad Media— en que el espíritu litúrgico está en decadencia y se realiza un cierto distanciamiento de los fieles de la Liturgia, en favor de una devoción sensible a la humanidad de Cristo y a la bienaventurada Virgen María. Si en tiempos no lejanos pudo surgir en el ánimo de algunos el deseo de ver incluído el Rosario entre las expresiones litúrgicas, y en otros, debido a la preocupación de evitar errores pastorales del pasado, una injustificada desatención hacia el mismo, hoy día el problema tiene fácil solución a la luz de los principios de la Constitución **Sacrosanctum Concilium:** celebraciones litúrgicas y piadoso ejercicio del Rosario no se deben ni contraponer ni equiparar. Toda expresión de oración resulta tanto más fecunda cuanto más conserva su verdadera naturaleza y la fisonomía que le es propia. Confirmado, pues, el valor preeminente de las acciones litúrgicas, no será difícil reconocer que el Rosario es un piadoso ejercicio que se armoniza fácilmente con la Sagrada Liturgia. En efecto, como la Liturgia tiene una índole comunitaria, se nutre de la Sagrada Escritura y gravita en torno al misterio de Cristo. Aunque sea en planos de realidad esencialmente diversos, anámnesis en la Liturgia y memoria contemplativa en el Rosario, tienen por objeto los mismos acontecimientos salvíficos llevados a cabo por Cristo. La primera hace presentes bajo el velo de los signos y operantes de modo misterioso los "misterios más grandes de nuestra redención"; la segunda, con el piadoso afecto de la contemplación, vuelve a evocar los mismis misterios en la mente de quien ora y estimula su voluntad a sacar de ellos normas de vida.

Establecida esta diferencia substancial, no hay quien no vea que el Rosario es un piadoso ejercicio inspirado en la Liturgia y que, si es practicado según la inspiración originaria, conduce naturalmente a ella, sin traspasar su umbral. En efecto, la meditación de los misterios del Rosario, haciendo familiar a la mente y al corazón de los fieles los misterios de Cristo, puede constituir una óptima preparación a la celebración de los mismos en la acción litúrgica y convertirse después en eco prolongado. Sin embargo, es un error, que perdura todavía por desgracia en algunas partes, recitar el rosario durante la acción litúrgica.

49. El Rosario, según la tradición admitida por nuestro predecesor S. Pío V y por él propuesta autorizadamente, consta de varios elementos orgánicamente dispuestos:

a) la contemplación, en comunión con María, de una serie de **misterios de la salvación**, sabiamente distribuidos en tres ciclos que expresan el gozo de los tiempos mesiánicos, el dolor salvífico de Cristo, la gloria del Resucitado que inunda la Iglesia; contemplación que, por su naturaleza, lleva a la reflexión práctica y a estimulante norma de vida;

b) la oración dominical o **Padre Nuestro**, que por su inmenso valor es fundamental en la plegaria cristiana y la ennoblece en sus diversas expresiones;

c) la sucesión litánica del **Ave María**, que está compuesta por el saludo del Angel a la Virgen (cf. Lc. I, 28) y la alabanza obsequiosa de Santa Isabel (cf. Lc I, 42), a la cual sigue la súplica eclesial **Santa María.** La serie continuada de las **Ave Marías** es una característica peculiar del Rosario y su número, en la forma típica y plenaria de ciento cincuenta, presenta cierta analogía con el Salterio y es un dato que se remonta a los orígenes mismos de este piadoso ejercicio. Pero tal número, según una comprobada costumbre, se distribuye —dividido en decenas para cada misterio— en los tres ciclos de los que hablamos antes, dando lugar a la conocida forma del Rosario compuesto por cincuenta **Ave Marías**, que se han convertido en la medida habitual de la práctica del mismo y que ha sido así adoptado por la piedad popular y aprobado por la Autoridad pontificia, que le enriqueció también con numerosas indulgencias.

b) la doxología **Gloria al Padre** que, en conformidad con una orientación común de la piedad cristiana, termina la oración con la glorificación de Dios, uno y trino, "de quien, por quien y en quien subsiste todo". (Rom. 11,36).

50. Estos son los elementos del Santo Rosario. Cada uno de ellos tiene su índole propia que bien comprendida y valorada, debe reflejarse en el rezo, para que el Rosario exprese toda su riqueza y variedad. Será, pues, ponderado en la oración dominical; lírico y laudatorio en el calmo pasar de las **Ave Marías**; contemplativo en la atenta reflexión sobre los misterios; implorante en la súplica; adorante en la doxología. Y esto, en cada uno de los modos en que se suele rezar el Rosario: o privadamente, recogiéndose el que ora en la instimidad con su Señor; o comunitariamente, en fami-

lia o entre los fieles reunidos en grupo para crear las condiciones de una particular presencia del Señor (cf. Mt. 18,20); o públicamente, en asambleas convocadas por la comunidad eclesial.

51. En tiempo reciente se han creado algunos ejercicios piadosos, inspirados en el Santo Rosario. Queremos indicar y recomendar entre ellos los que incluyen en el tradicional esquema de las celebraciones de la Palabra de Dios algunos elementos del Rosario a la bienaventurada Virgen María, como por ejemplo, la meditación de los misterios y la repetición litánica del saludo del Angel. Tales elementos adquieren así mayor relieve al encuadrarlos en la lectura de textos bíblicos, ilustrados mediante la homilía, acompañados por pausas de silencio y subrayados con el canto. Nos alegra saber que tales ejercicios han contribuido a hacer comprender mejor las riquezas espirituales del mismo Rosario y a revalorar su práctica en ciertas asociaciones y movimientos juveniles.

52. Y ahora, en continuidad de intención con nuestros Predecesores, queremos recomendar vivamente el rezo del Santo Rosario en familia. El Concilio Vaticano II ha puesto en claro cómo la familia, célula primera y vital de la sociedad "por la mutua piedad de sus miembros y la oración en común dirigida a Dios se ofrece como santuario doméstico de la Iglesia". La familia cristiana, por tanto, se presenta como una Iglesia doméstica cuando sus miembros, cada uno dentro de su propio ámbito e incumbencia, promueven juntos la justicia, practican las obras de misericordia, se dedican al servicio de los hermanos, toman parte en el apostolado de la comunidad local y se unen a su culto litúrgico; y más aún, si elevan en común plegarias suplicantes a Dios; porque si fallase este elemento, faltaría el carácter mismo de familia como Iglesia doméstica. Por eso debe esforzarse para instaurar en la vida familiar la oración en común.

53. De acuerdo con las directrices conciliares, la **Liturgia de las Horas** incluye justamente el núcleo familiar entre los grupos a que se adapta mejor la celebración en común del Oficio divino: "conviene finalmente que la familia en cuanto sagrario doméstico de la Iglesia, no sólo eleve preces comunes a Dios, sino también recite oportunamente algunas partes de la Liturgia de las Horas, con el fin de unirse más estrechamente a la Iglesia". No debe quedar sin in-

tentar nada para que esta clara indicación halle en las familias cristianas una creciente y gozosa aplicación.

54. Después de la celebración de la Liturgia de las Horas —cumbre a la que puede llegar la oración doméstica—, no cabe duda de que el Rosario a la Santísima Virgen debe ser considerado como una de las más excelentes y eficaces oraciones comunes que la familia cristiana está invitada a rezar. Nos queremos pensar y deseamos vivamente que cuando un encuentro familiar se convierta en tiempo de oración, el Rosario sea su expresión frecuente y preferida. Sabemos muy bien que las nuevas condiciones de vida de los hombres no favorecen hoy momentos de reunión familiar y que, incluso cuando esto tiene lugar, no pocas circunstancias hacen difícil convertir el encuentro de familia en ocasión para orar. Difícil sin duda. Pero es también una característica del obrar cristiano no rendirse a los condicionamientos ambientales, sino superarlos; no sucumbir ante ellos, sino hacerles frente. Por eso las familias, que quieren vivir plenamente la vocación y la espiritualidad propia de la familia cristiana, deben desplegar toda clase de energías para marginar las fuerzas que obstaculizan el encuentro familiar y la oración en común.

55. Concluyendo estas observaciones, testimonio de la solictud y de la estima de esta Sede Apostólica por el Rosario de la Santísima Virgen María, queremos sin embargo recomendar que, al difundir esta devoción tan saludable, no sean alteradas sus proporciones ni sea presentada con exclusivismo inoportuno: el Rosario es una oración excelente, pero el fiel debe sentirse libre, atraído a rezarlo, en serena tranquilidad, por la intrínseca belleza del mismo.

CONCLUSION

VALOR TEOLOGICO Y PASTORAL DEL CULTO A LA VIRGEN

56. Venerables hermanos: al terminar nuestra Exhortacinó Apostólica deseamos subrayar en síntesis el valor teológico del culto a la Virgen y recordar su eficacia pastoral para la renovación de las costumbres cristianas.

La piedad de la Iglesia hacia la Santísima Virgen es un elemento intrínseco del culto cristiano. La veneración que la Iglesia ha dado a la Madre del Señor en todo tiempo y

lugar —desde la bendición de Isabel (cf. Lc. I, 42-45) hasta las expresiones de alabanza y súplica de nuestro tiempo— constituye un sólido testimonio de su **"lex orandi"** y una invitación a reavivar en las conciencias su **"lex credendi"**. Y visceversa: la **"lex credendi"** de la Iglesia requiere que por todas partes florezca lozana su **"lex orandi"** en relación con la Madre de Cristo. Culto a la Virgen de raíces profundas en la Palabra Revelada y de sólidos fundamentos dogmáticos: la singular dignidad de María "Madre del Hijo de Dios y, por lo mismo, Hija predilecta del Padre y Templo del Espíritu Santo; por tal don de gracia especial aventaja con mucho a todas las demás criaturas, celestiales y terrestres", su cooperación en momentos decisivos de la obra de la salvación llevada a cabo por el Hijo; su santidad, ya plena en el momento de la Concepción Inmaculada y no obstante creciente a medida que se adhería a la voluntad del Padre y recorría la vía del sufrimiento. (cf. Lc II, 34-35; II, 41-52; Jn XXIX, 25-27) progresando constantemente en la fe, en la esperanza y en la caridad; su misión y condición única en el pueblo de Dios, del que es al mismo tiempo miembro eminentísimo, ejemplar acabadísimo y Madre amantísima; su incesante y eficaz intercesión mediante la cual, aun habiendo sido asunta al cielo, sigue cercanísima a los fieles que la suplican, aun a aquellos que ignoran que son hijos suyos; su gloria, que ennoblece a todo el género humano, como lo expresó maravillosamente el poeta Dante: "Tú eres aquella que ennobleció tanto la naturaleza humana que su Hacedor no desdeñó convertirse en hechura tuya"; en efecto, María es de nuestra estirpe, verdadera hija de Eva, aunque ajena a la mancha de la madre, y verdadera hermana nuestra, que ha compartido en todo, como mujer humilde y pobre, nuestra condición.

Añadiremos que el culto a la bienaventurada Virgen María tiene su razón última en el designio insondable y libre de Dios, el cual siendo caridad eterna y divina (cf. I Jn $, 7-8,16) lleva a cabo todo según un designio de amor: la amó y obró en Ella maravillas (cf. Lc I, 49); la amó por sí mismo, la amó por nosotros; se la dio a sí mismo y la dio a nosotros.

57. Cristo es el único camino al Padre (cf. Jn 14, 4-11) Cristo es el modelo supremo al que el discípulo debe conformar la propia conducta (cf. Jn 13,15) hasta lograr tener sus mismos sentimientos (cf. Flp 2,5), vivir de su vida y poseer

su Espíritu (cf. Gal 2,20; Rom. 8,10-11): esto es lo que la Iglesia ha enseñado en todo tiempo y nada en la acción pastoral debe oscurecer esta doctrina. Pero la Iglesia, guiada por el Espíritu Santo y amaestrada por una experiencia secular, reconoce que también la piedad a la Santísima Virgen, de modo subordinado a la piedad hacia el Salvador y en conexión con ella, tiene una gran eficacia pastoral y constituye una fuerza renovadora de la vida cristiana. La razón de dicha eficacia se intuye fácilmente. En efecto, la múltiple misión de María hacia el pueblo de Dios es una realidad sobrenatural operante y fecunda en el organismo eclesial. Y alegra el considerar los singulares aspectos de dicha misión y ver cómo ellos se orientan, cada uno con su eficacia propia, hacia el mismo fin: reproducir en los hijos los rasgos espirituales del Hijo primogénito. Queremos decir que la maternal intercesión de la Virgen, su santidad ejemplar y la gracia divina que hay en Ella, se convierten para el género humano en motivo de esperanza.

La misión maternal de la Virgen empuja al pueblo de Dios a dirigirse con filial confianza a Aquella que está siempre dispuesta a acogerlo con afecto de madre y con eficaz ayuda de auxiliadora; por eso el pueblo de Dios la invoca como **Consoladora de los afligidos, Salud de los enfermos, Refugio de los pecadores,** para obtener consuelo en la tribulación, alivio en la enfermedad, fuerza liberadora en el pecado; porque Ella, la libre de todo pecado, conduce a sus hijos a esto: a vencer con enérgica determinación el pecado. Y, hay que afirmarlo nuevamente, dicha liberación del pecado es la condición necesaria para toda renovación de las costumbres cristianas.

La santidad ejemplar de la Virgen mueve a los fieles a levantar "los ojos a María, la cual brilla como modelo de virtud ante toda la comunidad de los elegidos". Virtudes sólidas, evangélicas: la fe y la dócil aceptación de la palabra de Dios (cf. Lc 1,26-38; 1,45; 11,27-28; Jn. 2,5); la obediencia generosa (cf. Lc 1,38); la humildad sencilla (cf. Lc 1.48); la caridad solícita (cf. Lc 1,39-56); la sabiduría reflexiva (cf. Lc I, 29,34; 2,19,33,51); la piedad hacia Dios, pronta al cumplimiento de los deberes religiosos (cf. Lc 2,21,22-40,41), agradecida por los bienes recibidos (Lc 1,46-49), que ofrece en el templo (Lc 2,22-24), que obra en la comunidad apostólica (cf. Act 1, 12-14); la fortaleza en el destierro (cf. Mat. 2,13-23), en el dolor (cf. Lc 2,34-35,49; Jn 19,25); la pobreza

llevada con dignidad y confianza en el Señor (cf. Lc 1,48; 2,24); el vigilante cuidado hacia el Hijo desde la humildad de la cuna hasta la ignominia de la Cruz (cf. Lc 2,1-7; Jn 19, 25-27); la delicadeza previsora (cf. Jn 2, 1-11); la pureza virginal (cf. Mt 1, 18-25); Lc 1,26-38); el fuerte y casto amor esponsal. De estas virtudes de la Madre se adornarán los hijos, que con tenaz propósito contemplan sus ejemplos para reproducirlos en la propia vida. Y tal progreso en la virtud aparecerá como consecuencia y fruto maduro de aquella fuerza pastoral que brota del culto tributado a la Virgen.

La piedad hacia la Madre del Señor se convierte para el fiel en ocasión de crecimiento en la gracia divina: finalidad última de toda acción pastoral. Porque es imposible honrar a la "Llena de gracia" (Lc 1,28) sin honrar en sí mismo el estado de gracia, es decir, la amistad con Dios, la comunión con El, la inhabitación del Espíritu. Esta gracia divina alcanza a todo el hombre y lo hace conforme a la imagen del Hijo (cf. Rom. 2,29; Col. 1,18). La Iglesia católica basándose en su experiencia secular, reconoce en la devoción a la Virgen una poderosa ayuda para el hombre hacia la conquista de su plenitud. Ella, la Mujer nueva, está junto a Cristo, el Hombre nuevo, en cuyo misterio solamente encuentra verdadera luz el misterio del hombre, como prenda y garantía de que en una simple criatura —es decir, en Ella— se ha realizado ya el proyecto de Dios en Cristo para la salvación de todo hombre. Al hombre contemporáneo, frecuentemente atormentado entre la angustia y la esperanza, postrado por la sensación de su limitación y asaltado por aspiraciones sin confín, turbado en el ánimo y dividido en el corazón, la mente suspendida por el enigma de la muerte, oprimido por la soledad mientras tiende hacia la comunión, presa de sentimientos de náusea y hastío, la Virgen, contemplada en su vicisitud evangélica y en la realidad ya conseguida en la Ciudad de Dios, ofrece una visión serena y una palabra tranquilizadora: la victoria de la esperanza sobre la angustia, de la comunión sobre la soledad, de la paz sobre la turbación, de la alegría y de la belleza sobre el tedio y la náusea, de las perspectivas eternas sobre las temporales, de la vida sobre la muerte.

Sean el sello de nuestra Exhortación y una ulterior prueba del valor pastoral de la devoción a la Virgen para conducir los hombres a Cristo las palabras mismas que Ella dirigió a los siervos de las bodas de Caná: "Haced lo que El

os diga" (Jn 2,5); palabras que en apariencia se limitan al deseo de poner remedio a la incómoda situación de un banquete, pero que en las perspectivas del IV evangelio son una voz que aparece como una resonancia de la fórmula usada por el pueblo de Israel para ratificar la alianza del Sinaí (cf. Ex 19,8; 24,3,7; Dt 5,27) o para renovar los compromisos (cf. Jos 24,24; Esd 10,12; Neh 5,12) y son una voz que concuerda con la del Padre en la teofanía del Tabor: "Escuchadle". (Mt 17,5).

58. Hemos tratado extensamente, venerables hermanos, de un culto integrante del culto cristiano: la veneración a la Madre del Señor. Lo pedía la naturaleza de la materia, objeto de estudio, de revisión y también de cierta perplejidad en estos últimos años. Nos conforta pensar que el trabajo realizado, para poner en práctica las normas del Concilio, por parte de esta Sede Apostólica y por vosotros mismos —la instauración litúrgica, sobre todo— será una válida premisa para un culto a Dios Padre, Hijo y Espíritu, cada vez más vivo y adorador y para el crecimiento de la vida cristiana de los fieles; es para Nos motivo de confianza el constatar que la renovada Liturgia romana constituye —aun en su conjunto— un fúlgido testimonio de la piedad de la Iglesia hacia la Virgen. Nos sostiene la esperanza de que serán sinceramente aceptadas las directivas para hacer dicha piedad cada vez más transparente y vigorosa. Nos alegra finalmente la oportunidad que el Señor nos ha concedido de ofrecer algunos principios de reflexión para una renovada estima por la práctica del Santo Rosario. Consuelo, confianza, esperanza, alegría que, uniendo nuestra voz a la de la Virgen —como suplica la Liturgia romana—, deseamos traducir en ferviente alabanza y reconocimiento al Señor.

Mientras deseamos, pues, hermanos carísimos, que gracias a vuestro empeño generoso se produzca en el clero y pueblo confiado a vuestros cuidados un incremento saludable en la devoción mariana, con indudable provecho para la Iglesia y la sociedad humana, impartimos de corazón a vosotros y a todos los fieles encomendados a vuestra solicitud pastoral una especial bendición apostólica.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el día 2 de febrero, fiesta de la Presentación del Señor, del año de 1974, XI de nuestro pontificado.

Paulus P.P. VI.

COMENTARIO DE ESTA EXHORTACION

Como ya antes indicamos, la sola intención expresada por el papa Montini de hacer una **"restauración"** a la devoción mariana viene a significar una prueba más de la tendencia reformista, totalmente innovadora del pontífice. Para Paulo VI todo lo que la Iglesia del pasado creía, practicaba, vivía está ya superado por su "nueva economía del Evangelio". Reconocemos la habilidad, ya muy advertida en todos los documentos, alocuciones, relaciones y gestas de Juan B. Montini para encubrir sus reformas con el velo piadoso de una restauración de la Iglesia, envejecida ya por su ya dos veces milenaria historia. Pero su reforma, restauración o renovación, según él nos asegura, en nada ha cambiado —aunque todo lo haya reformado— ni la doctrina, ni la moral, ni la liturgia, ni la disciplina de la Iglesia.

Empieza su "Exhortación Apostólica con un breve exordio, en el cual el Papa Montini nos pondera la importancia del culto mariano que "encaja en el contexto de aquel culto sagrado donde confluyen el culmen de la sabiduría y el vértice de la religión, deber primario del pueblo de Dios".

Paulo VI afirma, sobre esta premisa, "haber favorecido y alentado la gran obra de la reforma litúrgica, promovida por el Concilio Ecuménico Vaticano II". "Este fue el primer documento conciliar, observa Paulo VI, aprobado y firmado, **'en el Espíritu Santo'**, por Nos, junto con los padres conciliares": la Constitución sobre la sagrada Liturgia **"Sacrosanctum Concilium"**. Con esta reforma sentaron los padres conciliares y el papa Montini la base de todas las ulteriores y radicales reformas, que en su conjunto habían de ser una **total reforma** de la Iglesia. Siendo la Liturgia la más palpable manifestación de la vida de la Iglesia, ya que ésta es el medio permanente por el que la religión llega y arraiga en el corazón del pueblo, fácil es de ver que su reforma radical, había de introducir insensiblemente la nueva religión, sin que los fieles la advirtiesen, antes convencidos de la necesidad y la bondad de esas increíbles mudanzas. Por eso Paulo VI quiere darnos la impresión que esas reformas totalitarias, que ni siquiera hizo el Concilio, sino que en su mayoría han sido obras suyas estaban avaladas por Dios mismo, al afirmarnos que él y los padres conciliares habían aprobado y firmado **"en el Espíritu Santo"** la susodicha Constitución sobre la sagrada Liturgia "Sa-

crosanctum Concilium". ¿Quiere decirnos que es infalible ese documento del pastoral Concilio?

No es este el lugar para estudiar en toda su amplitud, en todo su valor teológico, en todos sus aspectos doctrinales la espectacular reforma litúrgica, que, rebasando las "normas" conciliares ha venido haciendo gradual, pero ininterrumpidamente el papa Montini, con el ánimo, según él, de **"perfeccionar el culto divino"**. ¿Podemos pensar que es un perfeccionamiento del culto divino, una inspiración infalible del Espíritu Santo, el establecimiento de una liturgia "que impresionantemente se aparta de la doctrina del Concilio de Trento", en sus anatemas dogmáticos, en su doctrina ciertamente infalible?

Habla el Papa de una **"restauración del culto"**, que, por siglos, dio la Iglesia Católica a Dios, a la Virgen Santísima, a los Santos, lo cual implica o parece implicar que dicho culto era ya un culto deteriorado, equivocado, indebido, porque una "restauración" supone todo esto. No restauramos lo que está bien, sólidamente conservado, sino lo que el tiempo, el uso y las equivocaciones humanos han deteriorado.

No negamos que el documento de Paulo VI en varios puntos es un ferviente y doctrinal reclamo sobre la devoción y el culto a la Virgen Santísima, la Madre de Dios. A pesar del ambiguo lenguaje y estilo dialéctico del pontífice, reconocemos que el documento tiene trozos hermosos, elocuentes y hasta conmovedores. Pero, en medio de esa sana doctrina, en la que enmarca Paulo VI su pensamiento adaptado a la mentalidad moderna y su tendencia reconocida al **movimiento ecuménico**, nos encontramos con puntos inadmisibles en el lenguaje tradicional del Magisterio.

¿Puede el papa Montini escribir tranquilamente palabras como éstas en las que se goza de los frutos ya tangibles de la nueva liturgia: "mientras vemos con ánimo gozoso y agradecido el trabajo llevado a cabo, así como los primeros resultados positivos obtenidos por la renovación litúrgica"? ¿No se da cuenta el papa de la tangible división en la grey católica, originada por los cambios de la antigua y tradicional liturgia, por las mudanzas continuadas en los ritos, por la supresión increíble del "Sacrificio perpetuo", anunciado por Daniel (VIII, 11), como preludio de la parusía del Señor? A medida que hemos estudiado y pro-

curado comprender las motivaciones de todos esos cambios en la celebración de la Santa Misa y la administración de los Sacramentos, más nos sentimos testigos no de una "restauración", sino de una "destrucción" del culto divino.

Tiene razón Paulo VI al considerar la devoción a la Santísima Virgen como "insertada en el cauce del único culto, que 'justa y merecidamente se llama cristiano', porque en Cristo tiene su origen y eficacia, en Cristo halla plena expresión y por medio de Cristo conduce en el Espíritu Santo al Padre". "Por íntima necesidad, añade el papa, la Iglesia refleja en la praxis cultual el plan redentor de Dios, debido a lo cual corresponde un culto singular al puesto también singular que María ocupa dentro de él; asimismo, todo desarrollo auténtico del culto cristiano redunda necesariamente en un correcto incremento de la veneración a la Madre del Señor". Toda esta es doctrina sólida; toda esta es verdad católica. Con gusto aplaudimos tan bellos pasajes de la "Exhortación Apostólica". Mas, la ambigüedad viene después. Citemos las palabras de Paulo VI: "Por lo demás, la historia de la piedad demuestra cómo "las diversas formas de piedad hacia la Madre de Dios, aprobadas por la Iglesia dentro de los límites de la doctrina sana y ortodoxa se desarrollan en armónica subordinación al culto a Cristo y gravitan en torno a El como su natural y necesario punto de referencia. También en nuestra época sucede así. La reflexión de la Iglesia contemporánea sobre el misterio de Cristo y sobre su propia naturaleza la ha llevado a encontrar, como raíz del primero y como coronación de la segunda, la misma figura de Mujer: la Virgen María, Madre precisamente de Cristo y Madre de la Iglesia".

Evidentemente, las legítimas formas de piedad mariana se desarrollan en relación a Cristo, ya que todas las grandezas incomparables de la Celeste Señora radican en su Divina Maternidad. Donde la ambigüedad empieza es en esa reflexión —suponemos que el papa habla de la reflexión teológica— de la Iglesia contemporánea, como si esa reflexión hubiera aumentado algo substancial en nuestros conocimientos esenciales del misterio de Cristo. Ya desde la más remota antigüedad del cristianismo, la Iglesia sabía muy bien que así en el orden de la intención, como en el de la ejecución de los designios eternos del Señor, la Virgen Santísima fue por Dios **predestinada** para que en sus purísimas entrañas el Verbo se hiciera Hombre y para que, co-

mo Madre, Ella estuviese asociada, como la "nueva Eva" en la obra salvífica, así como nuestra "primera madre" estuvo asociada, personal y libremente, aunque en modo dependiente, en la perdición del género humano.

¿A qué reflexión se refiere el papa Montini? ¿Cuál es el sólido progreso que la sana teología ha hecho en nuestros días postconciliares? Al estudioso, que compare la teología preconciliar con la nueva teología hoy en boga, aparecerá muy claro que muchas son las doctrinas, condenadas por los anteriores Pontífices, las que ahora prevalecen, como un progreso en la reflexión teológica contemporánea del pueblo de Dios. Ese "mejor conocimiento" de la misión de María, en lo substancial, lo hallamos en la misma tradición apostólica y en el Depósito inmutable de la Divina Revelación. La metáfora que a continuación usa el pontífice no transforma la doctrina de la Escritura y de la Tradición. Como en la perdición del género humano —nos dicen de consuno los Santos Padres y Doctores de la Iglesia, intervinieron una "mujer" y un "hombre" (Adán y Eva), así en nuestra salvación y contrariando la obra del Maligno, fue conveniente que interviniesen también "una Mujer" MARIA, la toda hermosa, la predestinada, y "un hombre", Cristo, el nuevo Adán.

Nadie puede negar la habilidad dialéctica de Paulo VI para llevar el agua a su molino y actualizar, en el terreno **sociopolítico** su pensamiento reformador. ¿Acaso se necesita la "reflexión" de la Iglesia del ecumenismo y del aggiornamento para conocer el misterio de Cristo, el "gran sacramento" de que habla San Pablo, para ver las relaciones íntimas que existen, según el plan divino, entre Jesús y María su Madre; para darnos cuenta de que MARIA es la Mujer del Protoevangelio? Pero esta observación, que hace Juan B. Montini, era necesaria, ya que la finalidad del documento, que comentamos, y de la **"restauración"** del culto mariano, buscada por él, parece que son no tanto religiosas cuanto **sociopolíticas:** la emancipación de la mujer, según las tendencias del mundo contemporáneo, como lo entendieron y expresaron los representantes y comentaristas de la conferencia de prensa en el Vaticano.

He aquí el **"relativismo religioso"**, del que nos habla Pío XII en la "HUMANI GENERIS", que hoy domina la Iglesia postconciliar, el cual, conservando aparentemente la terminología de nuestros dogmas, de nuestra antigua moral

y de nuestros ritos seculares, ha cambiado fundamentalmente la doctrina inmutable de la Tradición y del Magisterio.

En 1967 un Instituto Pastoral Holandés publicó en la lengua francesa un documento sobre la tarea que, según ellos, incumbía a los teólogos postconciliares. En dicho documento se mencionan cierto número de verdades fundamentales de nuestra fe, como la divinidad de Cristo, su resurrección y su virginal concepción. Estas verdades dice el documento —que, por cierto, fue publicado después en Brescia, en 1971, en italiano y con el "imprimatur" canónico—, deben conservarse; pero hay que darles un sentido, **que pueda ser aceptable sin dificultad para el hombre moderno.** Así, por ejemplo, afirman que la Virgen Madre fue siempre virgen, pero no hablan de una virginidad física, sino de una virginidad superior, espiritual. Cristo resucitó, pero esto no significa que haya recobrado y reanimado su cuerpo. Jesucristo es Dios, pero, ¿en qué sentido? Todo lo que nosotros sabemos de Cristo lo hemos formulado por la interpretación del Evangelio. Mas, interpretar no significa ver la luz sin la menor distorsión de los objetos. La interpretación está sujeta y condicionada al medio, a la cultura, a los hábitos, los deseos del individuo que interpreta. "Hay sólidas razones para poner en duda la pre-existencia personal de Cristo", dice el documento holandés reeditado en Brescia. Por eso hay diversos sentidos que pueden darse y se han dado a la **"Divinidad de Cristo"**. Para unos es la sugerencia de los textos novotestamentarios que se inclina hacia el **"adopcionismo"**: un hombre, que Dios adopta como su hijo, pero que, con el tiempo, vino a ser considerado como Dios. De aquí nació la idea de la Encarnación: EL VERBO PRE-EXISTENTE EN DIOS, QUE SE HACE HOMBRE. Esta es la concepción de Cristo que triunfa en los Concilios, sobre todo, en el Concilio de Calcedonia: "El Verbo, HIJO ETERNO DEL PADRE, se encarna en dos naturalezas.

Mas, la dificultad de esta fórmula para el hombre moderno, dice el progresismo, es obvia, tanto de parte de la persona, como de parte de las dos naturalezas. Se pueden, desde luego, oponer graves razones, para plantear una grave interrogación sobre la preexistencia personal de Cristo. Lo que nosotros creemos saber con certeza es la existencia del Verbo en cuanto PALABRA de Dios que se dirige a nosotros. La prehistoria de Jesús fueron las distintas y

múltiples maneras con que Dios habló antes a los hombres. El Verbo es, pues, la PALABRA que Dios ha dirigido a los hombres. Pero, sobre todo, no se pueden admitir las dos naturalezas, de las cuales la naturaleza humana no es "persona humana". La razón es ésta: todo lo que los textos nos dicen de Cristo nos demuestra que Cristo es una persona humana, con una naturaleza humana completa, capaz de decisión, libre, independiente, que al hablarnos en sus actividades nos dice: "YO", "DE MI", etc. Nada falta de lo que constituye una persona humana. Si, pues, Cristo es una persona humana, no puede ser una persona divina. "Es necesario —dice el progresismo— reemplazar las dos natulezas en la unidad de una persona, por la plenitud de la presencia de Dios en esta persona humana, que, sin embargo, no es Dios.

He aquí la pérfida astucia con la que los postconciliares destruyen y niegan los dogmas fundamentales de nuestra fe católica, con el pretexto de hacer más comprensibles esos dogmas para el hombre moderno, a la mentalidad moderna; sin negar, por supuesto, en apariencia, la existencia misma de dichos dogmas. Lo mismo ha sucedido en la liturgia, en puntos tan graves como el Santo Sacrificio de la Misa y en la administración de los Sacramentos. Al parecer nada esencial se ha cambiado, cuando en esa que Paulo VI llama "restauración" de la liturgia se ha negado la dogmática íntegra de Trento, para admitir, en su lugar, el espíritu de Taizé. El ataque al Concilio Tridentino es claro, decisivo, pulverizador.

Por eso, Juan B. Montini, ya en el prólogo de su "**Exhortación Apostólica**", proyecta la visión humana que él tiene de la fe, en el modo de entender la religión: "En nuestros tiempos, dice, los cambios producidos en las usanzas sociales, en la sensibilidad de los pueblos, en los modos de expresión de la literatura y del arte, en las formas de la comunicación social **han influído también sobre las manifestaciones del sentimiento religioso.** Ciertas prácticas del culto, que en un tiempo no lejano parecían apropiadas para expresar el sentimiento religioso de los individuos y de las comunidades cristianas, parecen ahora **insuficientes e inadecuadas** porque están vinculadas a esquemas socioculturales del pasado, mientras que en distintas partes se van buscando nuevas formas expresivas de la inmutable rela-

ción de la creatura con su Creador, de los hijos con su Padre".

He aquí el **relativismo religioso**, que, en su búsqueda de nuevas formas de culto, puede llegar, como de hecho ha llegado, a las aberraciones de las "misas panamericanas", de las "misas a go-go" o al Cristo Superstar de Jewson. "Por eso nuestra época, escuchando fielmente la tradición, —añade el pontífice— y considerando atentamente los progresos de la teología y de las ciencias, contribuirá a la alabanza de Aquélla que, según sus proféticas palabras, llamarán bienaventurada todas las generaciones".

No sabemos lo que el papa Montini piense y quiera expresarnos por "los progresos de la teología". ¿Son para él verdaderos adelantos de la ciencia divina todos los errores del "**modernismo**" y de la "**nueva teología**"? Bien vale la pena reproducir aquí algunos párrafos de la maravillosa Encíclica del gran Pontífice S.S. Pío XII, en los que parece que, con su voz autorizada, precisa y contundentemente, está señalando y condenando el "**irenismo montiniano**":

> "Ahora bien; para adquirir tales verdades (las verdades tocantes a Dios y a las relaciones entre los hombres y Dios) el entendimiento humano encuentra dificultades, ya a causa de los sentidos o imaginación, ya por las malas concupiscencias derivadas del pecado original. Y así sucede que, en estas cosas, los hombres fácilmente se persuadan ser falso o dudoso **lo que no quieren que sea verdadero.** Por todo ello, ha de defenderse que la **revelación** divina es moralmente necesaria, para que, aun **en el estado actual del género humano,** con facilidad, con firme certeza y sin ningún error, todos puedan conocer las verdades religiosas y morales que de por sí no se hallan fuera del alcance de la razón". (Vatic. I, Denzinger 1876).
>
> "Más aún; a veces la mente humana puede encontrar dificultad hasta para formarse un juicio cierto sobre la **credibilidad** de la fe católica, no obstante que Dios haya ordenado muchas y admirables señales exteriores, por medio de las cuales, aun con la sola luz de la razón, se puede probar con certeza el origen divino de la religión cristiana. De hecho, el hombre, o guiado por prejuicios o movido por las pasiones y la mala voluntad, puede no sólo negar la clara evidencia de esos in-

dicios exteriores, sino también resistir a las inspiraciones que Dios infunde en nuestras almas".

"Dando una mirada al mundo moderno, que se halla fuera del redil de Cristo, fácilmente se descubren las principales direcciones que siguen los doctos. Algunos admiten de hecho, sin discreción y sin prudencia, el **sistema evolucionista**, aunque ni en el mismo campo de las ciencias naturales ha sido probado como indiscutible, y pretenden que hay que extenderlo al origen de todas las cosas, y con temeridad sostienen la hipótesis **monista** y **panteísta** de un mundo sujeto a perpetua evolución. Hipótesis de que se valen bien los comunistas para defender y propagar su **materialismo dialéctico** y arrancar de las almas toda idea de Dios". (Humani Generis).

Si estudiamos a fondo estos gravísimos errores, que destruyen la religión católica, nos encontraremos en su afirmación las bases del evolucionismo montiniano. Nada hay estable; todo cambia; un "nuevo mundo está a punto de nacer y, por lo mismo, es necesario que nuestra religión también cambie. Los motivos de "credibilidad", que mantenían recia e inconmovible la "INERRANCIA" de la Iglesia, ya no tienen valor. El disimulado panteísmo de Teilhard de Chardin ha prosperado, se ha impuesto en las inteligencias modernas que con fantástico entusiasmo defienden "la nueva teología". El "milagro" (hecho sensible, histórico, que supera las fuerzas todas de la naturaleza y que sólo puede tener a Dios como autor) no existe. La misma resurrección de Cristo se pone ahora en duda.

"Las falsas afirmaciones de semejante evolucionismo, por las que se rechaza todo cuanto es absoluto, firme e inmutable, han abierto el camino a las aberraciones de una moderna filosofía, que, para oponerse al "**Idealismo**", al "**Inmanentismo**" y al "**Pragmatismo**", se ha llamado a sí misma EXISTENCIALISMO, porque rechaza las esencias inmutables de las cosas y sólo se preocupa de la existencia de los seres singulares". "Existe además un falso "Historicismo" que, al admitir tan sólo los acontecimientos de la vida humana, tanto en el campo de la filosofía como en el de los dogmas cristianos, destruye los fundamentos de toda verdad y ley absoluta". (Humani Generis).

Como se ve, la exposición de Pío XII es clarísima: la moderna filosofía y la moderna teología rechazan "las esencias inmutables de las cosas", sólo admiten "los acontecimientos de la vida humana, tanto en el campo filosófico, como en el de los dogmas cristianos". Esta es la filosofía del montinismo, la del Vaticano II, la de la nueva economía del Evangelio. Y ya en su Encíclica expone Pío XII los sofísticos pretextos con los que el neomodernismo montiniano justifica o pretende justificar esas claudicaciones en la verdad católica:

> "Sañálase también otro peligro, tanto más grave, cuanto más se oculta bajo la capa de virtud. Muchos, deplorando la discordia del género humano y la confusión reinante en las inteligencias humanas, son movidos por un celo imprudente y llevados por un interno impulso y un ardiente deseo de romper las barreras que separan entre sí a las personas buenas y honradas; por ello propugnan una especie tal de **irenismo** que, pasando por alto las cuestiones que dividen a los hombres, se proponen no sólo combatir en unión de fuerzas al arrollador ateísmo, sino también reconciliar las opiniones contrarias aún en el campo dogmático. Y, como en otros tiempos, hubo quienes se preguntaban si la apologética tradicional de la Iglesia no era más bien un impedimento que una ayuda en el ganar las almas para Cristo, así tampoco faltan hoy quienes se atreven a proponer en serio la duda de si conviene no sólo perfeccionar, sino hasta REFORMAR completamente, la **teología**... a fin de que con mayor eficacia se propague el reino de Cristo en todo el mundo, entre los hombres todos, cualquiera que sea su civilización o su opinión religiosa..." (Humani Generis).

¿No es esta ideología, no es esta la política de Juan B. Montini, que, con el pretexto de buscar la paz del mundo, la fraternidad universal, la unión religiosa de todas las Iglesias ha sacrificado no sólo las apariencias, sino la esencia misma de la verdad tradicional de la Iglesia de Cristo? Su **irenismo** —queremos pensar que es de buena fe— ha roto la ininterrumpida cadena de la Verdad Apostólica, para combatir, en unión de las fuerzas contrarias al catolicismo, al arrollador ateísmo, que él mismo en sus diálogos ecuménicos fomenta, pretendiendo reconciliar las opiniones contradictorias, aún en el campo dogmático. Es casi una obsesión

de Paulo VI el relacionar y subordinar las cosas divinas a las cosas humanas. ¿Por qué han de ser insuficientes e inadecuadas esas prácticas cultuales, que por siglos ha observado fiel y fervorosamente la Iglesia, como lo indica el pontífice? Porque, según Juan B. Montini, "están vinculadas a **esquemas socioculturales del pasado**". Luego, según Paulo VI, las formas cultuales deben estar inevitablemente, en constante evolución y cambio, de acuerdo con las mudanzas constantes de los "esquemas socioculturales".

Estos cambios no pueden menos de causar grandísima desorientación, como nos lo está demostrando la crisis presente de la Iglesia, con resultados tan graves para la fe y buenas costumbres de los católicos. Hoy se admite lo que ayer se condenaba; y hoy se rechaza lo que ayer se creía, se practicaba y se vivía en la vida cristiana de los individuos, de las familias y de las sociedades. Hay una contradicción manifiesta en las palabras de Paulo VI: "Mientras en distintas partes se van buscando nuevas formas expresivas de la inmutable relación de la creatura con su Creador, de los hijos con su Padre". Si la relación entre Dios y los hombres "es inmutable", ¿ para qué buscar entonces nuevas formas expresivas de esa inmutable relación? Si la religión verdadera, la religión revelada fue fundada por el Hijo de Dios, se funda evidentemente en la inmutable relación de la creatura con su Creador, y su expresión e identidad, a pesar de su crecimiento, tiene que ser siempre la misma: inmutable. Por eso la **desorientación**, de que nos habla el papa Montini, no es momentánea, ni transitoria, sino permanente y humanamente irreformable.

¿Qué entiende el papa Montini por esa "interiorización del sentimiento religioso", que él considera altamente benéfica para la piedad cristiana, en general, y para la piedad a la Virgen en particular? El hombre es compuesto de alma y cuerpo, de espíritu y materia; de aquí se sigue que el culto católico ha sido siempre "interno" y "externo" y que esa "interiorización" de que habla Paulo VI es querer esconder en el santuario de la conciencia toda nuestra piedad religiosa.

"Esas nuevas formas expresivas", esos cambios constantes, que indica el pontífice no sólo pueden "producir una momentánea desorientación", sino que de hecho ya han originado gravísimos perjuicios en la fe y en las costum-

bres del pueblo creyente. Hace ya unos cinco años, (Paulo VI publicó su Constitución Apostólica el 3 de abril de 1969), fue abolido el Sacrificio perpetuo, los ritos de los Sacramentos substancialmente quedaron modificados, hasta poder dudarse de su misma validez, los sacramentales casi fueron eliminados y el sacrilegio, en sus formas más grotescas, como las ceremonias pentecostales, descaradamente aprobadas por los prelados, vinieron, por así decirlo a institucionalizarse. Para el papa Montini esta desorientación es pasajera, porque "todo aquel que, con la confianza puesta en Dios, reflexione sobre estos fenómenos, descubrirá que muchas tendencias de la piedad contemporánea —por ejemplo, la interiorización del sentimiento religioso— están llamadas a contribuir al desarrollo de la piedad cristiana, en general, y de la piedad a la Virgen, en particular". Y, después de tantas "reflexiones" y tantas "experiencias", lo que hemos visto es la pérdida de la piedad, en general y la disminución dolorosa de la devoción mariana.

EL CULTO A LA VIRGEN EN LA LITURGIA

Según la instrucción de la Sagrada Congregación de Ritos del 3 de septiembre de 1958, pocos días antes de la muerte de Pío XII, "La Sagrada Liturgia es el conjunto del culto público del Cuerpo Místico de Jesucristo, es decir, de la Cabeza y de sus miembros. Por eso las "acciones litúrgicas" son aquellas **acciones sagradas** que, instituídas por Jesucristo o por la Iglesia, y en su nombre, son realizadas por personas legítimamente designadas a este fin, conformándose a los libros litúrgicos aprobados por la Santa Sede, para dar a Dios, a los santos y a los beatos el culto que les es debido (Cf. Código de Derecho Can. can 1256); las demás ceremonias sagradas que se realizan en una iglesia, o fuera de ella, en presencia o bajo la presidencia de un sacerdote, se llaman ejercicios piadosos".

Es muy importante tener ideas muy claras sobre lo que es la liturgia católica para no incurrir en los errores manifiestos que ha provocado el liturgismo heterodoxo reinante. ¿Quién mejor que Pío XII para conducirnos por el camino recto? De su "MEDIATOR DEI" citamos lo siguiente:

> "Todo el conjunto del culto que la Iglesia tributa a Dios debe ser interno y externo. Es **externo** porque lo pide la naturaleza del hombre compuesto de alma y de cuerpo; porque Dios ha dispuesto que **conociéndole por**

medio de las cosas visibles, seamos llevados al amor de las cosas invisibles (Missale Romanum, Praef. Nativ.); porque todo lo que sale del alma se expresa naturalmente por los sentidos; además, porque el culto divino pertenece, no sólo al individuo, sino también a la colectividad humana, y, por consiguiente, es necesario que sea social, lo cual es imposible, en el ámbito religioso, sin vínculos y manifestaciones exteriores; y, finalmente, porque es un medio que pone particularmente de relieve la unidad del Cuerpo Místico, acrecienta sus santos entusiasmos, consolida sus fuerzas e intensifica su acción; **aunque, en efecto, las ceremonias no contengan en sí ninguna perfección y santidad, sin embargo, son actos externos de religión que, como signos, estimulan el alma a la veneración de las cosas sagradas, elevan la mente a las realidades sobrenaturales, nutren la piedad, fomentan la caridad, acrecientan la fe, robustecen la devoción, instruyen a los sencillos, adornan el culto de Dios, conservan la religión y distinguen a los verdaderos cristianos de los falsos y de los heterodoxos.**

"Pero el elemento esencial del culto tiene que ser el **interno**; efectivamente, es necesario vivir en Cristo, consagrarse completamente a El, para que en El, por El y con El se dé gloria al Padre. La Sagrada Liturgia requiere que estos dos elementos estén íntimamente unidos; y no se cansa de repetirlo, cada vez que prescribe un acto de culto externo. Así, por ejemplo, a propósito del ayuno nos exhorta: **"Para que nuestra abstinencia obre en lo interior lo que exteriormente profesa".** De otra suerte la religión se convierte en un formulismo sin fundamento y sin contenido... el Divino Maestro estima indignos del sagrado templo y arroja de él a quienes creen honrar a Dios sólo con el sonido de frases bien hechas y con posturas teatrales, y están persuadidos de poder y muy bien mirar por su salvación eterna sin desarraigar del alma los vicios inveterados. La Iglesia, por consiguiente, quiere que todos los fieles se postren a los pies del Redentor para profesarle su amor y su veneración, quiere que las muchedumbres, como los niños que salieron, con alegres aclamaciones, al encuentro de Jesucristo cuando entraba en Jerusalén, ensalcen y acompañen al Rey de los Reyes y al Sumo Autor de todo bien con el canto de gloria y de gratitud; quiere

que en sus labios haya plegarias, unas veces suplicantes, otras de alegría y gratitud, con las cuales, como los Apóstoles junto al lago de Tiberiades, pueden experimentar la ayuda de su misericordia y de su poder; o como Pedro en el monte Tabor, se entreguen en sí mismos y en todas sus cosas a Dios, en las místicas luces e inspiraciones de una feliz contemplación".

Y, después de esta descripción profunda sobre la naturaleza de la Liturgia, fundada en la más sólida teología, añade el Santo Padre con frase tajante:

"No tienen, pues, noción exacta de la Sagrada Liturgia los que la consideran como una parte sólo externa y sensible del culto divino o un ceremonial decorativo; ni se equivocan menos los que la consideran como un mero conjunto de leyes y de preceptos con que la Jerarquía Eclesiástica ordena el cumplimiento de los ritos. Quede, por consiguiente, bien claro para todos que no se puede honrar dignamente a Dios si el alma no se eleva a conseguir la perfección en la vida, y que el culto tributado a Dios por la Iglesia, unida a su Cabeza divina, tiene la máxima eficacia de santificación.

Y explica después el Papa las fuentes de la eficacia tanto del Santo Sacrificio de la Misa como de los Sacramentos:

"Esta eficacia, cuando se trata del Sacrificio Eucarístico y de los Sacramentos, proviene ante todo del valor de la acción en sí misma **(ex opere operato)**. Pero, si se considera la actitud propia de la Esposa Inmaculada de Jesucristo, con la que ésta adorna con plegarias y sagradas ceremonias al Sacrificio Eucarístico y los Sacramentos, o, cuando se trata de los **Sacramentales** y de otros ritos instituídos por la Jerarquía Eclesiástica, entonces la eficacia se deriva más bien de la acción de la Iglesia **(ex opere operantis Ecclesiae)** en cuanto es santa y obra siempre en íntima unión con su Cabeza".

"A este propósito, —continúa Pío XII—, deseamos que dirijáis vuestra atención a 'las nuevas teorías' sobre **la piedad objetiva**, las cuales, con el empeño de poner en evidencia el misterio del Cuerpo Místico, la realidad efectiva de la gracia santificante y la acción divina de los Sacramentos y del Sacrificio Eucarístico, tratan de menospreciar **la piedad subjetiva o personal**, y aun prescindir completamente de ella".

Así ha procedido siempre la impiedad con el conocido juego de las dos cartas. Sólo la "piedad objetiva", la "piedad litúrgica", la "piedad comunitaria" tiene valor y son aceptas a los ojos de Dios; la "piedad subjetiva o personal" carece de sentido y de valor. ¿Por ventura nuestra Liturgia, nuestra piedad objetiva, como la llaman los teólogos de la nueva teología, tendría valor personal, si nuestra interna devoción, nuestras disposiciones personales no viniesen a unir nuestras almas con Dios Padre, en Cristo, con Cristo y por Cristo?

El "culto externo" exige y presupone indudablemente "el culto interno". Y por eso la Iglesia, guiada por el Espíritu Santo, favorece, fomenta y bendice, con permanente aprobación, todas esas ricas devociones personales que predisponen el alma para la fecunda piedad objetiva, que nuestros ritos nos ofrecen con los frutos **"ex opere operato"** de nuestras acciones litúrgicas, sacramentales, siempre que no se interponga el obstáculo de la interna indisposición de las almas que se acercan a recibirlo o participar en tan grandes misterios.

Y continúa el gran Papa:

"En las celebraciones litúrgicas, y particularmente en el augusto Sacrificio del altar, se continúa, sin duda, la obra de nuestra Redención y se aplican sus frutos. Cristo obra nuestra salvación cada día en los Sacramentos y en su Sacrificio y, por su medio, continuamente purifica y consagra a Dios el género humano. Tienen éstos, por consiguiente, una virtud objetiva, con la cual, de hecho, hacen partícipes a nuestras almas de la vida divina de Jesucristo. Ellos tienen, pues, por divina virtud y no por la nuestra, la eficacia de unir la piedad de los miembros con la piedad de la Cabeza, de hacerla, en cierto modo, una acción de toda la comunidad. De estos profundos argumentos concluyen algunos que toda la piedad cristiana debe concentrarse en el misterio del Cuerpo Místico de Cristo, sin ninguna consideración **personal y subjetiva**; y creen, por esto, que se deben descuidar las otras prácticas religiosas no estrictamente litúrgicas o ejecutadas fuera del culto público. Pero todos pueden observar que estas conclusiones sobre las dos especies de piedad, aunque los principios arriba mencionados sean magníficos, son completamente falsas, insidiosas y perjudicialísimas".

"Es verdad, —prosigue Pío XII— que los Sacramentos y el Sacrificio del altar gozan de una virtud intrínseca en cuanto son acciones del mismo Cristo, que comunica y difunde la gracia de la Cabeza divina en los miembros del Cuerpo Místico; mas, para tener la debida eficacia, exigen **las buenas disposiciones de nuestra alma**. Por eso, a propósito de la Eucaristía, amonesta San Pablo: '**Por tanto, examínese a sí mismo el hombre; y de esta suerte coma de aquel pan y beba de aquel cáliz** (I Cor. XI, 28). Por eso la Iglesia, breve y claramente, llama a todos los ejercicios con que nuestra alma se purifica, especialmente durante la Cuaresma, **defensas de la milicia cristiana**; son, efectivamente, la acción de los miembros que, con auxilio de la gracia, quieren adherirse a su Cabeza, para que se nos manifieste —repetimos las palabras de San Agustín— **en nuestra Cabeza la fuente misma de la gracia...**".

Si, pues, los actos estrictamente litúrgicos unifican, en cierto modo, todos los actos de la piedad cristiana; éstos, a su vez, disponen a las almas para la participación fructuosa de los actos litúrgicos. Y, al hablar el Papa de la participación de los fieles en los actos litúrgicos, nos hace ver la uniformidad en la variedad, según las circunstancias de lugares, de tiempos y de personas, que la acción ministerial, oficial y autorizada de los sacerdotes jerárquicos dan a la multiforme participación de los fieles en los sagrados misterios. Dice Pío XII:

"Ha de advertirse también que se apartan de la verdad y del camino de la recta razón quienes, llevados de **opiniones falaces**, hacen tanto caso de esas circunstancias externas, que no dudan en afirmar que, si ellas faltan, la acción sagrada no puede alcanzar su propio fin. En efecto, no pocos fieles cristianos son incapaces de usar el MISAL ROMANO, aun cuando esté traducido a lengua vulgar; y no todos están preparados para entender rectamente los ritos y las fórmulas litúrgicas. El talento, la índole y la mente de los hombres son tan diversos y tan desemejantes unos a otros, que no todos pueden sentirse igualmente movidos y guiados con las preces, los cánticos y las acciones sagradas realizadas en común. Además, las necesidades de las almas y sus preferencias no son iguales en todos, ni siempre perduran las mismas en una misma persona. ¿Quién, lle-

vado de ese prejuicio, se atreverá a afirmar que todos esos cristianos no pueden participar en el Sacrificio Eucarístico y gozar de sus beneficios? Pueden, ciertamente, recurrir a otro método que a algunos les resulta más fácil, como, por ejemplo, meditando piadosamente los misterios de Jesucristo, **o haciendo otros ejercicios de piedad,** y rezando otras oraciones que, siendo diferentes en los sagrados ritos en la forma, sin embargo, concuerdan con ellos por su misma naturaleza".

No están, pues, en lo justo los que pretenden impedir el que los fieles, bien sea por su ignorancia y rusticidad, bien sea por su personal devoción, bien sea por las circunstancias en que se encuentran, abandonando, al parecer, las preces litúrgicas, dediquen su actividad espiritual en los actos litúrgicos a otras devociones piadosas, que enriquecen la vida de la Iglesia. Unidos espiritualmente con el sacerdote y con los demás fieles que asisten al sacrificio, sus preces personales quedan unidas a las acciones litúrgicas, que oficialmente integran el Santo Sacrificio de la Misa.

Volviendo a la "Exhortación Apostólica" de Paulo VI, no podemos negar que es interesante y altamente provechoso el estudio que nos hace "del puesto que ocupa la Santísima Virgen, en el culto cristiano, es decir, en la LITURGIA. "Porque la Liturgia, en efecto, dice el Pontífice, posee un rico contenido doctrinal, una incomparable eficacia pastoral y un reconocido valor de ejemplo, para las otras formas de culto". No obstante, la tendencia del papa Montini al exponer con tanto énfasis el aspecto litúrgico que ha de tener la devoción mariana nos da la impresión y así parece que él nos lo da a entender, ya que nos habla de "una profunda renovación, aun en lo que atañe a las expresiones de veneración a María y que requiere, por ello, ser reconocida y valorada atentamente", que quiere despojar la devoción mariana de todo ese rico caudal de prácticas piadosas, que, sin ser estrictamente litúrgicas, tanto han contribuído y contribuyen a la santificación personal de los fieles. Por otra parte, Paulo VI no deja pasar la oportunidad de hacer un nuevo panegírico de su "nueva liturgia", la reformada, realzando en ella las ocasionales menciones de la Virgen Santísima, hechas en los nuevos ritos de la liturgia postconciliar.

Y, para decir lo que siento, esas menciones litúrgicas de la reforma del papa Montini carecen de la espontanei-

dad, del fervor, de la efusión amorosa y confiada que caracterizaban las piadosas alabanzas marianas, litúrgicas o extralitúrgicas, con que los creyentes cantaban las glorias de María, invocando su maternal intercesión.

En la antigua y venerable liturgia encontramos sin duda alguna con mayor riqueza, con más fecundidad espiritual para las almas la conmemoración de todas las relaciones de la Celeste Madre no sólo con su Divino Hijo, como verdadera Madre de Dios, sino con la obra salvífica de su Hijo, como la "nueva Eva", la corredentora de los hombres, la Medianera Universal, la Dispensadora de todas las gracias, por quien nos vino Cristo, en el misterio de la Encarnación y por quien nos viene Cristo en el misterio de la justificación, a todas y cada una de las almas, redimidas y santificadas por el Divino Redentor.

No es posible imaginar siquiera una liturgia católica en la que no resplandezca esta divina asociación del Hijo y de la Madre. No es nuestra personal devoción, sino el Decreto y la predestinación de Dios los que unieron indisolublemente al Redentor con la Madre del Redentor. La liturgia católica no puede, pues, disociar esa unión, ni ignorar en sus acciones, en su desenvolvimiento, en su fecunda y admirable riqueza a la Madre de Dios, la Mujer predestinada, bendita entre todas las mujeres, en cuya inmaculada alma se refleja la santidad y la hermosura del mismo Dios.

El amor, sin embargo, y la devoción que sentimos todos hacia nuestra Celeste Madre son insaciables y, no contentos con las efusiones litúrgicas, buscan desahogarse en todas esas prácticas benditas que desde niños hemos ofrendado con filial afecto para honrar a la Madre de Dios y Madre espiritual de la humanidad regenerada. Paulo VI, sin embargo, ya en esa primera parte de su "Exhortación Apostólica", al insistir sobre "el puesto que la Santísima Virgen ocupa en el culto cristiano", parece preparar el camino para despojar la devoción mariana de todas sus manifestaciones que no sean estrictamente litúrgicas o, al menos, para menguar en cierto modo su valor y eficacia.

No todas las prácticas de devoción mariana son, en un sentido estricto, litúrgicas. EL BEATAM ME DICENT OMNES GENERATIONES (me llamarán bienaventurada todas las generaciones) se expresa en una riqueza incalculable de prácticas piadosas con las que el pueblo fiel canta

las glorias incomparables de Nuestra Señora. Las múltiples advocaciones, con las que en todos los países y en todas las regiones se invoca y aclama a la Celeste Madre; las devociones extralitúrgicas, con que la Iglesia ha fomentado siempre la devoción a María Santísima; los incontables Santuarios, templos y capillas, que, como himnos de piedra, se han eregido, desde la más remota antigüedad y en todas partes a la Madre de Dios, nos están diciendo que la piedad cristiana, siguiendo los designios divinos, es insaciable en alabar, bendecir y glorificar a Aquélla, cuyas grandezas repetimos constantemente en las letanías marianas. Claro que toda esta explosión de amor, de fe y de confianza filial es, en cierto modo, litúrgica, porque es cultual, porque en ella se aunan todos los misterios del plan de nuestra Redención.

Pero no es esta la liturgia de la que nos habla en su "Exhortación Apostólica" Paulo VI. Empeñado como está el pontífice en su REFORMA total de la Iglesia, ha puesto su especial atención en restringir en cuanto sea posible las prácticas de devoción, para dar preferencia a las prácticas o acciones estrictamente litúrgicas, ya que en ellas ve el medio más adecuado para inculcar a los fieles "la nueva economía del Evangelio", la nueva mentalidad, la nueva religión que quiso darnos el Vaticano II. Habla el papa, como ya dijimos, de "una restauración del culto", lo cual implica una transformación del culto que por siglos dio la Iglesia Católica a Dios, a la Virgen Santísima, a los Santos, que, por lo visto, era un culto ya envejecido, indebido, equivocado, porque una completa restructuración supone todo esto. No restauramos lo que está bien conservado, lo que está sólidametne estable, sino lo que el tiempo, el uso y los abusos de los hombres han deteriorado, como ya antes lo dijimos.

No me voy a entretener en comentar los puntos todos de la participación de la Virgen Santísima, que, según Paulo VI, tiene en la liturgia renovada. Notaré únicamente que, al hablar el pontífice del lugar que la Celeste Madre tenía antes y tiene ahora en las oraciones principales de la Santa Misa, cita tan sólo un ejemplo muy significativo y, a mi modo de ver, no tan apropiado. He aquí sus palabras: "Y queremos, sobre todo, destacar cómo las preces eucarísticas del Misal (se entiende el Novus Ordo), en admirable convergencia con las liturgias orientales, contienen una significativa memoria de la Santísima Virgen. Así lo hace el AN-

TIGUO CANON ROMANO (el de la Misa tridentina), que conmemora a la Madre del Señor **en densos términos de doctrina y de inspiración cultual:** "En comunión con toda la Iglesia veneramos la memoria, ante todo, de la gloriosa siempre Virgen María, Madre de Jesucristo, Nuestro Dios y Señor", así también el reciente Canon III, que expresa con intenso anhelo el deseo de los orantes de compartir con la Madre la herencia de los hijos: "Que El nos transforme en ofrenda permanente para que gocemos de su heredad junto con sus elegidos; con María la Virgen..."

Debemos desde luego advertir en esta cita que para el Papa Montini el Canon del Misal Romano, aquel que quedó definitivamente consagrado en el Concilio de Trento, ha pasado a la categoría de anticuado "Canon Romano". ¡Cómo si fuera tan sencillo y tan intrascendente el echar por tierra la doctrina infalible y dogmática de un Concilio tan importante y decisivo como el de Trento! Además, el mismo Paulo VI reconoce que, mientras la significativa memoria de la Santísima Virgen en ese canon tridentino contiene "densos términos de doctrina y de inspiración cultual" el Canon III del "Novus Ordo" apenas si expresa "el deseo de los orantes de compartir con la Madre la herencia de los hijos". Por otra parte, el pontífice no advierte, como debería hacerlo, que esa referencia a la Madre de Cristo, en la que él llama "antigua liturgia" y en la que nosotros llamamos "la única Misa", la de siempre, era mucho más frecuente en las diversas partes del Santo Sacrificio y, especialmente, en las magníficas oraciones del mismo Canon. Pero, debemos también advertir que si comparamos el Canon Romano con la III Oración Eucarística del "Novus Ordo", que Paulo VI llama aquí el "tercer Canon de la nueva liturgia", notaremos, que en el desautorizado Canon del Misal Romano, el carácter oficial, dogmático, con que la oración litúrgica "venera, ante todo la memoria de la gloriosa siempre Virgen María, Madre de Jesucristo, Nuestro Dios y Señor", no se encuentra en esa III Oración Eucarística de la nueva misa, en donde la mención de la Celeste Madre es incidental y carece de la fuerza expresiva, profundamente significativa, de las incomparables y excelsas prerrogativas de la Madre de Dios. El Canon Romano es un Canon evidente y exclusivamente católico, mientras que la III Oración Eucarística del "Novus Ordo" puede ser una oración totalmente protestante.

CAPITULO III

LA RESTAURACION DE LA PIEDAD MARIANA

No nos detendremos en estudiar con más minuciosidad lo que Paulo VI expone en las dos secciones de la Primera Parte de su "Exhortación Apostólica" sobre el Culto a la Virgen en la liturgia y sobre la Virgen, modelo de la Iglesia en el ejercicio del culto. Nos parece más importante el estudio de la Parte Segunda del documento paulino, en el que expresa su pensamiento acerca de lo que él quiere en la "restauración" de la piedad mariana. Apoyándose, desde luego, en el Vaticano II, apoyo de toda la **Reforma** de la Iglesia, el Papa exhorta a promover, junto al culto litúrgico, otras formas de piedad, sobre todo, las recomendadas por el Magisterio. Pero el Magisterio —así lo reconoce y lo confiesa Paulo VI— ha variado, según las circunstancias de lugar y de tiempo, la distinta sensibilidad de los pueblos, su diferente tradición temporal; de donde resulta que "las formas en que se manifiesta la piedad mariana, sujetas al desgaste del tiempo, parecen necesitar una renovación que permita sustituir en ellas los elementos caducos, dar valor a los perennes e incorporar los nuevos datos doctrinales adquiridos por la reflexión teológica y propuestos por el Magisterio eclesiástico. Esto muestra la necesidad de que las Conferencias Episcopales, las Iglesias locales, las familias religiosas y las comunidades de fieles **favorezcan una genuina actividad creadora** y, al mismo tiempo, procedan a una diligente revisión de los ejercicios de piedad a la Virgen; revisión que querríamos fuese respetuosa para con la sana tradición y estuviera abierta a recoger las legítimas aspiraciones de los hombres de nuestros tiempos".

De esta manera y según las mismas palabras del papa Montini, la "restauración" de la piedad mariana queda sujeta a la variable y múltiple opinión de las Conferencias Episcopales, de las Iglesias locales, de las familias religiosas y de las comunidades de los fieles. ¿No advierte el papa la posibilidad de una divergencia funesta de opiniones, de criterios y de decisiones, que, entre tan diversos elementos, puedan surgir con daño manifiesto para la fe del pueblo? Las devociones marianas, que, en un lugar, pueden ser aceptadas como fecundas y saludables, en otros lugares, pueden ser desprestigiadas como supersticiosas y prohibidas como contrarias a la fe, por otras autoridades que no piensen lo

mismo que las que habían autorizado tan benéficas prácticas de piedad.

Estamos, pues, en el camino del cambio, de la depuración, de las mudanzas prácticas de nuestra devoción mariana, dispuestos a relativizar nuestras devociones piadosas, según nuestra sensibilidad y según las circunstancias de tiempos, de lugares y de personas. Los años han desgastado ya las viejas y fortificantes devociones, que aprendimos en el regazo de nuestras madres católicas; que vivimos en nuestros hogares; que practicamos en nuestros largos años de formación y que consideramos siempre como un camino recto y seguro para llegar a Cristo. Ahora, por la reflexión de la nueva teología y por las enseñanzas equivocadas del Vaticano II, hemos de estar dispuestos a "eliminar lo caduco, a dar valor a lo perenne y, sobre todo, a incorporar en nuestras devociones los datos doctrinales de la reciente reflexión teológica". Ante el vértigo de tantas mudanzas, yo me pregunto: ¿Acaso no estaba ya suficientemente investigado en la Iglesia, por lo menos en los puntos básicos conducentes a nuestra eterna salvación, el misterio de Cristo y de María Santísima?

La Iglesia siempre ha unido y ha puesto de relieve el vínculo indisoluble y la esencial referencia y dependencia, como creatura a su Creador, de la Celeste Madre a su Divino Hijo, como escribió elocuente y hermosamente el preclaro Cardenal Pie, al comentar aquellas palabras del Evangelio: **"Y entrando en la casa, encontraron al Niño en los brazos de María su Madre"**. Estas palabras, dice el sabio Cardenal, no expresan tan sólo un hecho histórico, sino que consignan una ley fundamental del Cristianismo: Para encontrar a Jesús, hay que buscarlo siempre en los brazos de María su Madre. No podemos separar al Hijo de la Madre. Jesús y María están unidos por el Decreto divino de nuestra Redención.

Hay una tendencia entre los teólogos de la "nueva teología", inficionados de protestantismo y de modernismo, que quiere mermar la devoción mariana con el pretexto de que la Iglesia es Cristocéntrica, no Mariocéntrica. Mas esta tendencia está muy lejos de expresar la verdad católica.

CAPITULO IV

NOTA TRINITARIA, CRISTOLOGICA Y ECLESIAL EN EL CULTO A LA VIRGEN

"Ante todo, escribe Paulo VI, es sumamente conveniente que los ejercicios de piedad a la Virgen María expresen claramente la nota trinitaria y cristológica, que les es intrínseca y esencial. En efecto, el culto cristiano es por su naturaleza culto al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo o, como se dice en la liturgia, al Padre por Cristo en el Espíritu" Esta advertencia parece superflua, porque en la historia del culto mariano siempre encontramos, así en la doctrina como en la iconografía, claramente expresadas las excelencias incomparables de la Virgen Santísima y Madre, Hija y Esposa de la Augusta Trinidad, según reza, desde hace muchos siglos, la devoción popular de las almas creyentes en todo el mundo. Así también, ya desde el protoevangelio encontramos a la Celeste Madre, indisolublemente unida a su Hijo benditísimo, ya que por Ella nos vino Cristo y por Ella vamos nosotros también a Cristo.

Es interesante y tiene partes muy hermosas la explicación que Paulo VI hace acerca de la **nota eclesial** del culto mariano. Indiscutiblemente no podemos pensar en la Virgen Santísima sin pensar por lo mismo en la Iglesia de Cristo; así como tampoco podemos pensar debida y adecuadamente en la Iglesia de Cristo sin pensar en María, que es "la gloria de Jerusalén, la alegría de Israel y el honor de nuestro pueblo". La Iglesia es Cristo, la Iglesia es la Redención de Cristo, la Iglesia es la expanción de la obra redentora, a través del tiempo y del espacio. Y en todo ese plan divino y en toda esa economía maravillosa de la gracia encontramos resplandeciente "la estrella de la mañana", que nos anuncia el esplendor del medio día, a la Virgen Santísima, por quien nos vino Cristo y quien nos lleva a Cristo.

CAPITULO V

LAS CUATRO ORIENTACIONES DE PAULO VI PARA EL CULTO DE LA VIRGEN SANTISIMA

Hemos llegado a la Sección Segunda de la Segunda Parte de la "Exhortación Apostólica" del papa Montini, donde están las novedades, que, con justa razón, escandalizaron

a los periodistas en la Conferencia de Prensa Vaticana. Paulo VI nos da cuatro orientaciones para el culto de la Virgen María: debe ser **bíblico**, debe ser **litúrgico**, debe ser **ecuménico** y debe ser **antropológico.** En estas orientaciones pontificias encontramos, dialécticamente expuesta, la intención del pontífice, al enviar a todo el mundo esta su "Exhortación Apostólica". Según el papa, "una impronta bíblica, en toda forma de culto, es sentida hoy como un postulado general de la piedad cristiana". Para Paulo VI el libro fundamental de la oración es la Biblia. El Novus Ordo, aproximándose así a la liturgia protestante, ha dado manifiesta preponderancia a la "liturgia de la palabra" sobre la misma liturgia eucarística, reducida a una mera conmemoración del misterio pascual. El culto a la Santísima Virgen, en su restauración, no podía quedar fuera de este criterio y de esta dirección.

No negamos nosotros, ni lo ignoraba la liturgia antigua, que para los católicos las Sagradas Escrituras y la Tradición son, indiscutiblemente, las dos fuentes, los dos canales, por donde llega hasta nosotros incontaminada la Divina Revelación, a través del Magisterio vivo, auténtico e infalible de la Iglesia. Pero, convertir la Biblia no en un medio, sino casi diríamos en un fin, en la única fuente del culto, como medio ordinario de nuestra devoción, es desviarnos peligrosamente por los caminos de la herejía, como ha sucedido siempre que esos Libros Sagrados han sido puestos indiscriminadamente en manos de gente impreparada, que con esas lecturas, sin darse cuenta, van cayendo en el "**libre examen**", es decir, en la interpretación subjetiva de la palabra de Dios, que hace a un lado el Magisterio instituído por Jesucristo, para la interpretación autorizada y la preservación de la Verdad Revelada.

La Biblia, como libro fundamental para la oración de todos los fieles, no puede tener un sentido auténticamente católico. La lectura de la Biblia puede ser para los protestantes y judíos la única expresión de su liturgia, pero no para los católicos; sin que con esto queramos decir que nosotros neguemos a la Biblia ni su divina inspiración, ni su valor como fuente doctrinal de nuestra fe católica, ni de nuestra genuina devoción. La Biblia llega a nuestra vida espiritual e influye en ella por medio del Magisterio infalible, que da el sentido católico y auténtico, literal o metafórico, que esos Libros Sagrados tienen.

Al hablar del carácter **litúrgico** del culto mariano, Paulo VI cita de la Constitución Conciliar "SACROSANCTUM CONCILIUM": "Es necesario que tales ejercicios, teniendo en cuenta los tiempos litúrgicos, se ordenen de manera que estén en armonía con la sagrada liturgia; se inspiren de alguna manera en ella y, dada su naturaleza superior, conduzcan a ella al pueblo cristiano". Y continúa el pontífice: "Norma sabia, norma clara, cuya aplicación, sin embargo, no se presenta fácil, sobre todo en el campo del culto a la Virgen, tan variado en sus expresiones formales. Requiere, efectivamente, por parte de los responsables de las comunidades locales, esfuerzo, tacto pastoral, constancia; y, por parte de los fieles, prontitud en acoger orientaciones y propuestas que, emanando de la genuina naturaleza del culto cristiano, comportan, a veces, el cambio de usos inveterados, en los que de algún modo se había oscurecido aquella naturaleza".

El papa reconoce que, a pesar de que la norma conciliar sea sabia y sea clara, no es de fácil aplicación, sobre todo en el campo del culto de María Santísima. ¿Por qué, sobre todo, en el campo de la devoción a la Celeste Madre, no es de fácil aplicación dicha norma? Es ciertamente deseable que haya alguna uniformidad en todas las manifestaciones de la vida cristiana y que la liturgia, especialmente la liturgia del Santo Sacrificio de la Misa y de los Sacramentos, influya predominantemente en las otras devociones que siempre han enriquecido la vida fecunda de la Iglesia, para bien de las almas. Sin embargo, como toda tendencia exclusivista y dominante, el llevar estas normas a sus extremos acabaría por destruir no tan sólo la espontaneidad, el fervor y los frutos personales, que de esa santa libertad en la verdad se recogen, sino la misma vida espiritual de las almas.

Después del Concilio, después de tantos cambios inesperados, constantes y radicales como la práctica eliminación de los Viernes Primeros, de la celebración devotísima y tonificante del Mes de María y del mes del Sacratísimo Corazón de Jesús, de las novenas que precedían a las principales fiestas de Nuestro Señor, de la Virgen Santísima o de los Santos, nos encontramos ahora con que todo eso ha terminado. No más procesiones; no más Horas Santas y bendiciones con el Santísimo; no más Adoración Nocturna con sus sacrificios y desvelos; no más Congregaciones Ma-

rianas, ni Terceras Ordenes; no más escapularios ni distintivos religiosos; no más toda esa externa riqueza de externas manifestaciones religiosas, que nacían de la fe y que acrecentaban a su vez la misma fe.

En algunos templos, en algunas parroquias, ya sólo quedan los recuerdos de esas devociones, que tanto bien hicieron en las almas; mientras que en otras iglesias aun quedan residuos, que se mantienen, gracias al celo moribundo de algunos sacerdotes. Pero la tendencia es clara. Vamos hacia la lectura de la Biblia —por cierto adulterada; vamos hacia la identificación con los **hermanos separados.** Estamos ya casi identificados con ellos. Es el espíritu de Taizé el que rige. Y nos acercamos a la religión de la hermandad universal, en la que los dogmas y la moral y los ritos y la disciplina nada cuentan, porque no tuvimos escrúpulos en sacrificar, en aras de una mal entendida obediencia, que antepone las virtudes morales a las virtudes teologales, y sacrificamos nuestros valores católicos para complacer a las religiones no católicas. Nunca deberíamos olvidar las palabras de los Apóstoles: "ES NECESARIO OBEDECER A DIOS ANTES QUE A LOS HOMBRES".

CAPITULO VI

EL ECUMENISMO EN LA DEVOCION MARIANA

Era imposible que Paulo VI no tocase este punto, que ha sido y es el eje de su pontificado: la devoción a la Santísima Virgen tiene que ser "ecuménica", porque nada que carezca del carisma del "movimiento ecuménico" tiene sentido dentro de la Iglesia postconciliar. Por eso escribe Paulo VI en su "Exhortación Apostólica": "Por su carácter eclesial en el culto a la Virgen se reflejan las preocupaciones de la Misma Iglesia, entre las cuales sobresale, en nuestros días, el anhelo por el restablecimiento de la unidad de los cristianos. La piedad hacia la Madre del Señor se hace sensible a las inquietudes y a las finalidades del "movimiento ecuménico", es decir, adquiere, ella misma una impronta ecuménica".

La devoción mariana, la mariología y los dogmas que ella tiene, es y ha sido siempre uno de los más invencibles impedimentos para una verdadera fusión en la unidad y la verdad con los protestantes y otras religiones no católicas.

El "movimiento ecuménico" es un movimiento de origen protestante. Es el movimiento que dio origen al CONSEJO MUNDIAL DE LAS IGLESIAS, que nada tiene de católico, ya que carece de unidad de fe, de ritos, y de disciplina. En el lenguaje de la Tradición, la meta característica y esencial de la Iglesia es su CATOLICIDAD, no su "ecumenismo"; es decir, la fuerza expansiva que Jesucristo dio a su Iglesia, cuando dijo a sus Apóstoles: "IR POR TODO EL MUNDO. PREDICAD EL EVANGELIO A TODA CREATURA".

La Iglesia quiere la unión, sí; siempre la ha querido; pero no a cualquier precio; no abriendo las puertas del aprisco a los lobos carniceros revestidos con pieles de oveja. Somos católicos, no ecuménicos.

En el último capítulo del célebre libro de Renan "HISTORIA DEL PUEBLO DE ISRAEL", cuyo título es: **"Finito libro, sit laus et gloria Christo"** (Terminado el libro, sea dada alabanza y gloria a Cristo), el "gran blasfemo de Europa", como le llamó Pío IX, escribe: "Una vez nacido el Cristianismo, el Judaísmo continúa aún, pero como tronco reseco al lado de una sola rama fecunda. En lo sucesivo, la vida salió de él. Su historia, aunque fuera muy interesante todavía, reviste sólo importancia secundaria, desde el punto de vista general. El Cristianismo es la obra maestra del Judaísmo, su gloria, el resumen de su evolución". "Judea y el mundo greco-romano fueron como dos universos girando, uno al lado de otro, bajo la acción de influencias opuestas. Hasta 1848, el socialismo ahondó sus galerías de mina, bajo un suelo, cuya superficie no mostraba trepidación alguna. Calentábase al sol, sin presentir el trabajo de destrucción que llevaba a cabo en sus entrañas".

En el fondo de todo ese movimiento ecuménico, así como en el fondo de todas las herejías y los grandes cismas de la historia, el Judaísmo ha intrigado, socavado, pacientemente destruído y preparado la actual confusión que hoy reina en el mundo y en la Iglesia.

"Pero, en la Revolución de 1848, escribe Antonio Caso, salió a la luz la obra reivindicadora del Judaísmo. A partir de entonces, el problema de la justa distribución de la riqueza social se nombró **"el problema social"** (hoy el problema de la **Justicia social**), por antonomasia. Y todas las instituciones de la cultura (incluyendo, por supuesto, las religiosas) sufrieron inconcusamente la acción formidable

y única del tremendo trabajo subterráneo. Como todos los sucesos, que se preparan lentamente en la sombra, el auge del socialismo, al salir a la luz, estaba ya maduro y expedito para desarrollarse en formas insospechadas, modificando, merced a su acción poderosa, la estructura de la sociedad humana; al menos, las formas tradicionales de la vida social europea. La obra de las reivindicaciones sociales (así se puede expresar esta etapa de la acción judaica) ha sido, desde mediados del siglo XIX, el gran problema humano, la preocupación constante de filósofos, moralistas, sociólogos y "teólogos".

El porvenir inmediato, escribe Renan, es obscuro. No es verdad que sea propicio a la obra de la luz. La credulidad tiene profundas raíces. El socialismo puede acarrear, por su complicidad con el catolicismo, una nueva EDAD MEDIA, con sus bárbaros, sus iglesias, sus eclipses de la individualidad y de la libertad, de la civilización, en una palabra"...

¿No parece que hemos llegado ya a esa meta y que el "movimiento ecuménico" es, en el orden religioso, el triunfo aparente de esa labor de zapa del Judaísmo Internacional, con la confusión de religiones para llevarnos no a la unidad católica, sino a la religión universal? Berfdiaef, en su famosa obra "UNA NUEVA EDAD MEDIA", nos dice: "Todas las señales, todas las pruebas atestiguan que hemos salido de una era diurna para entrar en una era nocturna. Es el pensamiento de otro mundo que está empezando, que pudiera ser una NUEVA EDAD MEDIA".

Los Signos de los Tiempos, de los que tanto se habló en el Concilio Vaticano II, están también indicando el nacimiento de ese nuevo mundo, de esa era nocturna, que pudiera ser ecuménicamente el principio de una Nueva Edad Media. Renan teme que la obra judía ofusque la obra grecoromana; que la ofusque, pero no que la destruya. Hay muchos que temen que esa triunfal carrera de Israel pueda, en su movimiento ecuménico, destruir la misma obra de Jesucristo, como si los hombres, como si el mesianismo materialista del pueblo judío pudiese destruir la obra del Hijo de Dios.

Pero, volvamos a la nota "ecuménica", que, según el papa Montini, debe tener la "restauración" de la devoción a la Virgen María. Siete razones aduce el pontífice para de-

mostrarnos que el culto de la Celeste Madre debe ser ecuménico. La primera es que en las Iglesias Ortodoxas (las cismáticas) la devoción a la Virgen Santísima "reviste formas de alto lirismo y de profunda doctrina, al venerar con particular amor a la gloriosa **Theotocos** (Madre de Dios) y al aclamarla esperanza de los cristianos". La segunda: Entre los Anglicanos, los teólogos clásicos subrayan la importancia del puesto que María ocupa en la vida cristiana y la sólida base escriturística del culto a María Santísima. La tercera: Los protestantes, en su vigoroso amor por las Sagradas Escrituras, glorifican a Dios, cuando leen las palabras de la Virgen. La cuarta: La devoción a la Virgen debe elevarnos a pedirle su intercesión ante su Divino Hijo por la conversión de los no católicos. La Quinta: Se debe evitar con cuidado todas las exageraciones en nuestra piedad mariana, que puedan inducir a error a los hermanos separados. La sexta: Depurar de toda manifestación cultual cualquiera práctica contraria a la recta práctica católica. Y, finalmente, la séptima: "Siendo connatural al genuino culto a la Virgen el que 'mientras es honrada la Madre (...), el Hijo sea debidamente conocido, amado, glorificado', este culto se convierte en camino a Cristo, fuente y centro de la comunión eclesiástica, en la cual cuantos confiesan abiertamente que El es Dios y Señor, Salvador y único mediador (I Tim. 2,5), están llamados a ser una sola cosa entre sí, con El y con el Padre, en la unidad del Espíritu Santo".

Después de exponer estas razones para justificar el carácter ecuménico con que él desea distinguir el culto a la Madre de Dios —razones que desconciertan en varios puntos y que no resistirían un estudio teológico profundo— Paulo VI reconoce "que existen no leves discordias entre el pensamiento de muchos hermanos de otras Iglesias y comunidades eclesiales y la doctrina católica 'en torno a la función de María en la obra de la salvación' y, por tanto, sobre el culto que le es debido"; "sin embargo, añade el papa Montini, como el mismo poder del Altísimo, que cubrió con su sombra a la Virgen de Nazaret **actúa en el actual movimiento ecuménico** y lo fecunda, deseamos expresar nuestra confianza en que la veneración a la humilde Esclava del Señor... será... no obstáculo, sino medio y punto de encuentro para la unión de todos los creyentes en Cristo".

Al leer estas palabras de Juan B. Montini, yo me pregunto si son sinceras o son tan sólo una política para halagar a los separados y darles a entender que la devoción mariana, en la que ellos no creen, a la que repudian y combaten, será con el tiempo el punto de encuentro entre todas las religiones que se dicen cristianas. Indudablemente, entre los Ortodoxos existe viva la devoción mariana; pero no así ni entre los anglicanos, ni mucho menos entre las otras sectas protestantes, que nos atacan a los católicos precisamente por la profesión de nuestro amor y devoción dulcísima a la Madre de Dios y nuestra Madre. El único ecumenismo deseable, el único que se ajustaría a los deseos del Corazón de Cristo, es aquel que supone la sincera conversión de los herejes y cismáticos, aquel que acepte integralmente toda la doctrina de nuestra fe católica. Pensar en un ecumenismo como el del Consejo Mundial de las Iglesias es claudicar en la verdad católica, es dejar de pertenecer al redil de Cristo.

CAPITULO VII

EL ANTROPOLOGISMO EN LA DEVOCION MARIANA

Llegamos a la última orientación que Paulo VI nos dio para la auténtica devoción mariana: que sea ANTROPOLOGICA. Es necesario citar aquí literalmente las palabras del pontífice: "En el culto de la Virgen merecen también atenta consideración las adquisiciones seguras y comprobadas de las **ciencias humanas**". Evidentemente, el papa no está hablando aquí ni de la física, ni de la química, ni de las matemáticas; está hablando de las ciencias que hoy llamamos antropológicas: la sicología, la siquiatría, las ciencias sociales y políticas, las ciencias económicas, las ciencias conocidas hoy generalmente como ciencias humanistas.

"Esto ayudará efectivamente a eliminar **una de las causas de la inquietud que se advierte en el campo del culto a la Madre del Señor;** es decir, la diversidad entre algunas cosas del contenido y las actuales concepciones ANTROPOLOGICAS y la realidad sicosociológica, profundamente cambiada, en que viven y actúan los hombres de nuestros tiempos".

Esta es otra de las ideas montinianas más arraigadas; puesto que el mundo ha cambiado, tenemos que cambiar

la religión, si es que queremos que ésta subsista. "Se observa en efecto, continúa Paulo VI, que es difícil encuadrar la imagen de la Virgen, tal como es presentada por cierta literatura devocional, en las condiciones de vida de la sociedad contemporánea y, **en particular, de las condiciones de la mujer**, bien sea en al ambiente **doméstico**, donde las leyes y la evolución de las costumbres tienden **justamente** a reconocerle la igualdad y la corresponsabilidad con el hombre en la dirección de la vida familiar; bien sea en el campo **político**, donde ella ha conquistado en muchos países un poder de intervención en la sociedad igual al hombre; bien sea en el campo **social**, donde desarrolla su actividad en los más distintos sectores operativos, dejando cada día más el estrecho ambiente del hogar; lo mismo que en el campo **cultural**, donde se le ofrecen nuevas posibilidades de investigación científica y de éxito intelectual".

¿No son esas palabras del papa Montini una proclamación de la emancipación de la mujer y una nueva expresión, siempre dialéctica, del antagonismo, según él, entre el orden sobrenatural y el orden humano? Para Paulo VI la mujer se ha emancipado en todos los órdenes: el familiar, el político, el social, el cultural; la mujer moderna ha dejado cada día más el estrecho ambiente del hogar; contra el orden divino, ha asumido en la familia la igualdad y la corresponsabilidad con el hombre en la dirección de la vida familiar.

Y continúa el pontífice: "Deriva de ahí **una cierta falta de afecto hacia el culto a la Virgen** y una cierta dificultad en tomar a María como modelo, porque los horizontes de su vida —se dice— resultan estrechos en comparación con las amplias zonas de actividad en que el hombre moderno está llamado a actuar". Esta afirmación de Juan B. Montini, además de ser tendenciosa, es también falsa. Si algo queda en el mundo materialista en que vivimos de vida cristiana, de espíritu de fe es la devoción, por muy minada que se encuentre, hacia la Celeste Madre. Aun los grandes pecadores encuentran en la bendita Madre su auxilio, su esperanza, su consuelo. ¡Cuando la devoción mariana se ha perdido en un alma, se ha perdido también la verdadera fe en todas las verdades de nuestra religión! No creo yo que ningún cristiano, de ahora y de antes, que tenga verdadera fe, haya querido estructurar su devoción mariana, según

los que el papa llama "horizontes estrechos" de la vida de la Celeste Madre, comparados con las "amplias zonas de actividad de su propia vida, esta vida mundana y corrompida tan alejada de Dios y tan desordenadamente apegada a las creaturas. La concepción católica de la vida mira al cielo, no al suelo y contempla lo terrenal **sub specie aeternitatis**, a la luz de la eternidad.

Para Paulo VI "LA MUJER MODERNA" es una mujer emancipada del ambiente doméstico, una mujer política, una activista en el campo social, una mujer que deja, cada día más, las estrecheces de su casa, para salirse a conquistar el mundo de las ciencias, del dinero y del poder. ¡Es natural que a esta "Mujer moderna", como la describe el papa Montini, como casi parece incitarla y aplaudirla, la devoción a la Santísima Virgen no sea atractiva, no le llame la atención, porque los horizontes de esta vida de santidad y total entrega, que vivió la Celeste Madre, son antagónicos a las amplias zonas de actividad en que la mujer moderna se desenvuelve y se corrompe; pero para este tipo de mujer, la religión es toda superflua, absurda y vana.

Paulo VI parece querer darnos la impresión, en todos sus discursos y tendencias reformadoras, de que nada substancial de la doctrina se ha cambiado y de que todo lo que él hace, dice o escribe es siempre bajo la inspiración del Espíritu Santo, aunque, en realidad esté contrariando a sus predecesores, que, suponemos, actuaron también bajo la asistencia del mismo Espíritu Santo. Con todo el vaivén dialéctico, que caracteriza la palabra y la acción de Juan B. Montini, nos lanza este documento demoledor, **"sacrílego"** —a juicio de varios de los periodistas que asistieron a la conferencia de prensa vaticana— e intolerable para todo verdadero católico, que se precia de su filial amor y devoción a la Virgen María. **Paulo VI se aparta impresionantemente**, diremos nosotros parafraseando a Mons. Fischbach, de la **tradición milenaria de la Iglesia** de Oriente y de Occidente, al no exponer en su documento las **tradicionales enseñanzas eclesiásticas acerca de la Madre de Dios.**

El jesuita Galot comprendió bien la crítica incisiva del Monseñor de Luxemburgo y, por eso, respondió con una evasiva, que hace todavía más comprometedor el documento de Paulo VI: "La Exhortación de Su Santidad, dijo, se preocupa más por la devoción a María que por los asuntos

de doctrina". Excusa, en verdad, absurda, ya que el primero y constante deber de todo Papa es preocuparse por la sana doctrina, por preservarla incólume de todo error o de toda apariencia de error; y sobre la fe y la doctrina, vendrá la devoción.

El documento del papa Montini es un documento fundamentalmente **político**, como casi todos los documentos de Paulo VI; es un documento que va dirigido a respaldar las tendencias modernas de 'emancipación de la mujer" y a presentar, como nueva economía del Evangelio, su participación más decidida en los asuntos políticos y sociales. Una vez más Juan B. Montini nos demuestra que él ve, entiende y predica la religión, a través de los valores humanos, como una filosofía, como una interpretación oportuna y actualizada de la historia humana.

Paulo VI falsea la historia de la mujer hebrea y, más aún, la historia de la Mujer más extraordinaria que Dios ha creado, para falsificar también, generalizando su juicio, a la "mujer moderna": "Deriva de ahí, repetiremos las palabras de la "Exhortación", una cierta falta de afecto hacia el culto a la Virgen, porque los horizontes de su vida —se dice— resultan estrechos en comparación con las amplias zonas de actividad en que el hombre contemporáneo está llamado a actuar". Atribuyendo a otros su propio pensamiento, como es su costumbre, Paulo VI polariza la estrechez, según los criterios humanos, en que vivió la Celeste Madre, con la amplitud de horizontes en que, a su juicio, debe vivir actualmente la "mujer moderna" emancipada de la tiranía de su hogar. El pontífice avanzó demasiado y, según su modo de ser, da luego un paso hacia atrás, en el que parece hablar con el lenguaje tradicional del Magisterio:

"Ante todo, la Virgen María ha sido propuesta siempre por la Iglesia a la imitación de los fieles no precisamente **por el tipo de vida que Ella llevó** y, tanto menos, por el ambiente **sociocultural** en que se desarrolló, hoy día superado casi en todas partes, sino porque, **en sus condiciones concretas de vida**, Ella se adhirió total y responsablemente a la voluntad de Dios". El papa Montini encuentra enigmática la devoción a la Santísima Virgen, porque, a su juicio, la vida de la Celeste Madre, en su oscuridad, en su pobreza, en su humildad, no puede presentarse como un programa atractivo y constructor para las inquietudes e inconformi-

dades, que él mismo, en sus discursos, alocuciones y encíclicas ha tratado de presentar ante las multitudes como el programa evangélico y la inspiración de ese programa, en los tiempos modernos. Por eso se acoge, como a un mal menor, a la adhesión total y responsable de María Santísima a la voluntad de Dios, que debe ser realmente el sentido maravilloso y la finalidad principal de la verdadera devoción a la Madre de Dios.

"En segundo lugar, continúa el papa, queriendo salvar su juicio sobre la moderna devoción mariana, quisiéramos notar que las dificultades, a que hemos aludido, están en estrecha conexión con algunas connotaciones de la imagen popular y literaria de María, no con su imagen evangélica, ni con los datos doctrinales determinados en el lento y serio trabajo de hacer explícita la Palabra Revelada". Para salvar su concepción sociopolítica y aún económica de la devoción a la Santísima Virgen, Paulo VI establece o pretende establecer, un contraste, un antagonismo entre las que él llama "connotaciones de la imagen popular y literaria de María" con la realidad que nos ofrece el Evangelio y los datos doctrinales, que los estudios teológicos, especialmente los modernos, nos enseñan.

Sin embargo, esta oposición no es exacta: la imagen popular de María Santísima, que siempre ha tenido el pueblo cristiano, ha sido inspirada por el Evangelio, así como los estudios teológicos o exegéticos de las Ciencias Sagradas cuidadosamente se adhieren también al mismo mensaje del Evangelio eterno. No podemos olvidar que la asistencia divina, en asuntos de tanta gravedad, no podría dejar que su Iglesia equivocase la realidad de la Madre de Cristo, predefinida por la misma Sabiduría y el Poder infinito del Señor.

Y continúa el papa: "Se debe considerar normal que las generaciones cristianas, que se han ido sucediendo, en marcos socioculturales diversos, al contemplar la figura y la misión de María —como MUJER NUEVA y perfecta cristiana, que resume en sí misma las situaciones más características de la vida femenina, porque es Virgen, Esposa, Madre— hayan considerado a la Madre de Jesús como modelo eximio de la condición femenina y ejemplar limpidísimo de vida evangélica y hayan plasmado estos sentimientos según las categorías y los modos expresivos propios de su época".

Toda esta exposición de Paulo VI es gratuita, es imaginaria y, sobre todo, implica una visión totalmente humana de la doctrina de la praxis de la Iglesia. Esto es relativizar y hacer mudable no sólo la expresión cultual y plástica de la devoción a Nuestra Señora, "según las categorías y los modos expresivos propios de cada época", sino la misma doctrina de la mariología.

Yo admito y la historia lo comprueba que el cántico permanente con que todas las generaciones han celebrado las glorias de la Virgen Inmaculada haya podido tener algunas variaciones, con las que la Iglesia, guiada por el Espíritu Santo ha enriquecido progresivamente la devoción salvífica a la Madre de Dios; pero la continuidad del hecho cultual, de que nos habla el pontífice no se vincula, según él dice, a los esquemas representativos de las varias épocas culturales ni a las particulares concepciones antropológicas subyacentes. Por eso me parece inaceptable la frase de Paulo VI: "algunas expresiones de culto perfectamente válidas en sí mismas, son menos aptas para los hombres pertenecientes a épocas y civilizaciones distintas". ¿Acaso nuestra religión y su culto es variable, según la variedad de tiempos, de personas y de lugares?

Todo este raciocinio es un proceso dialéctico, con el que pretende el pontífice introducir las variaciones profundas, tanto en la devoción interna como en las prácticas externas de esa devoción a la Santísima Virgen María. De esta manera la Virgen Madre puede ahora presentarse como modelo no sólo a las mujeres recogidas, virtuosas y recatadas, que, por gracia de Dios, todavía abundan en nuestros pueblos, sino también a la mujer frívola, superficial, emancipada, que, por desgracia, han ido creciendo en número y audacia, no sólo en México, sino en todos los países; porque, según el papa, " el hecho cultual no se vincula a los esquemas representativos de las varias épocas, ni a las particulares concepciones antropológicas subyacentes". Pero, sin embargo, según el mismo Paulo VI, "las dificultades (en el culto mariano, actualizado a las que él ha aludido) están en estrecha conexión con algunas connotaciones de la imagen popular y literaria de María... y se debe considerar normal que las generaciones cristianas, que se han ido sucediendo, en marcos socioculturales diversos, al considerar la figura y la misión de María —como MUJER NUEVA y

perfecta cristiana, que resume en sí misma las situaciones más características de la vida femenina, porque es Virgen, Esposa y Madre— hayan considerado a la Madre de Jesús como modelo eximio de la **condición femenina** y ejemplar limpidísimo de vida evangélica y hayan plasmado estos sentimientos según las categorías y los modos expresivos propios de cada época".

El raciocinio dialéctico de Paulo VI contrasta la circunstancia contingente y variable con las características permanentes de María Santísima, la mujer privilegiada en quien se cumplieron las divinas profecías y se realizaron los planes del Altísimo.

Insiste el papa Montini en relativizar, en hacer mudable si no la doctrina de la mariología, a lo menos la expresión cultual y plástica de la devoción a Nuestra Señora, "según las categorías y los modos expresivos propios de cada época". Y de su dialéctico raciocinio, identificándose con la Iglesia de siempre, concluye Paulo VI: "La Iglesia se alegra comprobando la continuidad del hecho cultual, pero no se vincula a los esquemas representativos de las varias épocas culturales ni a las particulares concepciones antropológicas subyacentes y comprende cómo algunas expresiones de culto, perfectamente válidas en sí mismas, son menos aptas para los hombres pertenecientes a épocas y civilizaciones distintas".

El papa desea que "nuestra época, como las precedentes, verifique su propio conocimiento de la realidad con la palabra de Dios, confronte sus concepciones antropológicas y los problemas que derivan de ellas con la figura de la Virgen, tal cual nos es presentada por el Evangelio". Es nota característica de los documentos del papa Montini la tangible falta de unción y de piedad, de devoción cristiana, de ese espíritu vivificante de la fe, para hablar un lenguaje nuevo, que parece romper el hilo de la Tradición y del Magisterio de la Iglesia. Toda esa riqueza santificadora y consoladora de la literatura y de la devoción mariana cae de un plumazo en el documento montiniano. Es evidente que ese recogimiento, ese recato, esa vida interior, esa mística plegaria, que caracterizó a la Virgen Santísima, en su vida en este mundo, y que las mujeres cristianas de antaño y de hogaño trataban y tratan de imitar en la Celeste Madre, no está, no puede estar de acuerdo con los estilos de vida

de las mujeres frívolas, inquietas, sensuales y provocativas, de las mujeres de antaño y de hogaño que equivocadamente buscaron y buscan su emancipación, al romper todos los vínculos morales y religiosos, familiares y sociales, para entregarse al desenfreno de sus propias pasiones.

El papa dice que "la lectura de las Sagradas Escrituras, hecha bajo el influjo del Espíritu Santo, y teniendo presentes las adquisiciones de las ciencias humanas y las variadas situaciones del mundo contemporáneo llevará a descubrir cómo María puede ser tomada como espejo de las esperanzas de los hombres de nuestros tiempos". No alcanzo a comprender, como ya lo indiqué antes, la relación que pretende el Papa establecer entre las Sagradas Escrituras, el Espíritu Santo y las ciencias humanas para llevarnos a descubrir cómo María puede ser tomada como espejo de las esperanzas de los hombres de nuestros tiempos. Los más elementales conocimientos religiosos, que actúan en las almas por la virtud infusa de la fe bastan para llevarnos ante los altares de la Celeste Madre, para buscar en Ella su intercesión omnipotente y para contemplar en sus virtudes excelsas, en sus incomparables prerrogativas, en su altísima dignidad y en su maternal compasión, el camino seguro que nos lleve a Jesucristo, nuestro Redentor.

CAPITULO VIII

EL MISTERIO SUBLIME DE LA VIRGEN MADRE

Pero hay un punto, en el cual el papa Montini quiere presentar a María, en esta nueva y actualizada concepción del Evangelio, como modelo de la mujer moderna la cual, según Paulo VI y citando yo aquí sus propias palabras "se dará cuenta de que la OPCION del estado virginal por parte de María, que, en el designio de Dios, la disponía al misterio de la Encarnación, no fue un acto de cerrarse a algunos de los valores del estado matrimonial, sino que constituyó una OPCION valiente, llevada a cabo para consagrarse totalmente al amor de Dios, comprobará con gozosa sorpresa que María de Nazaret, aún habiéndose abandonado a la voluntad del Señor, fue algo del todo distinto de UNA MUJER PASIVAMENTE REMISA O DE UNA RELIGIOSIDAD ALIENANTE".

Esta afirmación de Paulo VI, a mi humilde manera de ver las cosas, es sencillamente no sacrílega, como la juz-

garon los representantes de las Agencias Internacionales de Información, sino herética o próxima a la herejía, porque contradice el plan mismo de nuestra Redención, tal como lo conocemos por la doctrina católica infalible. En María no hubo OPCION alguna entre su perpetua virginidad y los valores del estado matrimonial. Su virginidad perpetua y su Divina Maternidad, inseparablemente unidas, fue la gran señal, de la cual nos habla la Escritura, con la que Dios quiso confundir la incredulidad humana. VIRGEN Y MADRE, no Virgen o madre. Su Inmaculada Concepción, su Virginidad perpetua, su gloriosa Asunción a los Cielos fueron dones enteramente gratuitos de Dios, con los que quiso la Divina Sabiduría preparar el relicario en el que habitase el Verbo Encarnado.

"Petuit, decuit, ergo fecit", podemos decir con Escoto, pudo Dios hacerlo; convenía que lo hiciese, ya que se trataba de una mujer predestinada, bendita entre todas las mujeres, en cuyas purísimas entrañas el Unigénito del Padre había de tomar nuestra humanidad; luego, lo hizo Dios.

Santo Tomás de Aquino, en la Tercera Parte de su Summa Theologica, en la cuestión XXX, plantea esta pregunta: ¿Fue **necesario** —notemos la palabra— **anunciar** a la B. Virgen lo que se había de engendrar en Ella? —El Doctor Angélico, siguiendo su costumbre, expone en primer lugar las objeciones que a la afirmación de su pregunta pudieran hacerse; continúa, en el cuerpo de su artículo con la exposición de su doctrina, para responder, al fin, a las objeciones anteriormente expresadas.

Desde luego debemos advertir que la cuestión planteada por Santo Tomás en este punto no es si ¿fue necesario **pedir el consentimiento** de la B. Virgen, para que ella optase y diese su consentimiento al plan de Dios?, sino que si ¿fue necesario ANUNCIAR a la B. Virgen lo que se había de engendrar en Ella? No es lo mismo anunciar que pedir su consentimiento.

Entre las objeciones, que anteceden al cuerpo de doctrina, la de más peso sin duda alguna, es la primera: "Parece que no fue necesario que se ANUNCIASE (no que se pidiese el consentimiento) a la B. Virgen de lo que debía realizarse en Ella; porque la anunciación parecía ser necesaria solamente para obtener el consentimiento de la Virgen; pero su consentimiento no parece haber sido necesario,

porque su concepción fue anunciada antes por la **profecía de la predestinación, que se cumple sin nuestro arbitrio,** como dice cierta Glosa sobre aquellas palabras del Evangelio de San Mateo: **ut adimpleretur quod dictum est. etc.** (para que se cumpliese lo que estaba escrito: Todo esto sucedió para que se cumpliese la palabra que había dicho el Señor por el profeta —Isaías VII, 14). Este comentario se atribuye ordinariamente a San Jerónimo y también a San Anselmo.

El Doctor Angélico, aunque, en la exposición de su pensamiento parece a los ignorantes contrariar la anterior objeción; no lo hace, ya que al principiar el cuerpo de su doctrina cambia el estado de la cuestión: "Responderemos, dice, que fue CONVENIENTE —no dice NECESARIO, como lo había dicho al plantear su cuestión— se anunciase a la B. Virgen que concibiría a Cristo". Habla, pues, el Angélico de una congruencia, no de una necesidad absoluta. Y entre las razones en las que funda Santo Tomás de Aquino su opinión, no hay ninguna en la que se pueda fundar esa OPCION entre la Virginidad Perpetua y la Divina Maternidad. Es decir, no hay ninguna que justifique el pensamiento atrevido de Paulo VI. Presupuesta la divina predestinación, en el orden de la ejecución de los planes del Señor, la anunciación no podía tener como objeto el demandar la OPCION entre la virginidad y la Maternidad Divina.

Dice el Angélico que esa anunciación fue conveniente —NO NECESARIA— "para que se observase el orden conveniente de la unión del Hijo de Dios con la Virgen, es decir, para que su espíritu lo supiese antes que lo concibiese carnalmente". ¿Conocía, antes de la Anunciación, la B. Virgen el misterio de la Encarnación? ¿Era consciente de las grandezas que el Señor había ya obrado en Ella? En ese caso, su aparente indecisión, sólo podía referirse al modo, para Ella todavía desconocido, con el cual Dios iba a realizar el gran sacramento. Y esto es lo que parece indicar Santo Tomás de Aquino: "Es decir, para que su espíritu lo supiera antes que lo concibiese carnalmente".

En la segunda razón de su opinión, el Angélico dice: "para que tuviera más cierta noticia de este misterio, **una vez que ya había sido instruída de él por parte de Dios".** Estas palabras nos demuestran que, según Santo Tomás la Santísima Virgen, aun antes de la Anunciación, había sido instruída por Dios del misterio que iba a verificarse en Ella por la virtud del Altísimo. "Noticia cierta", es decir, **noticia**

más completa: eso es lo que vino a darle el Angel: "No temas, María, porque haz hallado gracia delante del Señor...

En la tercera razón, Santo Tomás nos dice: "para que ofreciese a Dios el presente voluntario de su obediencia, a lo que se ofreció dispuesta diciendo: **"He aquí la esclava del Señor, hágase en Mí, según tu palabra".** Pero esto no significa una OPCION valiente, como nos dice Paulo VI, sino una identificación voluntaria con la Voluntad Salvífica de Dios. Como la obediencia de Cristo en la aceptación de la Voluntad de su Padre.

Para que una acción sea meritoria ante Dios se necesita ciertamente que sea LIBRE, pero la libertad no consiste necesariamente en una OPCION sino en una entrega generosa y voluntaria a la Voluntad del Señor, con la aceptación completa de todo lo que esa divina voluntad exija de nosotros. Ser libre no significa necesariamente el optar entre el bien y el mal o entre un bien mayor y un bien menor. Cristo fue siempre libre, con libertad humana, y siempre estuvo entregado a la Voluntad del Eterno Padre: **"Deus meus volui et legem tuam in medio cordis mei"** (Dios mío lo he querido y tu ley, tu precepto en medio de mi corazón).

La cuarta y última razón de Santo Tomás de Aquino es que en la Encarnación hubo un místico matrimonio entre el Hijo de Dios y la naturaleza humana, representada por la Virgen Santísima, y, por eso, fue necesario, que, como en todo matrimonio, Ella diese su consentimiento. De ésta manera, en la Encarnación, místico matrimonio de la naturaleza divina con la humana, María representaba a la naturaleza humana.

María, a juicio del papa Montini, es el prototipo de "la mujer nueva" del mundo contemporáneo, tal como él la ha imaginado, como él quisiera que surgiera en la Iglesia: libre de toda timidez y emancipada de toda sujeción. Para Paulo VI, María es una activista en la Iglesia cristiana primitiva, que se dedicó a defender "los derechos de los débiles en contra de los poderosos". La religión, en sus más altas esferas, en su expresión más sagrada, propuesta como el prototipo de la mujer fanáticamente deformada de nuestros días. Ante esa mujer "no se le presentará María como una Madre celosamente replegada sobre su propio Hijo Divino, sino como una mujer, que, con su acción favoreció la fe de la comunidad apostólica en Cristo". Paulo VI parece poner

en oposición la vida íntima de la Celeste Madre, indiscutiblemente dedicada del todo a su Divino Hijo, en quien reconocía Ella y adoraba al verdadero Hijo de Dios, con la ayuda que, con sus plegarias, sus palabras y sus acciones pudo Ella dar para favorecer la comunidad apostólica.

Y, sin embargo, la fe nos dice que la entrega de María a su Divino Hijo fue total, fue constante, fue perfecta, porque, como ya lo indiqué antes, María, desde la Encarnación, reconoció en el fruto de su vientre al Hijo de Dios que se encarnaba para redimir al mundo. ¿Podría acaso la Celeste Madre vivir despreocupada o ignorante de los grandes y altísimos misterios que por su ministerio Dios obraba?

El Evangelio nos dice estas palabras muy significativas, que corroboran indiscutiblemente lo que llevamos dicho: "**María conservaba todas estas palabras, ponderándolas en su corazón**". (Luc. II, 19). Y precisamente, por esta unión tan perfecta, por esta espiritual identificación de María con Jesús, quiso Ella y pudo ayudar a la primitiva comunidad apostólica, así como ahora quiere y puede ayudar a todos los que en Ella buscan a su Divino Hijo.

Paulo VI, siempre en su misma línea, cree "oportuno llamar la atención sobre algunas actitudes cultuales erróneas. El Concilio Vaticano II ha denunciado ya la exageración de contenidos y de formas que llegan a falsear la doctrina":

"La veneración a la Virgen María debe ser depurada de todo lo que es evidentemente legendario y falso". Según los periodistas, a quienes prestamos nuestro asentimiento, aunque en la versión del **Osservatore Romano** del día 24 de marzo haya sido suprimido lo que en la Conferencia de prensa del día 22 del mismo mes, se había leído, para el papa Montini son falsedades las múltiples apariciones, con que Nuestra Señora ha favorecido a ciertos pueblos especialmente "en países del sur de Europa y de América Latina". ¿Se refería Paulo VI a Zaragoza, a Lourdes, a Fátima, al Tepeyac?

El insigne y famoso historiador americano, William Thomas Walsh, escribe a este propósito: "Nadie, que crea en Dios y en la inmortalidad del alma, podrá rechazar como increíble que la Madre de Dios se haya aparecido muchas veces a personas privilegiadas, en ocasiones difíciles y de crisis para la humanidad". No es tan sólo en el sur de

Europa y en la América Latina donde la Celeste Madre se ha aparecido. Podemos decir que, en todo el mundo cristiano, los innumerables Santuarios Marianos nos están dando un armonioso testimonio de esa intervención milagrosa de la Virgen Santísima, siempre solícita de nuestra salvación; y de que el culto mariano, que esas apariciones sobrenaturales han despertado, ha servido, según los divinos designios para el cumplimiento permanente de la profecía de la Celeste Madre: "ME LLAMARAN BIENAVENTURADA TODAS LAS GENERACIONES".

"El Concilio Vaticano II ha denunciado ya —escribe Paulo VI— de manera autorizada, sea la exageración de contenidos o de formas, que llegan a falsear la doctrina, sea la estrechez de mente que obscurece la figura y la misión de María; ha denunciado también algunas devociones cultuales: la vana credulidad que sustituye el empeño serio con la fácil aplicación a prácticas externas solamente; el estéril y pasajero movimiento del sentimiento tan ajeno al estilo del Evangelio que exige obras perseverantes y activas. Nos renovamos esta deploración: no están en armonía con la fe católica y, por consiguiente, no deben subsistir en el culto católico".

Indudablemente que el verdadero culto, como antés ya dijimos, supone el culto externo, pero, sobre todo el culto interno, en el que aquél debe fundarse, pero no podemos negar que esas prácticas externas, ese pasajero movimiento del sentimiento no son del todo ajenos al espíritu evangélico, ya que naciendo de la fe, que, aún en el pecado no se pierde, pueden ser como la gracia medicinal, el medio por el cual la Celeste Madre, con su omnipotencia suplicante, alcance a esos pecadores la gracia de la conversión y de la salvación eterna. Se puede ciertamente incurrir en una vana credulidad que acepte como sobrenatural todo lo que se cuenta y todo lo que se ve; así como también se puede incurrir en la incredulidad temeraria al negar todo lo sobrenatural, como si el poder de Dios se hubiera ya agotado. Nuestra religión se funda en lo sobrenatural, en el milagro y la profecía, que son las credenciales de la palabra de Dios. Negando el hecho y la posibilidad del hecho sobrenatural, negamos toda nuestra fe católica.

Y es curioso: los que más se obstinan en negar la posibilidad de lo sobrenatural, son los más crédulos a todo lo que se afirma en nombre del progreso y de la ciencia, aun-

que en realidad no sean verdad esas afirmaciones o esas teorías que muchas veces los impíos se han forjado, para negar la obra de Dios.

Por otra parte es necesario advertir aquí otra deficiencia de la "Exhortación Apostólica" en este punto. ¿Por qué no señala el pontífice de una manera concreta y precisa donde está esa vana credulidad, donde la aplicación de prácticas externas, en donde el movimiento del sentimiento tan contrario al espíritu evangélico? Esas proposiciones universales no parecen muy propias del Magisterio, ya que pueden confundir lo bueno con lo malo, lo seguro con lo falso. Es evidente que, para distinguir la verdad de la mentira, la realidad de las apariencias, necesitamos el estudio de las fuentes reveladas y la auténtica enseñanza del Magisterio.

No deja de admirarnos la frase, que, más abajo, dice Paulo VI: "... de ahí la necesidad de evitar presentaciones unilaterales de la figura de María que, insistiendo excesivamente sobre un elemento, comprometen el conjunto de la imagen evangélica..." A María, dice San Agustín nunca podremos alabarla en demasía, **María nunquam satis laudari potest,** porque "ha hecho en Ella cosas grandes y maravillosas el que es infinitamente poderoso y cuyo nombre es infinitamente Santo". Por eso nuestro filial afecto contempla los diversos e inefables dones con que Dios quiso enriquecer a su Madre Santísima. Mientras más contemplemos los distintos aspectos de las prerrogativas y excelencias con que Dios encumbró a la Celeste Señora sobre la creación entera, más nuestro corazón y nuestra mente encontrarán motivos de admiración y de alabanza.

CAPITULO IX

LA DEVOCION MARIANA EN NUESTROS PUEBLOS HISPANOS

Indiscutiblemente, una de las cosas que más distinguen, en lo religioso, a los pueblos hispanos es la devoción tierna, sólida y arraigada a la Santísima Virgen María. Así es España y así son los pueblos que ella formó. En México, tenemos el privilegio, que la misma Madre de Dios quiso darnos, al hacer sus apariciones en el Tepeyac y dejarnos estampada en la tilma del indio Juan Diego su celestial ima-

gen. Si no existieran argumentos históricos, que ampliamente comprobasen esas apariciones, si no hubiera milagros portentosos que sobrenaturalmente demostrasen la epopeya del Tepeyac, la preservación de nuestra fe católica, a pesar de la larga y violenta persecución a la Iglesia de parte de los enemigos, sería una prueba viviente de la intervención milagrosa de la Celeste Madre en los destinos de nuestros pueblos latinoamericanos.

Hace ya tiempo que, por desgracia, hemos visto ataques solapados y públicos, no tan sólo de los enemigos de la Iglesia, sino de clérigos y aún obispos, a la Reina de México y Emperatriz de América, como fervientemente lo denominó el gran Pontífice Pío XII, en su alocución radiofónica, con motivo de los cincuenta años de la coronación de la prodigiosa imagen. La responsabilidad es manifiesta de los que, por su posición, deberían ser los guardianes del mayor tesoro de nuestra patria. La **depuración** empezó pues, aquí en México, porque, como dijo el Obispo de Cuernavaca, la devoción guadalupana es una superstición nociva del pueblo mexicano. El fue quien, en el Vaticano II, se opuso a que la Virgen Santísima fuese proclamada Madre de la Iglesia.

Que el Concilio Pastoral Ecuménico haya denunciado también ciertas desviaciones en la devoción mariana, como dice Paulo VI, no prueba nada, ya que dicho Concilio estuvo inspirado y dirigido por los mismos que ahora, en el postconcilio, han seguido atacando nuestras santas tradiciones católicas. Si el espíritu del Vaticano II pudo **eliminar** "el Sacrificio Perpetuo", como nos lo había anunciado el Profeta Daniel (VIII, 11 y ss.), también la habilidad ecuménica quiere poner bombas de tiempo en los Santuarios Marianos, que en el mundo entero se han eregido en honor y alabanza de la Madre de Dios. "Sentimentalismo estéril y efímero", es para el papa Montini la devoción a Nuestra Señora, que para los santos es "prenda de eterna salvación".

Con la misma autoridad con que Sergio Méndez Arceo nos ha dicho tantas necedades en sus frecuentísimos discursos, homilías y peroratas callejeras, así el jesuita Galot afirmó, delante de los periodistas, comentando o reafirmando las palabras de Paulo VI: **"María es una mujer moderna"**. La frase es equívoca. Evidentemente, la Virgen Santísima, asociada en la obra de su Divino Hijo, la salvación de las almas, trabajó activamente por transformar la sociedad,

no en el sentido mundano y terrestre, sino en su proyección de eternidad. La obra de María, en este sentido, no terminó en su vida mortal. Asociada a Jesucristo, prolonga con El la obra redentora. Pero no es este el sentido que Paulo VI y el jesuita Galot quisieron dar a la Expresión "MUJER MODERNA".

Con toda razón gritaron los periodistas sensatos —no hacía falta que fuesen católicos— que "ESE DOCUMENTO HABIA SIDO DICTADO POR UN ESPIRITU DEMAGOGICO E INCLINADO A LA PROPAGANDA". Y alguno de esos representantes de la prensa exclamó: ES UN DOCUMENTO ALENTADO POR EL MISMO ESPIRITU QUE ENVIO A UN VANDALO A DESTROZAR LA PIEDAD DE MIGUEL ANGEL.

Pero, más peso tiene, sin duda alguna, la observación de Monseñor Jean Pierre Fischbach "prelado y periodista de Luxemburgo", quien hizo no tan sólo la crítica de la demagogia montiniana, sino la condenación doctrinal del documento que, como el "**NOVUS ORDO MISSAE**" se aparta impresionantemente de la VERDAD REVELADA, de la doctrina tradicional de la Iglesia de Oriente y Occidente sobre la devoción a la Santísima Virgen. Esta es realmente la crítica crucial del documento de Juan B. Montini: no es un documento católico; es documento de marcado sabor protestante, con claras tendencias al movimiento ecuménico del "CONSEJO MUNDIAL DE LAS IGLESIAS".

CAPITULO X

CONCLUYENDO MI PENSAMIENTO Y PRECISANDO PUNTOS

No faltarán seguramente quienes, al leer este comentario, pretendan justificar una vez más las terribles censuras con las que su eminencia reverendísima, Don Miguel Darío Miranda y Gómez, quiso castigar, sin juicio previo, sin admonición, intimidación, proceso, ni sentencia canónica, la que el consideró ofensa al Papa. Una vez más debo advertirlo, yo estoy muy lejos de atacar al PAPADO, institución divina, fundamento de la Iglesia y garantía de nuestra fe católica. Pero esa mi posición inquebrantable, con la gracia de Dios, no me hace incurrir en ese mal de moda que se llama "PAPOLATRIA", ya que esa postura ha sido con-

denada por los mismos Sumos Pontífices. Así, por ejemplo, el Papa Inocencio III, como leemos en el **Corpus Iuris Canonici**: "La fe me es tan necesaria que, mientras que por mis otros pecados sólo Dios puede juzgarme, puedo, sin embargo, ser juzgado por la Iglesia por el solo pecado en materia de fe", afirma la posibilidad tanto de que un papa pueda incurrir en la herejía, como que, en este caso, pueda ser juzgado y condenado por la Iglesia.

En el caso presente, mi crítica no abarca ciertamente a todo el documento montiniano, en el que, como ya advertí, hay párrafos no sólo llenos de verdad, sino de hermosura. Pero, entre ese trigo, hay mucha zizaña; la tendencia general del documento y su finalidad manifiesta no pueden ser consideradas como católicas. Como ya lo indiqué anteriormente, este es el estilo dialéctico de Paulo VI, para disimular su pensamiento ecuménico y tendencioso.

Defender a la Virgen Santísima, aunque el ataque venga disimulado y sea hecho en una "Exhortación" que se llama Apostólica, me parece un gravísimo deber de conciencia, una imperiosa obligación filial, para mi misericordiosa Madre, a quien, después de Dios, debo todo lo que soy y todo lo que tengo en orden a mi eterna salvación.

Citaré como término de este trabajo las palabras de Michel Marie, con su reciente libro "Le schisme des eunuques": "Es cosa que sorprende el darse cuenta de que la formación religiosa de numerosos buenos cristianos debe casi rehacerse totalmente, porque ellos no están suficientemente preparados para admitir la eventualidad de una Iglesia que se halla al borde de la Apostasía". "Es un pecado grave querer defender a un papa en contra de la Iglesia. Y es una grave obligación de mi alma y de mi conciencia el defender a la Iglesia contra un mal papa".

INDICE

pág.

El por qué de este libro 3

El texto del Documento papal 9

Ocasión, finalidad y división del documento 9

Parte 1a. El culto a la Virgen en la liturgia 12

La Virgen en la liturgia romana restaurada 12

La Virgen modelo de la Iglesia en el ejercicio del Culto ... 20

Por una renovación de la piedad mariana 25

Cuatro orientaciones para el culto a la Virgen: bíblica, litúrgica, ecuménica, antropológica 29

Indicaciones sobre los ejercicios de piedad: el Angelus y el Santo Rosario 37

Conclusión 44

Comentario de esta Exhortación 49

El Culto a la Virgen en la liturgia 59

Las cuatro orientaciones de Paulo VI para el culto de la Virgen Sma. 70

El ecumenismo en la devoción mariana 73

El antropologismo en la devoción mariana 77

El misterio sublime de la Virgen Madre 84

La devoción mariana en nuestros pueblos hispanos 90

Conclusión 92

Se terminó la impresión de este
libro el día 12 de Octubre de 1974
Imprenta "Ideal", Fragonard 44,
México 19, D. F.